

ROBOTICS

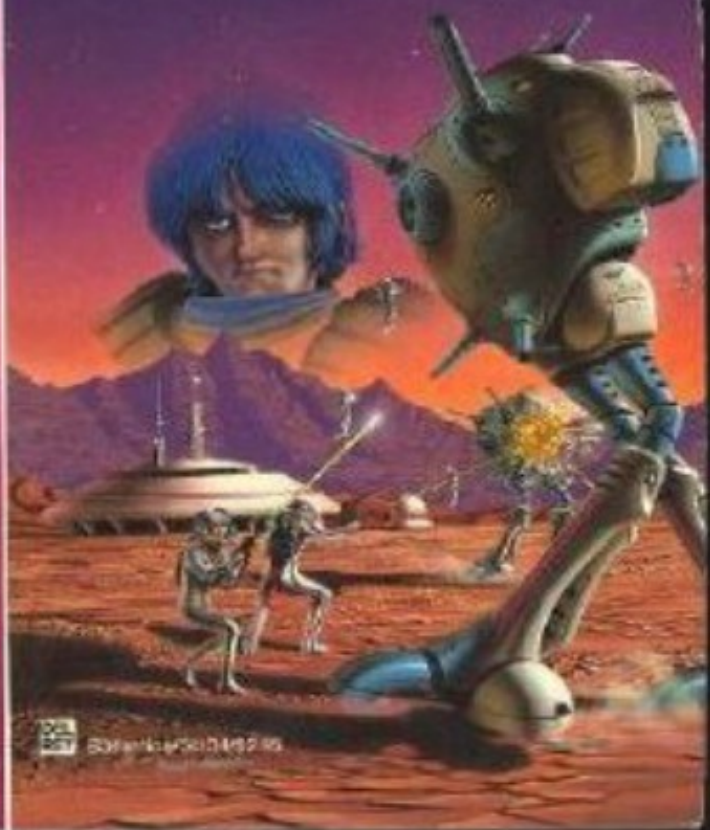
FIRST GENERATION #2

BATTLE CRY

Henry Gloval is in command of the SDF-1.

But a massive enemy force led by Khyron the Backstabber is hot on his trail...

JACK McKINNEY



Henry Gloval está a cargo del SDF-1. Pero una masiva fuerza enemiga dirigida por Khyron el Traidor está pisándole los talones...

AUN LOS MILAGROS TIENEN SUS DESVENTAJAS

Algunos creyeron milagroso el hecho de que la Fortaleza Súper Dimensional se estrellara en la Tierra: la llegada de la astronave extraterrestre causó el súbito final de una guerra global de más de diez años.

No obstante, Henry J. Gloval, el capitán del *SDF-1*, era un hombre pragmático. Cuando llegaba la hora de preguntarse cómo había llegado a estar al mando de una fortaleza espacial alienígena que llevaba a más de 50.000 civiles en su interior, se rehusaba a pensar en la respuesta más de dos veces al día.

Y con todo, allí se encontraba el planeta Saturno, llenando la ventana del puente del *SDF-1*, y allí estaba él, en su silla de mando.

PERO LOS ZENTRAEDI HABÍAN LLEGADO PARA RECLAMAR LA NAVE COMO PROPIA

ROBOTTECH

Saga de Macross (Primera Generación)

Grito de guerra

Jack McKinney

Versión 1.0

15.09.13



Título original: *Battlecry*

Autores: Brian Daley y James Luceno bajo el seudónimo de Jack McKinney

Publicado en forma individual, y en la recopilación de los libros #1-3

The Macross Saga: Battlecry

Publicación del original: 1987



Libro 2 en el orden de publicación, y 2 en el orden cronológico/de lectura.

Traducción: Laura Geuna

Revisión: sin revisar

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Robotech y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Robotech y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de sus respectivos propietarios.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Capítulo 1

Si hubo algo que caracterizó los períodos iniciales de la Primera Guerra Robotech fue la interrelación tácita que se desarrolló entre el capitán Henry Gloval y el comandante zentraedi Breetai. En efecto, ambos hombres habían sido creados para la guerra: Gloval por el GRU soviético, y Breetai, claro, por los Maestros Robotech. Cuando uno examina los primeros registros de la bitácora de las naves de ambos comandantes, es evidente que cada hombre pasó un buen tiempo tratando de analizar la personalidad de su oponente por medio de las estrategias que cada uno empleaba. Tal vez Breetai aquí tenía una ventaja al tener a su disposición los volúmenes de los documentos zentraedi consagrados a las leyendas que se referían al origen de las sociedades micronianas. Pero hay que señalar que los intentos de Breetai por entenderlos estaban seriamente limitados por su entrenamiento previo: incluso Exedore, que había sido creado para servir como consejero transcultural, le fallaría en este frente. Gloval, por otro lado, con pocos conocimientos de su nave y menos de su oponente, tenía el apoyo de las fuerzas combinadas de una tripulación leal e inteligente, y los instintos de alguien que había aprendido a funcionar mejor en situaciones donde la desinformación y la especulación eran la norma. Se podría señalar muchos ejemplos de esto, pero quizás ninguno representa tanto el funcionamiento de la mentalidad de grupo a bordo de la SDF-1 como la Batalla de los Anillos de Saturno.

La nave de Zor, la *SDF-1*, se movía a través del espacio como una criatura liberada de una antigua fábula marina. La transformación estructural que sufrió la fortaleza a manos de sus nuevos dueños la había convertido en un monstruo... apariencia que se reforzaba gracias a esas embarcaciones navales que le injertaron como si fueran brazos, y las torres del arma principal que ahora se elevaban desde el cuerpo como amenazantes cabezas gemelas con cuernos.

—¿Qué pensarían los Maestros Robotech de este nuevo diseño?
—se preguntó Breetai.

Incluso antes de la transformación, la nave de Zor era muy diferente de la suya... de hecho, diferente a cualquier embarcación de la flota zentraedi. Por ser la fábrica de Protocultura siempre había carecido de esa sensación de deformidad orgánica que Breetai prefería. Pero en ese entonces no la habían construido como una nave de guerra. Hasta ahora.

El comandante zentraedi estaba en el puente de su nave, donde una imagen de la *SDF-1* jugaba a través del silencioso campo de un rayo de proyección. Los fuertes brazos de Breetai estaban cruzados sobre la túnica marrón de su uniforme y el amplificador monocular ubicado en la placa que cubría la mitad de su rostro apuntaba hacia la pantalla que flotaba libremente.

Los telescopios de largo alcance capturaron esta imagen de la nave para que él la observara y la analizara. Pero esos mismos telescopios y sonares fallaron en revelar cuál era el aspecto de las criaturas que la poseían.

El puente era una burbuja que asomaba hacia el centro astrogacional de la nave, una galería enorme de pantallas, campos de rayos proyectores y holo-esquemas que le permitían a Breetai tener el acceso a la información que reuniera cualquier crucero o destructor bajo su mando. Podía comunicarse con cualquiera de sus muchos oficiales o cualquiera de las numerosas naves de reconocimiento Cyclops. Pero ninguno de ellos pudo suministrarle los datos que él deseaba ahora... alguna explicación del

comportamiento microniano. Para eso Breetai contaba con Exedore, su diminuto consejero, que por el momento parecía estar igualmente confundido.

—Comandante —estaba diciendo el hombre deforme—, he analizado esta estrategia más reciente desde todos los ángulos posibles y todavía no puedo entender por qué vieron necesario cambiar a este formato. Una modificación estructural de esta naturaleza más que seguro disminuiría, posiblemente incluso negaría, la efectividad de los centros de control de gravedad de la nave.

—¿Y sus armas?

—Completamente operativas. A no ser que estén desviando energía hacia uno de los sistemas de escudo.

Breetai se preguntó si no estaba siendo demasiado precavido. Era cierto que las tácticas impredecibles de los micronianos lo habían tomado fuera de guardia, pero era improbable que hubiera subestimado sus capacidades. Que ellos eligieran ejecutar una transposición espacial intraatmosférica sin importarles los efectos en su centro poblacional isleño era un poco molesto, así como lo fue el uso más reciente de la poderosa arma principal de la *SDF-1*. Pero seguramente estos eran actos de desesperación, los de un enemigo que corría asustado, y no los de uno en total dominio de la situación.

En cualquier ejercicio militar simple esta improvisación no habría representado ninguna amenaza. Según la experiencia de Breetai, el poder de fuego superior se imponía a los actos desesperados o a las tácticas hábiles. Y había pocos en el universo conocido que pudieran rivalizar con los zentraedi en poder de fuego. Pero esta misión demandaba una cierta sutileza. Al final vencerían a los micronianos, de eso estaba seguro. La derrota, en cambio, era de importancia secundaria. Su consigna principal era recuperar sin daños a la nave de Zor, y dado el gusto que tenían los micronianos por la autodestrucción, no se podía garantizar un resultado exitoso.

Con esto en mente Breetai adoptó una política de espera vigilante. Por más de dos meses según la cuenta microniana la flota zentraedi siguió a la *SDF-1* sin lanzar un ataque. Durante ese

tiempo, él y Exedore monitorearon los movimientos de la nave y las transmisiones audiovisuales; analizaron los cambios y modificaciones que había sufrido la nave de Zor; vieron en las pantallas las imágenes transvid de sus enfrentamientos iniciales con el enemigo. Y lo más importante, estudiaron las leyendas zentraedi que se referían a las sociedades micronianas. Había advertencias en aquellas leyendas... advertencias que Breetai eligió ignorar.

La *SDF-1* se estaba acercando a un planeta exterior de este sistema de estrella amarilla, un mundo con anillos grande y gaseoso con numerosas lunas pequeñas. Una pantalla secundaria del puente de la nave capitana mostró que era el sexto planeta. Exedore, que ya había hecho un gran progreso en descifrar el lenguaje microniano, sabía su nombre: Saturno.

—Milord, sospecho que los generadores de transposición a bordo de la nave de Zor pudieron haberse dañado durante el salto al hiperespacio desde la Tierra hasta los planetas exteriores. Yo creo que los micronianos intentarán utilizar la gravedad de este planeta para lanzarse hacia su planeta natal.

—Interesante —respondió Breetai.

—Lo que es más, probablemente activarán las CME (contramedidas electrónicas) cuando se acerquen a los anillos planetarios. Puede hacerse difícil para nosotros seguir su curso.

—En realidad es la elección lógica, Exedore. Y es precisamente lo que me preocupa. Todavía tienen que demostrar algún conocimiento de lógica.

—¿Su decisión, milord?

—Ellos tienen más de un plan de escape en mente. El poder de fuego del arma principal les ha dado la confianza en su habilidad para enfrentarnos. —Breetai se acarició el mentón mientras miraba la pantalla—. Los dejaré intentar su pequeño plan ingenioso sólo para conseguir una comprensión más clara de sus tácticas. Tengo curiosidad por ver si tienen posesión total del poder que contiene esa nave.

Henry Gloval, antiguamente capitán de los portaviones *Kenosha* y *Prometheus*, y ahora de la súper fortaleza dimensional, la *SDF-1*, era un hombre práctico, de pocas palabras e incluso menores expectativas. Cuando le preguntaron cómo había terminado al mando de una nave espacial extraterrestre a 1.500.000.000 kilómetros de casa y llevando a casi 60.000 civiles en su panza, se negó a dejar que la pregunta surgiera más de dos veces al día.

Y aquí estaba el planeta Saturno llenando los miradores frontales del puente de la *SDF-1*, y aquí estaba Gloval en la silla de mando, tratándolo como a una corriente más del Pacífico que tenía que navegar. Bueno, no tanto: nadie que él hubiera conocido durante su larga carrera como oficial naval había usado una corriente oceánica de la forma en que planeaba utilizar a los campos gravitatorios de Saturno.

La *SDF-1*; los generadores de transposición, que dos meses antes le permitieron a la nave viajar a través del hiperespacio desde la Tierra hasta Plutón en una cuestión de minutos, se habían desvanecido. Tal vez «permitir» es la palabra incorrecta si se tiene en cuenta que en ese momento Gloval tenía sus miras puestas en la luna. Pero no importaba... la desaparición seguía siendo un misterio a descifrar para el Dr. Lang y sus Robotécnicos. El hallar un camino de regreso a casa sin los generadores recayó sobre los hombros de Gloval.

Incluso en el año 2010 el libro sobre viajes interplanetarios estaba lejos de estar completo; de hecho Lang, Gloval y otros pocos todavía lo estaban escribiendo. Cada situación que se enfrentaba era nueva, cada nueva maniobra era potencialmente la última. Hubo una cierta cantidad de sondas sin tripulación, y por supuesto la serie de estaciones orbitales Armor y las bases lunar y marciana, pero ninguna tripulación humana había pasado nunca el viaje más allá del cinturón de asteroides. ¿Quién podía decir lo que habría sucedido si la Guerra Civil Global no hubiera puesto un fin a la experimentación humana en el espacio? Pero esa fue la forma en que se repartieron las cartas, y a decir verdad, la humanidad tenía que agradecer a la *SDF-1* por poder comenzar las cosas otra vez, incluso si la nave era ahora más un arma que una nave espacial. Sin embargo, los historiadores serían los que tendrían que descubrir

todo esto. Gloval tenía preocupaciones más angustiosas.

Hablando relativamente, la Tierra estaba del lado más lejano del sol. Los motores reflex de la fortaleza los llevarían a casa pero no con rapidez, y a pesar de eso iban a necesitar un saludable empujón de Saturno. El plan de los de ingeniería era que la nave orbitara el planeta e hiciera uso de la fuerza centrífuga para ponerla en camino. No era un plan completamente sin probar, pero a pesar de eso era peligroso. Y había un factor más que Gloval tenía que contar en los cálculos: el enemigo.

No visto en toda su fuerza, sin nombre y desconocido, excepto que se pensaba que eran humanoides de dieciocho metros de altura con suministros aparentemente ilimitados. Aparecieron en el espacio terrestre hacía un poco más de dos meses y le declararon la guerra al planeta. No había forma de saber qué destino le había sobrevenido a la Tierra después del salto al hiperespacio de la *SDF-1*, pero parte de la flota enemiga —o por lo que sabía Gloval, una cuña— persiguió a la nave a través del sistema solar para apurar el ataque. El arma principal de la *SDF-1* los salvó una vez, pero dispararla requirió una transformación modular que no sólo causó destrucción y confusión en muchos de los sistemas secundarios de la nave, sino que casi destruyó la ciudad que había surgido dentro de ella.

Durante dos meses el enemigo había dejado sola a la nave. Ellos dejaban que se los captara en los radares y sonares, pero se cuidaban de no revelar el tamaño de su flota. A veces parecía que los pods constituían el grueso de su fuerza de ofensiva... aquellos mechas de un solo piloto extrañamente formados que los pilotos VT llamaban «avestruces sin cabeza». En otros momentos hubo evidencia de naves de exploración y de embarcaciones de reconocimiento, de cruceros y de destructores. Pero si los números del enemigo eran un tema para la especulación, sus motivos parecían estar claros: habían venido por su nave, la *SDF-1*.

Gloval no iba a permitirles tenerla sin pelear. Tal vez se podría haber arreglado algo si hubieran venido y pedido la nave. Pero eso también era historia.

Sólo había una forma de garantizar un regreso a salvo a la Tierra: tenían que sacarse de los talones al enemigo, o destruirlo.

Gloval se estaba inclinando hacia la primera opción hasta que el Dr. Lang lo sorprendió con lo último de sus descubrimientos diarios.

Lang era la interfase de Gloval con la *SDF-1*; más que cualquier persona a bordo, el científico alemán había retrocedido su pensamiento hasta los de los técnicos que construyeron originariamente a la nave. Él logró a gran escala lo que se esperaba que los pilotos de los cazas Veritech hicieran en cada misión: El fundir sus mentes a los controles de los mechas. Entre los tripulantes de la *SDF-1* existía la sospecha de que Lang se había conectado a sí mismo a una de las computadoras de almacenamiento de la *SDF-1* y que había obtenido alguna clase de acelerador mental que lo ponía en contacto con los constructores de la nave, convirtiéndolo en un extraño ante aquellos que no lo habían hecho. Cuando hablaba con Lang, Gloval a veces sentía que estaba lidiando con una entidad extraterrestre... no podía soportar hacer contacto con aquellos ojos de mármol. Era como si hubieran drenado el lado apasionado de la naturaleza de este hombre y lo hubieran llenado con alguno de los fluidos extraños que circulaban por muchos de los sistemas vivientes de la nave. No se intercambiaba cortesías con un hombre como Lang; se iba directamente al grano y se combinaba los bancos de memoria con él. Por eso cuando Lang le dijo que podía ser posible crear una envoltura protectora para la *SDF-1*, Gloval sólo preguntó cuánto tiempo tomaría la realización.

Los dos hombres se encontraron en la cámara que hasta hace poco había albergado a los generadores de transposición. Lang quería que Gloval viera por sí mismo la hipnotizante energía flotante que había aparecido allí espontáneamente después de la desaparición de los generadores. Más tarde fueron al alojamiento de Lang, la única sección que no se reconstruyó de la fortaleza que era de dimensiones humanas. Allí el científico explicó que la energía tenía algo que ver con una distorsión local en la continuidad del espacio tiempo. Gloval no pudo seguir todos los detalles de las teorías involucradas, pero retuvo lo suficiente como para entender que esta misma energía se podría utilizar para la fabricación de un sistema de barrera para la *SDF-1*.

Desde su charla con el Dr. Lang, Gloval quedó preocupado por la

idea de tomar al enemigo por sorpresa con una maniobra de ofensiva. Con las armas principales funcionando y el potencial de una barrera protectora, ahora Gloval y la *SDF-1* podían asegurar una ruta libre hacia la Tierra. Y Saturno, con sus muchas lunas y anillos, estaba equipado de forma ideal para tal propósito.

Rick Hunter, el cadete Veritech, admiró su reflejo en las vidrieras de los negocios de la calle principal de ciudad Macross. Se detuvo una o dos veces a enderezar las rayas de su pantalón, ajustar el cinturón que ceñía su colorida chaqueta, o a darle a su largo cabello negro la apariencia correcta de un desorden estilizado. Era su primer día de licencia después de ocho semanas de entrenamiento riguroso y nunca se había sentido mejor. Ni se había visto mejor, a juzgar por la atención que recibía de los que pasaban, especialmente de las mujeres jóvenes de la ciudad transplantada.

Rick estaba razonablemente en forma —los años de vuelos de prueba lo requerían—, pero los sargentos de entrenamiento habían vuelto firme y vigorosa su contextura delgada. «Nada extraño, ni en la mente ni en el cuerpo». Rick había adoptado el lema de ellos como propio. Incluso había aprendido unos cuantos nuevos trucos de vuelo (y le había enseñado algunos a los instructores). Los aviones habían sido su vida durante diecinueve años, e incluso en la ausencia de peso del espacio se sentía como en su elemento. A pesar de eso no estaba cómodo con las armas, y la idea de matar a una criatura viviente todavía era tan extraña para él como lo había sido un par de meses antes. Pero Roy Fokker, el «Hermano Mayor» de Rick, lo estaba ayudando a sobrellevar este periodo difícil. Roy le había hablado de sus propios viejos recelos, sobre cómo tenías que pensar en los Battlepod como si fueran mechas, sobre lo real que era la amenaza enemiga para todos los de a bordo de la *SDF-1*.

—El precio de la libertad es la eterna vigilancia —dijo Roy citando a un presidente estadounidense—. Ya no existe el vuelo por diversión. Esta vez volarás por tu hogar y por la seguridad de los que amas.

Por supuesto que Roy había pasado por la Guerra Civil Global; tenía experiencia en la muerte y destrucción. Incluso había pasado por ella como un soldado condecorado. Aunque por qué alguien habría buscado eso seguía siendo un misterio para Rick. Roy había abandonado el circo aéreo de Pop Hunter por aquel circo de locura mundial y eso no era algo en lo que a Rick le gustara pensar. Además, por más cierto que fuera que la guerra estaba fuera de cualquier compuerta de la nave, de seguro estaba muy lejos para un cadete cuya experiencia en batalla hasta ahora había sido puramente accidental.

Rick estaba paseando por el boulevard Macross a paso lento; tenía unos minutos libres antes de encontrarse con Minmei en el mercado. La ciudad se las había arreglado para reconstruir lo que la transformación modular había dejado en ruinas. Tomando en cuenta la habilidad que tenía la *SDF-1* para mecamorfosearse, el plano modificado de la ciudad dependía de un eje de orientación vertical. Se había abandonado el intento de recrear la apertura horizontal de Isla Macross. La nueva ciudad se elevaba sobre tres niveles hacia el techo de la enorme bodega. Los puentes ornamentales cruzaban las brechas estructurales; las unidades de control ambiental y el enorme sistema de reciclaje se integraron al diseño de alta tecnología de los edificios; los ingenieros de EVE — los especialistas en emulación de video extendida— estaban experimentando con los efectos de cielo y horizonte; hidropónica había suministrado árboles y arbustos; y se estaba construyendo un monorraíl. Los que planificaron la ciudad también habían solucionado muchos de los problemas que antes plagaban la ciudad. Los refugios y las áreas de seguridad amarillas y negras estaban bien marcados para el caso de una transformación modular. Cada residente ahora tenía una cama para dormir y un trabajo que realizar. El racionamiento de agua y comida se aceptaba como parte de la rutina. Los sistemas de cancelaciones, cupones de ración y los bonos militares probaron ser manejables. La mayoría de la gente había navegado con éxito a través de las corrientes psicológicas cruzadas. Pronto habría una estación de televisión, y se estaba trabajando en una lotería. En general la ciudad no era diferente a un centro comercial de principios de siglo, excepto en tamaño y

habitantes. Lo más notable fue que los residentes de Macross habían hecho el ajuste —desde el comienzo fueron un grupo especial—, y allí el sentimiento general era una cruz entre lo que se encontraba en un prototipo de comunidad experimental y lo que se encontraba en cualquiera de las ciudades de tiempo de guerra de la última era.

Al acercarse al mercado, Rick comenzó a enfocar sus pensamientos en Minmei y en cómo se desarrollaría el día que había imaginado. Ella quedaría fascinada al verlo en uniforme y no sería capaz de sacarle las manos de encima; él sugeriría el parque y ella consentiría con entusiasmo...

—¡Rick! —Minmei corría hacia él abrazando una bolsa de compras llena y lo saludaba enloquecida con la mano libre. Vestía un suéter ajustado sin mangas sobre una blusa blanca y una pollera que revelaba demasiado. Tenía el pelo suelto y lustroso, incluso a la luz artificial de la ciudad; sus ojos azules brillaron fijos en los de él cuando le dio un beso y se alejó para echarle un vistazo rápido.

Dentro del frío y seco cadete que Rick estaba mostrando, su corazón corría salvajemente. Ella ya le estaba haciendo un triste bosquejo, llenándolo con las ocho semanas de ella, haciendo preguntas sobre el «entrenamiento espaciante», haciéndole cumplidos, el uniforme, la Fuerza de Defensa, el alcalde, y todos los demás que estaban conectados con el esfuerzo de la guerra. A pesar de todo, Rick estaba tan atraído por su belleza que apenas escuchó las noticias o los cumplidos. De repente se quedó callado y preocupado. Minmei acaparaba las miradas de todos los que pasaban y parecía conocer en persona a la mitad de Macross. ¿Qué había estado haciendo estas últimas ocho semanas? ¿Presentándose en todas las esquinas de las calles? ¿Y que era todo eso de las lecciones de canto, de baile, y de que se iba a realizar un concurso de belleza? Rick quería decirle de las penurias del entrenamiento, de los nuevos amigos que había hecho, sus miedos sin palabras; él quería abrazarla y decirle cuánto la había extrañado, decirle cómo esa difícil prueba de dos semanas que vivieron juntos había sido uno de los momentos más preciosos de su vida. Pero ella no dejaba que él dijera una sola palabra.

A mitad de cuadra ella se detuvo en medio de una frase y arrastró a Rick hacia una de las vidrieras. En la ventana había un

vestido color salmón con cinturón que de repente para ella se convirtió en la cosa más importante del mundo.

—Vamos, Rick, sólo un minuto, ¿está bien?

—Minmei —se resistió él—, no voy a pasar el resto de mi licencia haciendo compras.

—Te prometo que sólo será un segundo.

—Siempre empieza de esa forma y, y...

—¿Y qué más tenías en mente para hoy, Rick? —Minmei ya tenía la mano sobre el picaporte.

Ella desapareció dentro de la tienda de damas y lo dejó parado en la vereda, sintiéndose culpable de alguna manera por siquiera haber pensado en ir al parque.

Para el momento en que él entró, Minmei ya tenía plegado sobre un brazo el vestido de la percha y pasaba por los percheros sacando cinturones, blusas, calzas estampadas, polleras, suéteres y ropa interior. Rick revisó su reloj y calculó que él quedaría ASP (ausente sin permiso) mucho antes de que ella terminara de probarse todo. Ella entró a un probador y cerró la cortina.

—Y no espíes, Rick —dijo.

Afortunadamente en ese momento no había ningún otro cliente, pero la vendedora que estaba parada en silencio detrás de Rick encontró la advertencia de Minmei como la cosa más graciosa que había escuchado en toda la semana. Su carcajada de gusto lo tomó por sorpresa. Él pensó que había sonado una alarma de advertencia tempranera... y mientras se acurrucaba para cubrirse, se las arregló para perder algunos de los productos que estaban en la parte de arriba de la bolsa. Al inclinarse para recobrar algunos de ellos, tropezó con la bolsa y desparramó la mitad de su contenido por el suelo.

Ahora la mujer se reía como una maniática. El timbre anunció la entrada de un nuevo cliente y Minmei espío sobre la cortina del probador y preguntó que estaba pasando. Rick, mientras tanto, gateaba en cuatro patas bajo las mesas en busca de las mercancías —botellas de shampoo, crema de limpieza, loción para el cuerpo, aceite para bebé, lápices de labios y varios potes de maquillaje—, todos los cuales estaban cubiertos por una clase de fluido resbaloso de una botella de jabón para el rostro líquido que se había abierto

parcialmente. Cada vez que Rick atrapaba uno de los productos este saltaba de sus manos como un pez mojado. Pero pronto aprendió a hacerlo y en poco tiempo tuvo casi todo de vuelta en la bolsa. Sólo faltaba conseguir una cosa: un tubo de pasta dental de tres colores que estaba fuera de su alcance nadando en un charco de jabón para el rostro. Rick hizo el intento, se estiró y trató de sujetarlo. Tal como se esperaba, el tubo salió impulsado y terminó sobre otra mesa.

Era tiempo de ponerse serio. Rick dejó a un lado la bolsa y gateó disimuladamente hacia su presa, como si el tubo hubiera tomado voluntad propia y estuviera a punto de escabullirse como algunas de las unidades robo-distribuidoras de ciudad Macross. Entrecerró los ojos, retuvo al tubo con la mirada, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, se abalanzó.

El tubo pareció gritar en sus manos y de inmediato salió en un despegue vertical. Pero Rick estaba preparado para eso; levantó la cabeza con los ojos fijos en el ascenso del tubo.

Lo único que no había tenido en cuenta era la altura de la mesa. Su cabeza golpeó fuerte con la parte de abajo, el tubo se escapó y Rick cayó hacia atrás sobre el piso, girando sobre su espalda y tomándose la cabeza.

Cuando abrió los ojos, vio una lluvia de corpiños y tres pares de sedosas piernas de mujeres. Las dueñas de aquellas se alejaron de la mesa haciendo ruido sobre el piso con los tacos altos y tirando de los dobladillos de sus polleras como si hubieran visto a un roedor suelto.

Rick salió de ahí y se puso de pie enfrentando a las tres mujeres del otro lado de la mesa. Ellas todavía estaban retrocediendo del mostrador de ropa interior con miradas de indignación en sus rostros. Rick les murmuró unas disculpas cuando salieron de la tienda y la vendedora se rió como histérica otra vez. De repente Minmei se paró detrás de él, lo golpeó suavemente en el hombro y le pidió su opinión sobre el vestido que se estaba probando. Él permaneció traumatizado durante un minuto, con la risa en un oído y las preguntas de Minmei en el otro, y dejó la tienda sin decir una palabra.

Minmei permaneció adentro por más de una hora. Cuando salió

traía dos bolsas de compras más. Determinado, Rick intentó otra vez sugerir caminar por el parque, pero ella ya había hecho otros planes para los dos. Sus familiares substitutos, quienes administraban el Dragón Blanco, el restaurante chino más popular de ciudad Macross, habían estado preguntando por Rick, y esta sería la ocasión perfecta para visitarlos... él estaba tan «galán y gallardo» vestido con su uniforme.

Rick difícilmente podría rehusarse. El tío y la tía de Minmei eran casi una familia para él; de hecho había vivido con ellos sobre el restaurante antes de unirse a las Fuerzas de Defensa.

Ellos formaban una pareja extraña... Max, bajo y corpulento, y Lena, de la altura de Minmei e inspiración delicada. Tenían un hijo que quedó en la Tierra, Lynn Kyle, a quien Lena extrañaba y en el cual Max prefería no pensar por razones que Rick no pudo saber. Aunque había algo más que ellos le ocultaban. Cuando Rick entró al restaurante ellos fingieron sorpresa, pero en minutos desplegaron ante él su comida favorita. Mientras engullía el camarón sofrito, él los entretuvo con las historias de las barracas que había guardado para Minmei. Ellos querían saber todo sobre los cazas Veritech... cómo se los manejaba en el espacio, cómo podían cambiar de modo Caza a Guardián o Battloid. Y le preguntaron sobre la guerra: ¿Pudo Gloval hacer contacto con el cuartel general de la Tierra? ¿Sus comandantes creían que el enemigo continuaría con sus ataques? ¿Estaba Rick preocupado por su primera misión? ¿Cuánto tiempo le tomaría a la *SDF-1* regresar a la Tierra?

Rick hizo lo mejor que pudo para contestarles, dejando a un lado los temas que no se le permitía discutir, y en otros casos exagerando su propia importancia dentro de las Fuerzas de Defensa. A él le preocupaba que a los residentes de ciudad Macross no se les diera los mismos informes que se le daban a los escuadrones Veritech. Después de todo, Macross también era una parte de la nave y de la guerra como los otros que estaban a bordo.

Él estaba a punto de calmarles los miedos que tenían por su seguridad diciéndoles que faltaba mucho para una asignación de combate cuando vio que Roy Fokker entraba al restaurante. Su figura de dos metros parecía gigantesca dentro de la habitación de techo bajo, pero había algo en la indomable melena rubia y en la

sonrisa inocente de Roy que hacía que la gente se calmara de inmediato. Saludó a todos individualmente, hizo un show al besar la mano de Minmei y se sentó junto a Rick, arrebatando el último camarón mientras lo hacía.

—Me imaginé que te encontraría aquí —dijo Roy con la boca llena—. Tengo que llevarte de vuelta a la base de inmediato, Hermano Menor.

—¿Por qué, qué pasa? —preguntó Rick.

—Estamos en alerta.

—¿Sí, pero eso qué tiene que ver conmigo? —de repente Rick se preocupó.

—Adivina a quién asignaron a mi escuadrón. —Roy se chupó los dedos.

Rick se quedó mudo.

Tía Lena y tío Max estaban parados juntos, con miradas de preocupación detrás de las sonrisas fingidas. Pero Minmei estaba alborozada.

—¡Oh, Rick, eso es maravilloso! —como si a él le acabaran de dar un premio.

—Vamos por ellos, compañero. —Roy se puso de pie y sonrió.

Rick trató de devolver con valentía una sonrisa que no estaba ahí.

La guerra lo había alcanzado otra vez.

Capítulo 2

Desde el comienzo fue inevitable que se desarrollara un culto alrededor de los cazas Veritech. Así como sucedió con los ases de la Primera Guerra Mundial, los pilotos de los jets, los astronautas y los lingüistas de computadoras antes que ellos, los hombres que fueron elegidos para interactuar con el primer derivado de la Robotechnología consideraban que estaban a la vanguardia del progreso humano. Y por un lado lo estaban. ¿Quién antes que ellos logró una interfase con las máquinas a un nivel tan íntimo? De seguro fue apropiado que ellos formaran su propio club y hablaran su propio lenguaje... que se llamaran a sí mismos «mecamorfos». Continuamente tomaban prestadas y aplicaban frases místicas de sus maestros Zen —los que de verdad eran responsables de enseñarles a los pilotos la naturaleza de la técnica meditativa...

En aquellos días ibas caminando por ahí en Macross y escuchabas frases como «achicarse» o «plantarse» que iban y venían —referidas a la reconfiguración a modos Guardián y Battloid respectivamente. Los pilotos podían hablarte de sus «gorras pensantes» (los cascos con revestimiento de sensores que se utilizaban); o sobre la emoción de «aureolar» (fijar con el ojo de la mente al enemigo al que se apunta) o de «alfa-retos» (arriesgarte a estar en un trance lo suficientemente profundo como para que el mecha te entienda), o de «enfrentar mechas» (ir a la batalla), o de «ascender»...

Durante la fase de desarrollo de lo que llamaban sistema de barrera de punta de alfiler, Gloval con frecuencia se encontraba con el Dr. Lang. Para aquello se desvió y se aprovechó la energía luminiscente que una vez había llenado la cámara de los generadores de transposición. Sin embargo, la naturaleza de la energía antielectrónica era tal que un escudo de fotones para toda la nave habría desestabilizado un ya debilitado sistema de control de gravedad. Lo mejor que pudieron lograr el Dr. Lang y sus Robotécnicos fue un grupo de barreras móviles capaces de desviar los rayos que vinieran. Se reajustó una zona en la popa del puente de la nave con tres giroscopios universales que se operaban manualmente, cada uno conectado a uno de los discos de fotones del grupo.

Con el sistema de barrera funcionando, Gloval confiaba que su plan de ataque «Blitzkrieg» probaría ser viable. La estrategia era bastante simple: cuando la *SDF-1* estuviera cerca de los anillos de Saturno, activarían las contramedidas electrónicas para interferir con los sonares del radar enemigo. La fortaleza se escondería entre los anillos para tomar toda la ventaja de sus «ruidos» de radio intrínsecos, mientras que al mismo tiempo los escuadrones de cazas Veritech efectuarían una misión de ataque simulada para actuar como señuelos. Cuando el enemigo se moviera para enfrentar a los VTs, el arma principal de la *SDF-1* lo destruiría. La dinámica orbital haría que el proceso fuera crítico: si la fortaleza volvía a entrar en órbita demasiado pronto, eso la catapultaría de vuelta hacia los planetas exteriores; demasiado tarde, y la ventana de lanzamiento hacia Marte y los planetas interiores se cerraría.

Los pilotos de los cazas VT recibirían la mayor parte de esta información en la instrucción programada, y hacia esa instrucción se dirigieron Rick y Roy después de que dejaron el restaurante.

Roy hacía lo mejor que podía para levantarle el ánimo al cadete recién graduado. Rick era uno de los cinco cadetes elegidos; era un verdadero honor, un respaldo a sus habilidades de volar. Iba a poder mudarse de las barracas dormitorio hacia su propia habitación. Tendría más tiempo libre y privilegios especiales.

Ahora iban caminando a lo largo de la alta valla alambrada que rodeaba el campo de las barracas. Unos centinelas Battloid de quince metros de altura patrullaban el perímetro con sus Gatling al hombro como verdaderos soldados. El personal de la Fuerza de Defensa se estaba moviendo rápidamente en respuesta a las nuevas órdenes que le habían mandado a cada unidad.

Pero la moral de Rick estaba baja; tenía las manos en los bolsillos y los hombros caídos. De todas formas, Roy tuvo éxito en reanimarlo con un seco «¡Atención!».

Rick respondió a su entrenamiento de forma experta: levantó la cabeza, cuadró los hombros, se puso derecho y llevó su mano a la frente. Sus ojos buscaron el uniforme de un superior pero las únicas personas en su campo visual fueron cuatro mujeres jóvenes vestidas de civil. La mayor de ellas, de no más de veintitrés o veinticuatro, fue la que contestó al saludo. Ella tenía cabello marrón abundante que se enrollaba sobre los hombros, fisonomía pequeña y atractiva, y un cuerpo atlético que ni siquiera su vestimenta conservadora podía ocultar. Tenía un aire de tranquila imponencia.

De repente las otras tres se echaron a reír y lo señalaron; la alta de cabello oscuro. —Kim, según supo Rick—, le susurró algo a la de anteojos. —Vanessa. Rick se estaba resistiendo al impulso de revisar los botones de su bragueta cuando la rubia bajita gritó:

—¡El señor Ropa Interior!

Él se arriesgó a mirar de frente y reconoció a tres de las mujeres del incidente de esa mañana en la tienda de ropa.

—Sosténganse las polleras, señoritas —dijo una de ellas.

—¿Qué pasó, Hermano Menor? —preguntó Roy mientras le daba un codazo en las costillas.

—No preguntes —dijo Rick por la comisura de su boca.

La mayor dio un paso hacia delante; miró a Rick y giró hacia Roy.

—Comandante Fokker, no me diga que este es el brillante piloto nuevo del que se estaba jactando.

—Este mismo. Cabo Rick Hunter, ella es la oficial de vuelo Lisa Hayes. Escucharás mucho de ella de ahora en adelante.

Rick volvió a saludar. Las mujeres todavía lo estaban molestando con sus comentarios.

—Rick Hunter... —repitió Lisa Hayes—. ¿Por qué me es familiar ese nombre? ¿Nos conocíamos? Eh, quiero decir, antes de esta mañana.

—No, señor, no lo creo, señor.

Lisa golpeó su labio inferior con su dedo índice. Conocía ese nombre de algún lado... y de repente lo recordó: Hunter era el piloto civil que apareció en Macross el día del lanzamiento. El mismo que había usado sin autorización un Veritech, el mismo que rescató a esa chica china, el mismo que la había llamado...

—Usted es el piloto insolente, ¿no es cierto?

Rick la miró fijamente. Sí, por increíble que fuera, ella era la que él había visto en la pantalla de comunicaciones del Veritech hace unos meses.

—Entonces usted debe ser...

—Adelante, cabo Hunter, dígalos: yo debo ser...

—U-usted debe ser... ¡mi oficial superior, señor!

Lisa sonrió sarcásticamente y asintió con la cabeza deliberadamente. Puso en movimiento a su grupo y ellas comenzaron a alejarse por la vereda. Pero Lisa giró hacia Rick cuando pasó a su lado y agregó:

—Por cierto, yo no sé cuál es su problema en particular, pero no es un comportamiento apropiado para un piloto VT andar rondando las tiendas de ropa interior en busca de una emoción barata.

Rick gimió y Roy se rascó la cabeza.

—Depravado —dijo la rubia.

Más tarde en la instrucción, Rick todavía rememoraba el incidente; pero a la luz de lo que se estaba diciendo, la vergüenza se ubicó al final de la lista de sus preocupaciones. Una misión de señuelo... ¡los VTs iban a fingir lanzar una contraofensiva contra los extraterrestres! A juzgar por los murmullos de la multitud, Rick no era el único piloto al que sorprendieron con esa directiva. Pero les gustara o no, tenían sus órdenes.

—Quiero que piensen en una cosa y solamente en una cosa —

decía un general—. ¡Robotech! Y quiero que sepan que todos nosotros contamos con ustedes.

Si el general lo hubiera dejado así, Rick habría estado bien... preocupado pero no desesperado. Sin embargo el general agregó:

—Si hay alguien a quien quieran ver, deberían hacerlo esta noche.

A Rick le dio pánico. ¿Qué quiso decir con eso, que los iban a mandar a una especie de misión suicida? ¿Y hacer qué esta noche? ¿Decir adiós? ¿Decir deséame suerte? ¿Decir por favor recuérdame siempre?

Hizo cola para usar el teléfono y se las arregló para comunicarse con la tía Lena. Minmei estaba en su escuela de ballet, pero sí, Lena le daría el mensaje de Rick: Parque Central de Macross, en la banca de ellos a las nueve de la noche.

Rick viajó de vuelta a la ciudad junto con otros pilotos. Paseó en los alrededores del mercado durante un rato y estuvo en el parque a las ocho en punto para calentar la banca. La luz de las estrellas entraba a través del enorme ventanal que había en el casco; los novios se abrazaban y la vida continuaba como si estuviera llena de mañanas. Pero Rick no podía ver más allá de la misión, y estaba aterrorizado.

Para las diez ella todavía no había llegado; el parque estaba en silencio y él estaba a punto de irse. Pero ella llegó corriendo justo en ese momento, con la cara enrojecida y sin aliento.

—Rick, lo siento por llegar tan tarde.

—Al menos llegaste —sonrió.

Ella se tiró hacia atrás el flequillo. Su frente estaba perlada por el sudor.

—¿Entonces, cuál es la gran emergencia?

—Mañana nos envían a una misión —no necesitó agregarle ningún acento dramático; las palabras salieron de esa forma. Pero la reacción de ella fue inesperada. Prácticamente estaba aplaudiendo.

—¡Oh, Rick, eso es genial! ¡De verdad, estoy tan feliz por ti! —y por un momento su entusiasmo casi lo contagió.

Eh, se dijo Rick, tal vez así es como me tengo que sentir, como si fuera afortunado, o algo por el estilo. ¡La fuente del parque incluso estaba manando agua en su honor! Pero eso no duró, a pesar de las

continuas exclamaciones de ella.

—¡Tu primera misión! ¡No puedo creerlo! ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Él decidió que obviamente esto era el esfuerzo de apoyar la guerra. Y ella era muy buena en eso.

Después Minmei se puso de pie y dio vueltas frente a él.

—¿Te gusta? ¿No te encanta? —siguió preguntando. Él estaba desconcertado pero pronto entendió. ¡El vestido! El vestido color salmón que ella compró esa tarde.

—Te ves hermosa, Minmei.

Ella se acercó e hizo que lo repitiera.

—¿Lo dices en serio, Rick? ¿De verdad soy hermosa?

A él se le ocurrió una idea y llamó a una robo-cámara que daba vueltas por el parque. La estúpida cosa seguía moviéndose en círculos tratando de ubicar la llamada de Rick, y por último tuvo que arrojarle una piedra para llamar su atención. La cámara se acercó hasta ellos y les pidió dinero.

—Nos sacaremos una foto. Verás lo hermosa que eres.

Minmei protestó un poco y la cámara murmuró algunas frases hechas para ponerlos del humor adecuado, pero por último tuvieron la fotografía y Minmei quedó satisfecha. Una sonrisa y una mirada de preocupación; Minmei aferrada al brazo de él; la fuente detrás de ellos.

Después de eso ella habló de baile durante media hora; le leyó la letra de una canción que había compuesto y más tarde tuvo que irse.

—El tío Max se pone loco cuando salgo hasta muy tarde. Pero te veré cuando vuelvas, Rick. Que tengas una buena misión, y recuerda, estoy muy orgullosa de ti.

Después se fue, y lo dejó solo y preguntándose sobre el mañana otra vez.

Él hizo caminata forzada y trotó durante una hora esperando quedar exhausto y caer en un sueño profundo cuando llegara a las

barracas. Pero dormir no parecía estar en la agenda de esta noche; de hecho, ni siquiera pudo mantener los ojos cerrados. Hacía demasiado calor dentro de su cucheta, después mucho frío, había demasiados ruidos en la habitación, la almohada no estaba del todo bien...

Finalmente se sentó y encendió el velador. Tomó la foto del parque y la acercó a su rostro. Tal vez podría llegar hasta ella si se concentraba en su imagen; las palabras dichas no lo estaban haciendo bien.

Minmei estaba orgullosa de él; más temprano ese día ella se había enojado con él por llevarle su bolsa de compras, porque el paquete ocultaba demasiado su uniforme. Además, estaba mal que un piloto Veritech se involucrara en actividades tan mundanas. Bueno, todo esto era alentador para Rick porque en realidad ella fue su motivación para enlistarse. Durante las semanas que siguieron a su desventura compartida en aquella parte remota de la nave, él se dio cuenta de que Minmei nunca aceptaría a un hombre común como su pretendiente; este tendría que ser alguien que participara a pleno en la vida. Alguien romántico, aventurero, lleno de grandes sueños y esperanzas positivas para el futuro... un héroe las veinticuatro horas del día que nunca temería, que nunca diría morir. A special man, a dearest man, someone to share his life with you alone, —un hombre especial, un hombre muy querido, alguien que comparta su vida sólo contigo—, tal como había escrito Minmei...

Ella era como alguien que pasó de la niñez a la adultez sin periodos intermedios de ansiedad o de confusión. Y aunque Rick le salvó la vida dos veces y pasó dos largas semanas perdido con ella, él tenía que probarse ante sus ojos. Si no se hubiera enrolado él no habría tenido forma de demostrar los heroísmos que ella clamaba, ninguna forma de individualizarse, ninguna forma de aceptarse a sí mismo como su igual.

Y aún así, incluso al haber dado esos pasos, todavía no se sentía más cerca de ella que antes. Su amor no había dado en el blanco; se había desparramado por todo el tablero y se había partido en porciones iguales para que todos lo disfrutaran. Ni siquiera un héroe era suficiente para ella porque ella les pertenecía a todos. Ella

era más un espíritu que una mujer, más un sueño que una realidad.

Rick pasó por un sueño entrecortado durante un breve periodo, sólo para que Roy lo despertara. Fokker sólo pasaba para avisar que estaba allí y le recordó que tendrían que levantarse temprano mañana.

—Tu primera misión de combate siempre es la peor, chico. Yo te comprendo. Ahora trata de dormir... cuenta aviones a hélice o algo.

Todos recibieron tales palabras de estimulación: en la instrucción les dijeron que aclararan sus asuntos personales, y ahora Roy le decía que mañana iba a ser lo peor. Minmei se había portado como una animadora, su oficial superior creía que era un sátiro... este fue un día bastante inusual.

Por eso Rick tomó el consejo de Roy —comenzó a contar aviones a hélice—, aunque no fue el sueño lo que encontró en los números altos, sino un estado intermedio donde la comandante Hayes y las tres conejitas del puente se reían de él, y el gigantesco soldado enemigo que había enfrentado en Isla Macross había renacido para acecharlo.

La diana sonó muy pronto. Rick se sintió como uno de los muertos andantes cuando reunió su equipo y pasó como un zombi por los rituales de la mañana junto con los otros pilotos VT. Hubo una segunda instrucción antes del vuelo, más detallada que la primera. Después cargaron a los hombres en transportes de personal y los trasladaron hacia el *Prometheus*. El grupo de Roy y Rick pasó por ciudad Macross y dejó atrás el parque donde él y Minmei estuvieron juntos unas horas antes. La ciudad estaba dormida, pacífica y justamente desprevenida.

Los pilotos saltaron y corrieron hacia sus Veritechs apuntalados incluso antes de que el vehículo de transporte se detuviera en el hangar del portaviones. El *Prometheus*, de clase Thor —una de las dos naves que quedaron atrapadas en la transposición y que desde entonces la habían injertado en el cuerpo principal de la *SDF-1*— era como una colmena activa, y cada zángano a bordo, excepto Rick, parecía estar seguro de cuál era su deber. Perdió a Roy en el amontonamiento y se quedó parado junto al transporte buscando una cara familiar entre aquellos que corrían a su alrededor. Reconoció la voz de la comandante Hayes que salió por el sistema

de altoparlantes.

—Todos los Veritechs repórtense para pasar lista en el *Prometheus*... todos los Veritechs repórtense de inmediato para pasar lista en el *Prometheus*... escuadrones Orange, Blue y Red comenzarán los preparativos de vuelo en las cubiertas de popa del segundo nivel... todos los escuadrones restantes prepárense para despegar en los lugares preasignados... control de reactor, el puente requiere el informe de estatus en el primer y tercer escudo de plasma...

De repente Fokker lo agarró por un brazo y lo arrastró por el hangar, llenando sus oídos con instrucciones de última hora y consejos. Cuando llegaron junto al veintitrés del Grupo Skull le dio a Rick un abrazo rápido y enseguida se lo tragó la multitud una vez más.

Dos técnicos asistieron a Rick dentro de la canastilla del ascensor, quienes también le proveyeron botas, guantes y una «gorra pensante» —un casco acolchonado con sensores, que en cierta forma era una derivación de las «cabinas virtuales» de la Guerra Civil Global, y esencial para compenetrarse con el meca.

Rick estudió seriamente al avión mientras lo bajaban dentro del módulo de la cabina. En modo Caza, el meca era de apariencia similar a los jets supersónicos de finales del siglo veinte. Pero en la actualidad los Veritechs eran tan diferentes de aquellos como los autos lo eran de las carretas. Los extraterrestres que diseñaron a la súper fortaleza dimensional habían encontrado la forma de animar a las creaciones tecnológicas, y trabajando desde los ejemplos que encontraron a bordo de la *SDF-1*, el Dr. Lang y sus Robotécnicos pudieron fabricar los Veritechs casi de la misma forma «piezas sacadas del viejo bloque», así llamaban los científicos a los VTs.

Una vez que estuvo dentro de la cabina, Rick se puso los cinturones y se caló el casco; desde este punto en adelante él estaba unido mentalmente al caza. Todavía había muchas cosas manuales que realizar, pero las capacidades centrales de defensa que separaban a estos aviones de sus predecesores estaban relacionadas directamente con la voluntad meca del piloto.

El Veritech ya estaba encendido, los motores reflex resonaban y los oficiales de catapulta estaban haciendo que Rick se moviera

hacia delante. Él se ajustó el casco y los cinturones del asiento, y reguló la aceleración para ubicar al caza en uno de los elevadores de transporte. Un segundo VT del Grupo Skull se reunió allí con él.

Cuando levantaron a las dos aeronaves hacia la pista de vuelo, Rick pudo ver que el disco del sol estaba lejos hacia su izquierda. Al final de la pista huracán estaba Saturno, increíblemente enorme. Otra vez la comandante Hayes estaba en los altoparlantes y en la red táctica.

—Esta operación se dirigirá hacia el Cuadrante Cassini. Todos los escuadrones esperarán más instrucciones en los campos de hielo de los anillos.

—Los campos de hielo de los anillos de Saturno —se repitió Rick para sí mismo.

Y él que pensó que ayer había sido malo.

Capítulo 3

La llamada Maniobra Daedalus fue la primera demostración de lo que yo había denominado «mecha-conciencia» —niveles superiores a la algo primitiva y casi instintiva transformación modular. Las oficiales del puente, junto con la sección de ingeniería, lo único que hicieron fue ofrecerle una propuesta a la SDF-1: La dinámica de la maniobra la llevó a cabo la propia nave, a pesar de las opiniones al contrario. Sólo yo reconozco esto por lo que fue: un intento por parte de la nave de lograr una interfase con las unidades vivientes que ella llevaba en su interior...

Más tarde escuché sin querer a alguien en un pasillo que decía que «la Maniobra Daedalus quedaría asentada en los anales de la guerra espacial como una racha de suerte de una tripulación incompetente». Pese a eso, la SDF-1 pudo repetir ese «accidente» en cuatro ocasiones diferentes.

Dr. Emil Lang: Notas y grabaciones técnicas.

—Es tal como usted lo predijo, comandante —dijo Exedore cuando entró en el centro de mando de la nave capitana.

Breetai se levantó de su asiento sin decir una palabra; un movimiento de su mano y el campo del rayo proyector comenzó a unificarse. Aquí estaba la nave de Zor, todavía en esa configuración extraña, como una partícula de metales relucientes atrapada en la luz de las estrellas y contrastada contra las bandas blancas lechosas y los anillos de hielo del sexto planeta del sistema. Breetai exigió que se realizara una ampliación total.

—Los micronianos han activado contramedidas electrónicas y están a punto de entrar a los anillos —continuó Exedore—. Están poniendo en peligro a la nave.

—No podemos permitir eso.

—Me tomé la libertad de contactar al comandante Zeril.

—Excelente.

Una segunda onda trajo a Zeril a la pantalla. Él rindió un saludo.

—Milord Breetai, esperamos instrucciones.

—Los micronianos nos están tendiendo una trampa, comandante Zeril. Me encantaría complacerlos un poco, pero me preocupa la seguridad de la fortaleza dimensional. Como verá en sus sonares, el enemigo desplegó varios escuadrones de mechas con la esperanza de atraerlo hacia su perdición. Envíe los Battlepods suficientes para que se enfrenten con ellos. El comandante microniano sacará su nave de los anillos cuando usted esté dentro del alcance de su arma principal. Yo espero que usted imposibilite a la fortaleza antes de que monten el arma.

—¡Señor! —dijo Zeril.

—Entienda que la nave tiene que quedar inutilizada, no destruida. Mientras hablamos le estamos transmitiendo a sus computadoras de proyección de a bordo los datos relevantes vinculados a los puntos vulnerables de la nave. Tenga éxito, comandante.

—¡Que usted gane todas sus batallas, señor!

El rostro de Zeril se desvaneció del campo, y lo reemplazó una perspectiva gran angular de la *SDF-1* en el perímetro del sistema de anillos. Breetai y su consejero volvieron su atención hacia un segundo monitor donde los sonares del radar representaban a los mechas como brillantes motas de colores intensos.

—Atacar con una fuerza tan débil es completamente ilógico —comentó Exedore—. Parece que tienen poco conocimiento del combate espacial.

—Ellos fueron una raza confinada a su planeta por mucho tiempo, Exedore. Envuelta en sus propias contiendas insignificantes entre unos y otros.

—Total y absolutamente ilógico.

Breetai se acercó a la pantalla del sonar como si hubiera algún

mensaje secreto que se pudiera desentrañar en aquellas luces brillantes.

—No creo que ellos se den cuenta de que estamos escondiendo a casi todas nuestras fuerzas... pero es una oportunidad excelente para demostrarles con lo que se están enfrentando.

Tan pronto como Rick Hunter ejecutó un viraje completo para evitar chocar contra un trozo de hielo del anillo, la comandante Lisa Hayes abrió la red, y su rostro enojado en la pantalla de comunicaciones iluminó la cabina del Veritech.

—¡Skull veintitrés! ¿Qué diablos está haciendo? ¿Dónde estaba usted durante la instrucción... durmiendo? Ya me estoy cansando de repetirlo: ¡esa clase de vuelo acrobático le revelará al enemigo nuestra posición! ¡Este no es ni el lugar ni el momento para acrobacias! ¿Entendió?

—Sólo fue un viraje —dijo Rick en defensa de sus acciones—. Yo no soy el único...

—Eso es todo, cabo. Siga las instrucciones de Líder de Skull, ¿entendido?

—Está bien —contestó en tono arisco—. Ya la escuché.

Pero Lisa Hayes no había terminado, para nada.

—¿Es esa la forma en que se dirige a los superiores, Hunter? Mire a su alrededor, muchacho listo: todos los demás vuelan según las reglas.

—Entendido, entendido, comandante, escuché.

—Y ponga su VAR donde corresponde... ¿por qué se está quedando atrás?

—Oiga, usted no está volando aquí arriba... —Rick se contuvo y comenzó de nuevo—. Eh, Skull veintitrés aumentando la velocidad de aire relativa, comandante.

Hayes cortó y Rick soltó un suspiro de alivio. Esto iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado. Su primera misión y ya lo estaba acosando una conejita sabelotodo del puente. ¡Típico de su suerte! ¿Qué pensaba ella, que era fácil estar aquí afuera?

Oh, volver al Mockingbird, pensó Rick.

Ellos estaban volando a ciegas en la sombra de Saturno, lejos de la superficie del vertiginoso planeta y en lo profundo de los campos de hielo de sus anillos externos. Los ojos de Rick estaban pegados a las pantallas de la cabina, pero incluso con todo este instrumental sofisticado ya se había escapado por los pelos varias veces de cascotes demasiado pequeños para que los registraran los sonares de corta distancia, pero lo suficientemente grandes como para hacerle daño. Sabía que los demás del Grupo Skull estaban allá afuera en algún lugar, pero el contacto visual habría sido tranquilizador en ese momento... un vistazo del fuego de un propulsor, un destello de la luz del sol en la punta de un ala, algo. Pronto se incorporaría un nuevo elemento de peligro... la llegada de los Battlepods enemigos.

Justo en ese momento Roy apareció en la pantalla de comunicaciones de babor.

—Prepárense, amigos, aquí vienen.

No más vuelos por diversión.

Claudia Grant, la oficial de vuelo negra del puente de la *SDF-1*, estaba escuchando la conversación de Lisa Hayes con el joven piloto VT cuando el radar informó del contraataque enemigo.

Claudia y Lisa tenían estaciones adyacentes a lo largo del casco curvo frontal del puente, debajo de los miradores combados que ahora tenían vista de las rocas y pedazos de hielo que formaban los anillos de Saturno. Cada una de las mujeres tenía a su disposición dos monitores arriba de sus cabezas y la pantalla de una consola. La silla de mando estaba elevada detrás del puesto de Lisa, y detrás del capitán, a lo largo de los tabiques traseros a ambos lados de la compuerta se sentaban Sammie y Kim, con cada estación de trabajo equipada con nueve pantallas individuales que formaban un gran cuadrado. Vanessa estaba lejos a estribor, ubicada frente al tablero de captación de tres metros de alto.

La estación de Claudia estaba unida por radio a las de las tres suboficiales, pero tal era la proximidad a la de Lisa que raras veces

se le escapaba escuchar una palabra que pronunciara la comandante. No era que había cosas que en algunos casos no compartieran entre ellas. Ellas habían formado una amistad muy unida; Claudia, cuatro años mayor que Lisa, a veces jugaba el papel de hermana mayor, especialmente en cuestiones del corazón. Porque a pesar de sus rasgos deseables, su atractivo natural y su aguda inteligencia, Lisa era emocionalmente inexperta. Ella proyectaba una imagen de eficiencia fría y competente, racionalizando su postura distante en nombre del «compromiso con el deber». Pero había una herida emocional enterrada en su pasado que todavía no había sanado. Claudia lo sabía, y esperaba algún día poder ayudar a Lisa a exorcizar a ese demonio. Este nuevo piloto VT, Hunter, había tocado algo muy profundo dentro de Lisa al llamarla tal como él la había visto —«esa vieja amargada»—, y Claudia quería presionar a su amiga por los detalles. Pero difícilmente este era el lugar y el momento.

—Los Battlepods enemigos están enfrentando a nuestros Veritechs en el Cuadrante Cassini, capitán —retransmitió Claudia.

—Destructor enemigo acercándose en la zona de blanco —agregó Vanessa.

Gloval se frotó las manos y se levantó de su silla.

—Excelente. Si podemos obtener una visual del destructor, la quiero en la pantalla frontal. Veamos como lucen estas naves.

Sammie apretó las teclas y pronto toda la tripulación del puente vio a la embarcación enemiga. De seguro que era tan larga, si no más larga, que la *SDF-1*, quizás de dos kilómetros y medio de largo, pero en ningún otro sentido parecida. La nave de guerra tenía una vaga apariencia orgánica, ancha y algo plana, acrecentada por el color verde oscuro de sus cubiertas dorsales blindadas y el gris claro de su bajo vientre, aparentemente más vulnerable. Era extraño que también pareciera estar erizada; pero había una buena razón para sospechar que muchas de esas espinas eran armas.

—No es una linda vista, ¿no es cierto? —dijo Gloval.

—Señor —dijo Vanessa—, el destructor está dentro del alcance.

—Muy bien. Giren la nave hacia las coordenadas predeterminadas. Asegúrense de que no haya fluctuaciones en las lecturas del sistema de barrera y prepárense para disparar el arma

principal a mi orden.

Claudia tipeó las coordenadas. Pudo sentir que los enormes propulsores reflejo-impulsados se sacudían para desplazar a la nave lejos del agarre gravitatorio de Saturno. El sistema de barrera de punta de alfiler estaba revisado y el arma principal se estaba cargando.

Ahora libre de los anillos, la *SDF-1* se reubicó. Las torres gemelas principales del arma se nivelaron sobre los hombros de la nave, apuntando a un blanco que estaba a cientos de kilómetros de distancia.

—El arma principal fijada en el blanco, señor.

—¡Fuego! —el puño de Gloval se estrelló sobre su mano abierta.

Claudia bajó una serie de llaves, abrió una cubierta de seguridad y apretó el dispositivo de disparo.

La iluminación del puente falló por un momento.

El arma no disparó.

Claudia ingresó otra vez una serie de órdenes; no hubo respuesta.

—¡Rápido! —gritó Gloval—. ¡Conéctenme con Lang!

—En línea —dijo Kim.

La voz de acento fuerte de Lang resonó a través de los parlantes del enlace de comunicación del puente.

—Capitán, la barrera de punta de alfiler aparentemente está interfiriendo con los transformadores de energía del arma principal. Ahora estamos haciendo un análisis de vibraciones, pero no creo que podamos usar el arma a no ser que nos deshagamos del poder del escudo.

—¡Bozhe moy! —dijo Gloval en su mejor ruso.

Sammie giró rápidamente desde su consola para enfrentar al capitán.

—Señor, los rastreadores de rayos de partículas están fijos en nuestra nave. ¡El enemigo se está preparando para disparar!

Ocho semanas de entrenamiento especial no lo habían preparado

para la locura silenciosa de la batalla espacial. La desintegración y la muerte silente, los puntos de luz distantes que eran los rayos láser que seguían a su nave, el enlace tormentoso de las antipartículas, la belleza grotesca de las fugaces explosiones esféricas... los fogonazos de los rayos blancos y azules que lanzaban y que encendían a la propia combinación de gases.

Rick Hunter disparó los propulsores del VT cuando dos Battlepods se le acercaron desde arriba... en cualquier caso un «arriba» relativo, porque no había un arriba o un abajo verdadero aquí afuera, no había una forma real de calibrar la aceleración excepto por la fuerza constante que lo mantenía fijo al respaldo de su asiento, o que lo empujaba hacia delante cuando disparaba los retro-propulsores, y ni hablar de juzgar la velocidad excepto en relación con otros cazas Veritech o a la propia *SDF-1*. Sólo aquel invariable campo de estrellas, aquellos fuegos fríos y remotos que formaban la bambalina de la guerra.

Se decía que los mejores pilotos VT eran aquellos que se permitían olvidar: sobre el ayer, el hoy, o el mañana. Nada extraño, ni en la mente, ni en el cuerpo. La guerra en el espacio profundo era un silencioso juego de video Zen donde la victoria no era el objetivo inmediato; tener éxito a cualquier escala dependía de tener una mente despejada, libre de expectativas, y un cuerpo preparado para reacciones irreflexivas. Si te detienes a pensar dónde ubicar tu tiro, o cómo mover o transfigurar tu mecha, quedarás hecho escombros espaciales. Pelea contra el miedo y pronto te estará tragando el vacío. Más bien tienes que abrazar el terror, empujarlo hacia tus entrañas y dejar que él libere tu espíritu. Esto era como forzarte a pasar a través del clímax de una pesadilla, enfrentar allí todas las peores cosas que pudieran suceder y después traspasar la envoltura hacia mundos magníficos. Y el estado de ensueño era la llave, porque tenías que creer que tenías el control de cada detalle, de cada elemento. El silencio del espacio era el medio perfecto para esta locura manipulada. Ahí afuera el contenido era más importante que la forma; las alas eran superfluas, los ladeos y los virajes eran innecesarios, los pensamientos eran peligrosos.

Rick sabía cuándo estaba esforzándose demasiado: Podía sentir cuando lo abandonaba la vibración alfa y al mecha le pasaba lo

mismo. Tú eres el mecha, el mecha es tú. El temor se apresuraría a llenar el hueco como el aire que entra al vacío, y el temor desencadenaría un alejamiento mayor de la vibración. Era un círculo vicioso. Pero estaba empezando a reconocer sus primeras etapas, sus fluctuaciones y oscilaciones, y que eso en sí mismo representaba un importantísimo primer paso.

Se mantuvo junto al ala de Fokker, aprendiendo de él. Los pods no eran tan maniobrables como los Veritech y ni se acercaban a su complejidad. También tenían muchos más puntos vulnerables. Era sólo que había tantos de ellos. Un Battlepod, un piloto enemigo. ¿Qué tan grande era su número? ¿Cuánto tiempo podrían seguir con esto?

Rick fue en ayuda de Roy usando buscadores de calor y Gatling cada vez que podía, y dejó los láseres del tren de aterrizaje para el combate cercano.

El grupo de asalto salió a pelear desde los anillos y la zona de sombra, pero no sin pérdidas devastadoras en los grupos Rojo y Verde. Y la *SDF-1* todavía no había disparado el arma principal.

Era difícil decir qué era lo que estaba sucediendo en la fortaleza. Rick pudo ver que recibía fuego intenso por parte del destructor enemigo, una nave de forma extraña, si es que alguna vez había visto alguna: una cruza entre una mantarraya y un pepino mutante. Pero por alguna razón el enemigo utilizaba sólo la artillería convencional que las defensas móviles de la fortaleza coartaban fácilmente. Sólo era una cuestión de tiempo antes de que el destructor aumentara las apuestas.

Rick adivinó las nuevas órdenes para el Grupo Skull mucho antes de que Roy apareciera con ellas en la pantalla: los VTs tenían que atacar al destructor.

Fokker los guió para buscar puntos débiles en el casco color verde selva. Los Battlepods seguían saliendo de la nave a través de portales semicirculares en su parte superior, así que Líder de Skull dirigió el ataque hacia el lado inferior del destructor usando todo lo que su caza estaba preparado para entregar.

Rick había completado una pasada y descargó todos los Stiletos que le quedaban. Ahora se estaba preparando para una segunda corrida, esta vez acercándose por la nariz del destructor, y apuntó

hacia dos enormes cañones puestos cerca de la cisura central. De repente un Battlepod se movió rápidamente frente a él con un VT que lo perseguía de cerca; el mecha soltó un manojo de buscadores de calor que alcanzó al pod directamente sobre el caza de Rick. Él dejó caer al VT en una picada, esperando un golpe donde no lo hubo, y después ejecutó dos giros completos, pero todavía no podía lograr sacar a su mecha de su curso de colisión con el destructor. Se estiró desesperadamente hacia las palancas de cambio de modo y reconfiguró a Guardián. Esto por lo menos le permitiría extender las «piernas» del mecha y utilizar los propulsores de los pies para frenar su velocidad. Pero su ángulo de acercamiento era muy crítico. Cuando la nariz comenzó a bajarse y los poderosos propulsores de los pies amenazaron con lanzarlo en una rodada, Rick cambió de modo una vez más, esta vez a configuración Battloid. De todas formas estaba entregado a completar la rodada frontal, y el Battloid cayó con la cara por delante sobre el casco blindado en un golpe silencioso.

Ahí había gravedad artificial como en la cubierta de la *SDF-1*, pero Rick no tuvo tiempo de impresionarse: dos Battlepods estaban sobre él acercándose rápidamente en vuelos de bombardeo. Pensó al mecha en una posición de cuclillas y llevó al cañón Gatling al frente. Los rayos azules de los pods golpearon el casco a su alrededor e hicieron que los metales se fundieran y que la chatarra volara al vacío. A los pilotos enemigos no parecía importarles dispararle a su propia nave; se suponía que tenían que eliminarlo. Se acercaron a él como si fueran camicaces esféricos, con sus dos piernas colgando y disparando con los cañones del peto.

Rick retrocedió del relampagueo azul y devolvió continuamente el fuego. La gran arma estaba peligrosamente cerca de sobrecalentarse en las manos del Battloid.

De repente el casco pareció ceder debajo de él. Al instante Rick se dio cuenta de que el Battloid había tropezado con una de las aberturas semicirculares del lado superior.

El Battloid aterrizó con el trasero sobre el piso de una bahía de carga a veinticinco metros por debajo de la acción. Rick movió los pedales frenéticamente y puso al Battloid de pie a tiempo para ver que la compuerta de arriba se cerraba... probablemente un disparo

de uno de los Battlepods había activado el control del circuito externo. Había una segunda compuerta en la bahía que sin duda llevaba hacia el interior del destructor.

Rick comenzó a acercarse a esta segunda compuerta con cautela, estudió los controles de la entrada de la esclusa de aire y se sintió extrañamente seguro en esa cámara cerrada. Justo en ese momento la puerta de la esclusa de aire se abrió. Del otro lado del umbral había un soldado enemigo que aparentemente había escuchado la caída de Rick al piso. Era casi tan alto como el Battloid y de textura enorme, pero aunque tenía armadura, tenía la cabeza descubierta y no estaba armado.

El Goliat extraterrestre y el pequeño humano dentro de la cabina del mecha se tomaron mutuamente por sorpresa. Por más disímiles que pudieran ser estos potenciales combatientes, sus reacciones aterrizadas fueron las mismas. Los ojos del soldado indefenso se movieron rápidamente de izquierda a derecha buscando desesperadamente una ruta de escape, mientras que Rick hizo lo mismo. En ese momento el guerrero extraterrestre dio un paso atrás con sus pensamientos traicionados por el cuerpo.

Eso era todo lo que se necesitaba para romper el empate: Rick levantó el cañón del Gatling de su Battloid y los dedos de metal se ubicaron en el gatillo.

El destructor enemigo se estaba acercando rápidamente hacia la *SDF-1*, golpeándola repetidamente con cientos de misiles. Los sonares del radar ubicados por todo el cuerpo de la fortaleza le transmitieron a las computadoras de a bordo los cursos de movimiento de los proyectiles que se acercaban, las que a su vez tradujeron los datos a gráficos en color. Estas muestras se proyectaron en los monitores del cuarto de control del sistema de barrera, donde tres jóvenes técnicas trabajaban afiebradamente para llevar las cubiertas de discos de protones hacia los puntos calculados de impacto, haciendo girar salvajemente debajo de las palmas de sus manos a los giroscopios esféricos del sistema de

barrera de punta de alfiler.

En el puente, el capitán Gloval temía lo peor. El arma principal todavía estaba inoperable y a pesar de la efectividad de los escudos la nave sufría daños en todas partes. El Grupo Skull estaba contraatacando al destructor, pero era improbable que ellos pudieran infligirle el daño suficiente como para incapacitarlo. ¿Hubo alguna vez en la historia de la Tierra algún comandante que pusiera en riesgo la vida de más de 50.000 civiles en una batalla? Durante estos largos meses Gloval no había pensado en rendirse ni siquiera una vez. Sin embargo ahora se encontró con que esa posibilidad estaba entrando gradualmente en sus pensamientos, vaciándolo de fuerza y voluntad.

Como si leyera los pensamientos de Gloval, Lisa de repente surgió con un plan inspirado. Pero antes necesitaba saber si era posible concentrar y dirigir la energía de la barrera punta de alfiler al frente del *Daedalus*... el portaviones que formaba el brazo derecho de la *SDF-1*.

Gloval se contactó con Lang de inmediato y la respuesta llegó rápidamente: Sí, se podía hacer.

Gloval le ordenó que comenzara de inmediato con la transferencia de energía y que rápidamente pusiera en movimiento la fase dos del plan. Esto requería que todos los Destroids, Spartans, y Gladiators —los mechas de armas de apoyo «terrestre»— se reunieran en la proa del *Daedalus*. La fase final la llevaría a cabo el propio capitán; él se volvió a sentar en la silla de mando con fuerzas y confianza renovadas.

—Velocidad de embate —ordenó—. ¡Vamos a encajarles al *Daedalus* directamente en la garganta!

Los miembros del Grupo Skull que participaron en la Operación Blitzkrieg más tarde informaron sobre el espectáculo que presenciaron ese día en el espacio de Saturno: como la *SDF-1*, brillando en azul, rojo y blanco, envuelta en explosiones y fija en un curso de colisión con el enemigo, había ejecutado un giro corporal hacia atrás, seguido por un empuje completo hacia delante de su brazo derecho que llevó la proa del *Daedalus* como un ariete directamente dentro de la sección delantera del destructor.

Sólo se podía imaginar la escena desde el punto de vista del

comandante Zeril: el impacto; ver que el frente de su nave comenzaba a astillarse, los cables y las tuberías romperse cuando el destructor se empalaba en el brazo de la fortaleza; el metal estrujado gimiendo y cediendo, las juntas y las vigas arrancadas de sus puestos; la precipitación enloquecida del aire vital que se vaciaba de la nave.

Tal vez Zeril y su segundo vivieron lo suficiente como para ver que la rampa frontal del *Daedalus* se abría y revelaba línea tras línea de mortales Destroids, llenos de armas, tubos de misiles y cañones. Tal vez los dos zentraedi incluso vieron el lanzamiento inicial de los quinientos proyectiles que se dispararon hacia el corazón del destructor, y la primera serie de explosiones contra el casco y los tabiques del puente.

Rick no pudo soportar aniquilar al soldado enemigo. Su mente y el dedo del gatillo estaban paralizados, no por miedo sino por clemencia. No estaba cara a cara con un Battlepod en la esclusa de aire, sino con una criatura que vivía y respiraba, atrapada en la locura de la guerra al igual que Rick.

Recuerda lo que nos hicieron en Isla Macross, lo había sugestionado Roy. ¡Recuerda! ¡Recuerda!... ¿Durante cuantos milenios había sido ese el grito de guerra de la humanidad? ¿Y cuándo terminaría? ¿Con esta guerra? ¿La siguiente? ¿La próxima después de esa?

El soldado dio vuelta la cabeza bruscamente hacia la derecha como si hubiera escuchado algo que no informaron los sensores del Battloid. Rick vio que la cara del soldado perdió el color y que sus ojos se agrandaron con un temor todavía mayor.

Al instante siguiente una hoguera arrasó el pasillo. El soldado quedó vaporizado ante los ojos de Rick y el Battloid cayó hacia atrás dentro de la bahía de carga gracias a la fuerza explosiva de la tormenta de fuego. La esclusa de aire estaba sellada, pero las paredes de la cámara ya se estaban empezando a derretir.

Rick puso en acción los láseres del Battloid para derretir los

controles del cerrojo de arriba y pronto la compuerta se abrió. El mecha se elevó del piso con los propulsores de los pies ardiendo y salió trepando por la piel externa del destructor.

La nave se convulsionó debajo de Rick, regurgitando un gruñido agónico desde sus bodegas. Adelante pudo ver que la *SDF-1* se impulsaba para alejarse del enemigo abatido, a sus propulsores pectorales echando fuego, y a su brazo derecho *Daedalus* raspado por el metal y la armazón.

Rick volvió su mecha a Guardián para despegar y después, ya en el lanzamiento, reconfiguró a modo Caza y encendió las toberas para que lo alejaran del destructor.

Cuando el fuego explosivo que lanzaron los Destroids se encauzó desde el frente hacia popa de la nave, a lo largo de la cubierta exterior se formó una serie de enormes ampollas. Pero el casco lo pudo contener por poco tiempo; las pústulas comenzaron a reventar, soltando hacia el vacío unas coronas y crestas de energía radiante. Después, una explosión externa hizo saltar de su armazón a la piel del destructor. Al último no quedó nada, excepto una nube brillante que se autoconsumió, una guerra de gases concentrados en mutua aniquilación. Al final la energía floreció descontroladamente y se dispersó sin dejar ningún rastro de sí misma o de su breve lucha.

Capítulo 4

Varios historiadores de las Guerras Robotech. — Rawlins, Daily, Gordon y Turno, para nombrar algunos— habían promovido la afirmación de que fue la decisión de Breetai [de llamar a las tropas de Khyron como refuerzos] la que puso a los zentraedi directamente en el camino hacia la derrota. Rawlins, en su estudio de dos volúmenes Triunvirato Zentraedi: Dolza, Breetai, Khyron, expresa: «Fue más que un disparate táctico... el uso que Khyron hacía de las hojas secas de la Flor Invid de la Vida había afectado drásticamente su entrenamiento zentraedi. La investigación subsiguiente demostró con claridad que los alcaloides presentes en las hojas tenían un efecto directo en el sistema motor del cerebro. La Flor tenía el poder de estimular un resurgimiento de los patrones de comportamiento arcaicos. En el caso de los zentraedi, por irónico que fuera, esos patrones de comportamiento eran los que definían más claramente a la condición humana... Así que en este sentido se puede decir que Khyron era el más humano de todos ellos».

Historia de la Primera Guerra Robotech, Vol. XXXIV

Breetai ya estaba comenzando a disfrutar este juego de guerra de microniano.

—¿Lo llamaste «el gato y el ratón»?

—Sí, milord. Aparentemente se refiere a un juego donde el animal más fuerte se divierte con el más débil antes de la matanza

final.

—Excelente. Debes enseñarme su lenguaje, Exedore.

—Por supuesto, señor. Es muy primitivo, fácil de absorber. Nuestros tres operarios de vigilancia están haciendo un progreso acelerado.

—Sí... tal vez quiera hablar con estos micronianos pronto.

La nave capitana y varias de las naves de exploración y de reconocimiento habían hecho un salto al hiperespacio en el curso previsto de la *SDF-1*. Breetai había dejado atrás a varios cruceros y destructores, junto con un sinnúmero de Battlepods, para mantener ocupados a los micronianos mientras él planeaba su nuevo movimiento en el juego.

El comandante zentraedi esbozó una sonrisa retorcida cuando vio las transvids de la destrucción de Zeril. Una de señal aumentada había capturado de forma espléndida los últimos momentos de la gigantesca nave. Tuvo que darle crédito a los micronianos por la naturaleza heterodoxa de su contraataque. En vez de una reducción ulterior de su poder al disparar el arma principal, ellos utilizaron una de sus embarcaciones navales para embestir al destructor de Zeril. Una vez adentro, para destruirlo debieron haber desatado una abundante cantidad de poder de fuego. La nave se llenó de ampollas, resplandeció, se convirtió en un verdadero túnel de energía fotónica atrapada y explotó.

Sí, Breetai se estaba divirtiendo con el desafío del comportamiento ilógico; esto lo forzaba a salirse de su propio entrenamiento y buscar nuevos acercamientos para la destrucción.

Un comunicado desde astrogación interrumpió sus pensamientos.

—Señor, emergemos de la transposición hiperespacial.

La mixtura del rayo proyector se desintegró. Exedore pidió una vista exterior del espacio local. Las cámaras exploraron a través de la continua negrura y se fijaron en un pequeño planeta rojo de aspecto árido y embravecido. A Breetai le recordó a Fantoma y los mundos mineros en los que había trabajado y patrullado tiempo atrás. En una de las pantallas laterales de la esfera del puente apareció un esquema que mostraba al sistema planetario de esta estrella amarilla, a la que los micronianos se referían como su «sol».

—Marte —dijo Exedore—, el cuarto planeta.

—¿Ya despegó la embarcación de reconocimiento? —Breetai giró hacia su consejero.

—Como usted ordenó, señor. Las transmisiones Cyclops ya están llegando.

El rayo proyector reveló una base microniana abandonada que mostraba signos de una batalla previa: los cráteres de las explosiones cubiertos con montones de la fina arena roja de los desiertos del planeta, una nave de transporte inutilizada y todavía en su torre de lanzamiento, los almacenes de los edificios y los domos fracturados.

—Nuestros sonares no revelan signos de vida ni ningún tipo de nivel de energía, salvo por un trasfondo de radiación de bajo nivel, comandante.

Breetai se puso la enorme mano en la cabeza y sin darse cuenta acarició la placa de metal. La placa ocultaba el tejido cicatrizal que había surgido de las heridas que recibió mientras protegía a Zor de los Invid; ahora parecía que cada vez que se acercaba a cumplir con su imperativa —capturar la fortaleza— el dolor original regresaba.

—Parece ser que la gente de la Tierra abandonó esta instalación.

Exedore estudió los datos de la pantalla.

—Los sonares de superficie de largo alcance indican que se llevó a cabo un conflicto militar aquí y en una instalación vecina. A pesar de todo, los hornos de poder reflejo de los micronianos todavía están operativos, y nos la hemos arreglado para ingresar en los bancos de sus computadoras y acceder a alguna información. Parece que la mayoría de los habitantes, señor, fueron destruidos en una batalla con sus fuerzas aliadas, y los pocos que sobrevivieron no pudieron escapar de las durezas del planeta.

Breetai seguía acariciando su placa facial.

—Hmm... asegúrate de activar una de las computadoras y que los contenidos de su memoria se transmitan en una frecuencia que llame la atención.

—Seguro, señor, ¿pero por qué? —una de las cejas de Exedore se arqueó.

—Porque este puesto abandonado será una trampa perfecta. Le ordené a la Séptima División Mecanizada del Batallón Botoru que se

reúna aquí de inmediato.

La Séptima tenía una reputación fundada de salvajismo y más.

—Imposible —dijo Exedore alarmado—. Señor, seguro que eso no puede ser; ¿usted ordenó a la división de Khyron?

—En realidad lo hice, ¿y por qué no? —Breetai le sonrió de forma aturdida a su compañero.

—Usted está familiarizado con su registro de batalla, su reputación.

—¿Qué hay con eso?

—Durante la Operación Mona estaba intoxicado y terminó matando a algunos de sus propios hombres. —Exedore hizo énfasis en su punto—. Y en la zona de batalla Isyris casi destruyó dos divisiones de fuerzas aliadas...

—Al mismo tiempo que destruyó al enemigo.

—Es cierto, señor, pero a causa de eso sus propias tropas lo bautizaron «Backstabber» (Traicionero)

Breetai estaba a punto de responder cuando el puente hizo sonar la señal de advertencia sin aviso. Las luces comenzaron a brillar y las bocinas de alarma comenzaron a llamar a alerta general. Exedore ya se había ubicado en las plataformas de control de uno de los monitores tratando de averiguar la causa. Breetai se paró detrás de él cuando los datos comenzaron a brillar en las pantallas.

—¿Qué es? —exigió el comandante.

—Naves armadas emergiendo del hiperespacio en medio de nuestro grupo de batalla. ¡Parece que es inminente una colisión!

—¡Alguna heterodoxia de los micronianos! —Breetai giró hacia el rayo proyector del frente.

Breetai se preparó como un jugador de cartas en el momento de mostrar su mano, esperando que un escuadrón de mechas micronianos se materializara. Pero lo que apareció en cambio fueron las naves del Batallón Botoru.

Unas distorsiones visuales del espacio local precedieron a su arribo enloquecido, resplandores y oscilaciones de la fábrica del tiempo real. Varias embarcaciones del grupo de batalla de Khyron chocaron a las naves de la flota principal y diseminaron ondas expansivas por todo el campo. Los escombros sacudieron incluso a la propia nave capitana y la fuerza del impacto fue lo

suficientemente fuerte como para hacer caer a Exedore. Los informes de daños manaron en el puente; los escombros aparecieron en el campo del rayo proyector.

Exedore se puso de pie; cuando habló su voz estaba llena de furia.

—¡Esto está sucediendo tal y como yo esperaba! ¡Khyron, señor, es totalmente indisciplinado!

¿Esto fue un descuido —se preguntó Breetai—, o sólo una demostración de la osadía de Khyron?

El rostro del Backstabber apareció de repente en la pantalla del frente. Khyron, con su largo cabello azul acero cayendo sobre el collar de un uniforme que él mismo había diseñado, saludó. Su rostro era una mezcla curiosa de inocencia infantil y de enojo incubado, sombra diabólica del Príncipe Valiente con un fuego en sus ojos que no era muy zentraedi.

—El comandante de la Séptima División Espacial Mecanizada reportándose como ordenó —su humilde saludo se convirtió en un saludo de burla que terminó con una risa—. Es bueno verlo de nuevo, comandante Breetai.

—La completa audacia... —comenzó a decir Exedore.

Un guerrero de mandíbula cuadrada y cicatrices de guerra apareció junto a Khyron en el campo del rayo proyector, compartiendo con él alguna clase de broma.

—¡Ja! Tal como pensé, Khyron. Nos estrellamos contra un total de cuatro naves. —Khyron trató de callarlo pero era muy tarde—. Tú pensaste que serían cuando mucho tres. Yo gano la apuesta.

—Cállate, idiota —ordenó Khyron al final—. Nuestra conversación se está transmitiendo.

Breetai lo fijó con su único ojo.

—Khyron, no juegues conmigo si valoras tu puesto. Estoy dispuesto a darte una oportunidad de que compenses tus errores pasados, pero no tengo tiempo para tus juegos. ¿Entendido?

—Sí, comandante, ¿qué es lo que quiere que haga? —Khyron borró su sonrisa, pero la risa permaneció en sus ojos.

—Hay una base abandonada en el cuarto planeta de este sistema estelar. Nosotros intentamos atraer a la nave de Zor hasta allí, y quiero que tú te asegures que no se vaya. Atrápala con minas de

gravedad si es necesario, pero entiende esto: tu séptima división bloqueará a la nave sin dañarla demasiado. Después esperarás mis siguientes órdenes. ¿Está claro? Tienes que esperar mis instrucciones antes de enfrentarte al enemigo.

—Perfectamente claro, Breetai. Naturalmente yo preferiría que usted tuviera el honor y la gloria de la captura. El comandante en jefe Dolza no espera menos de usted, estoy seguro.

—Eso es todo, Khyron —dijo Exedore.

Breetai le hizo un gesto a su consejero.

—Envíale una orden de repliegue a nuestros Battlepods. Démosle a los micronianos el respiro suficiente como para que traguen el anzuelo que les vamos a dejar.

Khyron se despidió. Exedore continuó fundamentando el caso en contra de utilizarlo, pero Breetai ya estaba esperando con ansias el plan. La perspectiva de una trampa lo excitaba. Lo que es más, el verdadero deporte requería de lo inesperado, y en esta contienda por la nave de Zor y la preciosa carga que contenía, Khyron jugaría la carta fuerte.

Dos Battlepods estaban sobre su rastro, haciendo llover fuego sobre el mecha. Rick no necesitó indicadores para sentir la fijación de esos láseres; ellos bien podrían haber estado ardiendo dentro de su cráneo. De alguna manera abrió la brecha al encender sus toberas, después viró hacia el doce relativo y esperó a que los pods se separaran. Sabía que ellos intentarían apretarlo, pero él tenía planes propios.

Rick sacó de su mente al pod que tenía por debajo. Él tenía al número uno aureolado en sus miras traseras. Soltó un puñado de buscadores de calor y disparó los retropropulsores delanteros para disminuir su velocidad. Los misiles se soltaron de debajo del ala derecha del mecha y aceleraron en un ascenso vertical apuntando hacia la nave enemiga. Rick usó los propulsores de babor para alejarse de los escombros y se arriesgó a echar una breve mirada sobre el hombro. Los cohetes atraparon al Battlepod en la panza, le

arrancaron las dos piernas y rajaron el casco esférico.

Primera raya.

El número dos todavía estaba debajo de él tratando de chamuscar la parte inferior del mecha de Rick con calor continuo. Un poco más de eso y lo habrían cocinado. Los vaivenes laterales no lo estaban llevando a ningún lado, así que pensó al caza en una picada rápida y girando hacia un lado mientras caía. Los láseres enemigos ahora le estaban haciendo cosquillas en la espalda al Veritech y Rick tuvo que actuar rápido: devolvió el fuego con sus propias armas montadas apuntadas hacia la faja del gozne de la placa del pecho del pod.

El piloto del pod entendió la movida de Rick y arqueó sus armas hacia la vulnerable cabina del mecha. Pero era demasiado tarde; los goznes de la placa del pecho hicieron erupción y el pod reventó como un huevo recién incubado. Rick llegó a ver al gigante sacudiendo los brazos en su cabina antes de completar su giro y encender los propulsores.

Segunda raya.

Ahora lo guiaba la fortaleza. A la escena que estaba ante él la tuvieron que haber sacado de alguna pesadilla: el espacio estaba vivo con enjambres de Battlepods... los rayos de fotones entrelazados a través de la oscuridad y las explosiones silenciosas le ponían los colores de la muerte y la destrucción a un universo indiferente.

Durante tres días los pods habían presionado su ataque. Las fuerzas Robotech habían tenido poco descanso, y menos todavía los tripulantes de vuelo de la *SDF-1*. Después de la maniobra *Daedalus* y de su éxito en los anillos de Saturno, hubo alguna esperanza de que por una vez el enemigo hubiera sufrido un contratiempo. Y por casi un mes, mientras la fortaleza cruzaba la órbita de Júpiter y el cinturón de asteroides, no hubo ataques. Pero ese periodo de calma había quedado atrás.

El capitán Gloval y el Dr. Lang habían revertido la transformación modular y desmontaron el sistema de barrera de punta de alfiler para intentar armar el arma principal una vez más, pero sus esfuerzos probaron ser inútiles. Por lo demás, las todavía ligeramente aturridas masas de gente desplazadas de ciudad

Macross y catapultadas desde el Pacífico Sur hacia las regiones heladas del espacio profundo, no tuvieron nada que hacer excepto ajustarse a la realidad de la situación y continuar reconstruyendo sus vidas y la ciudad. A veces se podían sorprender de las maravillas del viaje espacial, de su belleza pura y silenciosa, y se olvidaban por un momento de que no eran turistas sino jugadores renuentes de un juego de muerte continuo, perseguidos por una fuerza aparentemente ilimitada de una raza de guerreros gigantes que habían caído de los cielos y que habían puesto al mundo de cabeza.

Sólo un mes antes Rick había estado cara a cara con uno de esos titanes en una esclusa de aire, dentro de una de las naves extraterrestres. Recordaba haber mirado fijamente al gigante desde la cabina del Veritech transformado, a quien al principio le había tenido miedo abiertamente, y después se maldijo y se burló de sí mismo por no haber tenido el valor de eliminarlo. La risa de ese extraterrestre todavía sonaba en sus oídos, seguida por su culpa y confusión.

Pero por sobre todo, el recuerdo de la feroz muerte del gigante.

¿Cómo alguien podría olvidarlo alguna vez?

De repente dos Battlepods estuvieron detrás de él buscando una fijación de láser. Rick ejecutó un viraje doble y picó para perderlos. Periféricamente vio que se caló el Líder del Grupo Azul y los eliminó.

—¡Bien hecho Líder Azul! —gritó Rick en la red táctica.

—Sólo has lo mismo por mí alguna vez, compañero —fue la respuesta.

—Dalo por hecho.

Rick y Líder Azul, ala con ala, lideraron un asalto frontal sobre otra ola de asalto enemiga. Se lanzaron hacia el centro de ella y despacharon a varios enemigos. Los propulsores laterales los sacaron de la arena por un momento y la *SDF-1* apareció a la vista con sus baterías principales, las armas de los Phalanx y los mecha Gladiator emitiendo fuego constante. La fortaleza, envuelta por un enjambre de pods, parecía como si de alguna manera deambulara dentro de un despliegue de fuegos artificiales.

La comandante Hayes pidió asistencia en el Quinto Cuadrante, y

se les ordenó a los grupos Skull y Azul que respondieran. Rick y Líder Azul estaban comenzando las correcciones de curso cuando cinco pods aparecieron en la pantalla del radar de Rick. Tres de ellos fueron despachados rápidamente por Roy Fokker en el Skull Uno, pero los dos restantes estaban acosando al VT del Líder Azul con venganza. El enemigo desató una salva masiva de cohetes que atraparon al mecha de costado. Líder Azul pareció quedar colgado del espacio por un momento; después el caza explotó y se desintegró, sus partes se desparramaron, su piloto fue un recuerdo.

Rick dio vuelta la cara de los escombros.

Yo podría ser el siguiente, pensó. ¿Cómo alguien podría olvidarlo alguna vez?

Los pods seguían presionando su ataque.

La muerte tenía vía libre.

Después, tan de repente como habían aparecido, se fueron. La pelea se había acabado y las órdenes de repliegue llegaron desde el puente.

Rick siguió la guía de Roy Fokker hacia los atracaderos del *Prometheus*.

Roy lo alcanzó en el hangar y lo palmeó en el hombro.

—Estuviste muy bien allá arriba, Rick. Sigue así.

Rick gruñó, se sacó el casco y siguió caminando acelerando el paso.

—No puedes dejar que te venza, chico. Los mandamos a casa, ¿no? —Roy lo alcanzó otra vez.

—Si tú crees eso, eres más idiota que yo, Roy. —Rick se dio vuelta y se enfrentó a su amigo.

Roy colgó su brazo alrededor de los hombros de Rick y se inclinó.

—Escúchame. Estás cansado. Todos lo estamos. Ve al pueblo después de la revista. Estoy seguro de que a Minmei le gustaría verte.

—Eso sería una sorpresa —dijo Rick y salió apresuradamente.

Las líneas de monorraíl ahora corrían desde los brazos del *Prometheus* y del *Daedalus* hacia Macross. Una línea central del monorraíl corría a través del cuerpo de la fortaleza, a través de enormes bodegas interiores que originalmente estaban pensadas para criaturas de diez veces la escala humana —una enorme zona prohibida que sólo una parte de ella era conocida por el Dr. Lang y su grupo de científicos—, y a través de aquella área donde Rick y Minmei habían pasado juntos dos semanas muy debajo de las actuales calles de la ciudad.

Aquí cada día que pasaba traía cambios. Incluso se hablaba de utilizar EVE —emulación de video extendida— para traer al lugar el amanecer y el atardecer, cielos azules y nubes. Ya había una red de calles cuidadosamente arregladas de acuerdo con los dictados del esquema de la transformación modular, viviendas de varios pisos, tiendas y restaurantes, un mercado central e incluso varios bancos y un correo.

La ciudad continuaba viviendo a través de la guerra, casi inconsciente de ella excepto cuando las bajas de tensión de la desviación llevaban a la falta de energía, o cuando los guerreros enemigos y los Battlepods acertaban tiros directos. Incluso los molestos uniformes no señalaban la guerra... todos utilizaban uniformes para indicar trabajo y destacamento, un remanente de la isla donde la mayoría de estas mismas personas estuvieron conectadas de una forma u otra a la reconstrucción de la *SDF-1*. Un sistema de altoparlantes mantenía informados a los residentes de la ciudad sobre el curso de la nave a través del sistema solar, pero raras veces se utilizaba para dar los resultados precisos de la batalla. De hecho, ahora le estaba hablando a la población mientras Rick vagaba de forma distraída hacia el restaurante chino, esperando un encuentro accidental con Minmei. Los transeúntes le prestaban poca atención al mensaje, pero a él lo tomó con la defensa baja.

—Noticias desde el puente: nos han atacado ciento veinte pods enemigos, pero nuestros escuadrones de cazas primero, cuarto y séptimo pudieron destruirlos por completo. Nuestras bajas fueron leves y nuestro sistema astrogacional no quedó afectado. Eso es todo.

¡Increíble! pensó Rick. Estaba buscando a alguien con quien hablar, alguien a quien pudiera agarrar de las solapas y despertarlo con la verdad, cuando un brazo se aferró al de él. Él se dio vuelta y se encontró mirando dentro de los ojos azules de Minmei.

—Hola, extraño —dijo ella—. Estaba preocupada por ti.

Ella lo abrazó como a un hermano.

Él había ensayado como iba a representar esto, pero al estar ahora parado aquí con ella, con las verdades a medias del puente haciendo eco dentro de él, sólo quiso abrazarla y protegerla. Pero se las ingenió para mantener algo de distancia y ella se dio cuenta de su humor.

—No era verdad, Minmei —él explicó el anuncio—. Ellos están engañando a todos. Nosotros no bajamos ni a la mitad de ellos, y nuestras bajas fueron...

Ella le puso un dedo en los labios y miró a su alrededor.

—No creo que sea una buena idea hablar de esto aquí, Rick.

—Escucha Minmei... —él se soltó del brazo de ella.

—Además todos están haciendo lo que pueden por el esfuerzo de la guerra, y no creo que logres nada haciendo que ellos —o yo— se depriman. En especial con mi cumpleaños a la vuelta de la esquina.

Sólo pudo mirarla fijamente y preguntarse dónde estaba su mente, pero ella ya estaba delante de él otra vez. Ella sonrió y se aferró a su brazo.

—Vamos, Rick. Consigamos algo para comer. ¿Por favor?

Rick se rindió. ¿Cómo podía hacer que ella entendiera como era allá afuera? Aquí adentro ella estaba haciendo lo que todos hacían: seguir con la vida como si nada hubiera pasado, como si estuvieran en casa, como si hubiera un océano maravillosamente azul justo detrás de aquella colina. Como si no hubiera guerra allá afuera.

En el puente de la *SDF-1* había poco para hablar o pensar a excepción de la guerra.

El capitán Gloval se sacó el birrete y se pasó la mano por su cabello canoso. ¿Qué estaban planeando ahora los extraterrestres?

Obviamente sus ataques constantes no tenían la intención de dar vuelta los resultados, sino debilitarlo, tal vez con la esperanza de que la *SDF-1* se rindiera. Los ataques eran como peleas de ejercicio; era como si el enemigo lo estuviera tanteando, tratando de ganar algún entendimiento de sus tácticas. La guerra psicológica se conducía con una provisión de naves inagotable y sin consideración por los pilotos que las conducían. Gloval se preguntó cómo podría lucir su contraparte, qué clase de ser era. Recordó el video de advertencia que la fortaleza había reproducido para su pequeña banda de exploradores hace unos diez años atrás... Una cosa se estaba aclarando: los extraterrestres no querían dañar a la *SDF-1*. Ellos esperaban recuperarla intacta.

Los ataques los había desviado drásticamente de su curso, y aunque se acercaban a la órbita de la Tierra, tenían meses de viaje por delante.

Gloval pidió información sobre la retirada enemiga. La única cosa sobre la que Claudia y Lisa podían estar seguras era que ya no había rastros de pods enemigos en las pantallas del radar. Gloval estaba reflexionando sobre esto cuando Kim Young anunció que estaban recibiendo datos de una de las frecuencias abiertas.

Gloval se bajó de su silla y caminó para echarle una mirada a las transmisiones.

—«... si los ratones pudieran nadar» —leyó—, «flotarían con la marea y jugarían con los peces; en la costa, los gatos de la orilla rápidamente consentirían...». ¿Qué es esta tontería? ¿De dónde viene?

Vanessa Leeds tipeó un grupo de requerimientos y giró en su asiento para estudiar un monitor secundario. En un momento tuvo la respuesta.

—Un transmisor localizado a dieciséis grados fuera de nuestro curso actual.

—¡Eso lo ubicaría en la Base Sara de Marte! —dijo Claudia.

—¿Qué?! —Lisa Hayes se dio vuelta de su puesto en un respingo—. ¡Eso es imposible! ¿Estás segura de esas lecturas?

—La Base Sara está desierta —dijo Gloval—. Toda la vida allí quedó arrasada durante la guerra. Simplemente no puede ser.

Claudia y Lisa intercambiaron miradas conspiradoras.

—No, Lisa —dijo Claudia—. No te crees esperanzas.

—¿Por qué no podría haber supervivientes? —dijo Lisa de forma nerviosa. Ella se dio vuelta hacia Gloval—. ¿Acaso no es posible, señor?

—No veo cómo, pero es una base muy grande y supongo que cualquier cosa es posible. —Gloval se cruzó de brazos—. Últimamente todos vimos lo suficiente como para convencerme de eso.

—Tenemos confirmación secundaria del origen de las transmisiones, señor. El origen es definitivamente Sara.

—Tal vez podríamos inspeccionar, capitán —dijo Claudia—. Sólo significaría un mínimo desvío de nuestro curso.

Otra vez ella y Lisa intercambiaron miradas.

Gloval regresó a su silla. Pensaba que era improbable que hubiera supervivientes en la base. Y se tenía que considerar la posibilidad de una trampa enemiga. Pero los radares no indicaban actividad en el área, y el riesgo que representaba un aterrizaje ciertamente se justificaba si se las ingeniaban para rellenar sus abastecimientos, los que disminuían rápidamente. Esta sería la única oportunidad hasta llegar al espacio terrestre, y quién sabía cuándo podía ocurrir eso. Si es que ocurría...

Gloval se dio vuelta hacia su tripulación.

—¿Qué tan mal heridos estamos?

—Las secciones de ingeniería y astrogación sólo informan de daños limitados, señor —contestó Vanessa.

—Está bien —dijo Gloval—. Cambien el curso y diríjanse a Marte.

Capítulo 5

La destrucción de la Base Sara de Marte de alguna forma fue algo típico de los reveses que experimentó la recién formada Alianza de Unificación Mundial, el resultado infortunado de la sospecha, la desinformación y de la manipulación de un grupo de facciones separatistas sin nombre. Que pudieran engañar tan fácilmente a la Esfera de Coprosperidad del Noreste Asiático al hacerle creer que la base era una instalación militar fue la mayor causa de preocupación. Pero más que eso, el ataque a la base marcó la primera instancia en que la humanidad sacó a la guerra del planeta y la llevó hacia las estrellas.

Malachi Cain, Preludio del día del juicio final: una historia de la Guerra Civil Global.

¡Marte!

Lisa miró fijamente hacia el mundo estéril a medida que este aparecía a la vista a través de los miradores frontales. Árido, sin vida, bautizado como el antiguo dios de la guerra, era como una herida roja y furiosa en su corazón. Ocho años antes su amor había muerto aquí, en este mundo al cual ella estaba destinada a visitar, uno al que ella había visitado tan a menudo en sueños llenos de lágrimas. Pero ni así podía suprimir la creencia, la esperanza de que una de las muchas escenas de supervivencia que ella había representado interminablemente durante estos años perdidos pudiera cumplirse. La última vez que ella había visto y abrazado a Karl Riber fue la tarde que él le dijo de su asignación a la Base Sara de Marte.

«La Visitante» se había estrellado en Isla Macross tres años antes. Los Internacionalistas —hombres como su padre, el almirante Hayes, el senador Russo, Gloval y demás— hacían lo posible para lograr la unidad mundial centrándose en la restauración de la *SDF-1*, y en la amenaza potencial para la Tierra que planteaba la llegada de aquella nave construida por una raza avanzada de gigantes intelectuales y físicos. Pero la paz y la unidad no se obtenían tan fácilmente. El Fraccionalismo se expandió rápidamente y las fronteras cambiaron de la noche a la mañana, los bordes se dibujaron y se volvieron a dibujar, se lanzaron bombas, y la matanza continuó inquebrantable.

Ella conocía a Karl desde hacía poco tiempo pero lo había amado desde el principio. A él lo habían asignado a su padre como ayudante y estaba haciendo lo mejor de su parte para ser el soldado que Hayes esperaba a su lado. Pero Karl era un hombre amante de la paz, un escolar sensible, que como otros de su clase, anhelaba el día en que terminara el derramamiento de sangre y la humanidad comenzara a enfocarse en su destino, en su verdadero lugar entre las estrellas. La llegada de la *SDF-1* había enardecido más su pasión por la paz, pero cuando ese evento falló en poner un alto a la locura reinante, ya nada quedó para él excepto el cinismo y la necesidad de escapar.

Esa noche de despedida encontró juntos a Karl y Lisa en la finca Hayes en el estado de Nueva York. Se sentaron juntos debajo de un gran árbol viejo bajo cielos llenos de estrellas y Karl le dijo que lo habían reasignado a la Base Sara, un puesto de observación científica en Marte. Él apuntó hacia el planeta y confesó lo desgarrado que estaba por dejarla. Pero ya no había lugar para él en la Tierra; inclusive el proyecto Robotech había sido elegido por la poderosa ala militarista de la Alianza. En vez de sacar provecho del maravilloso hallazgo, ellos apenas se estaban preparando para una guerra anticipada, una guerra programada.

Ella sabía que ese era el mejor movimiento para él, aunque fuera el movimiento equivocado para ellos. Pero esa noche su joven mente había tramado un plan que ella esperaba pudiera mantenerlos juntos: ella se enlistaría en la Fuerza de Defensa y solicitaría una asignación a la Base Sara.

Ella había confesado su amor por Karl.

Y lo perdió en las estrellas.

Pero ella cumplió su promesa y, con la ayuda de su padre, recibió un pase de seguridad y una asignación en Isla Macross para trabajar para el Dr. Lang a bordo de la *SDF-1*.

Ella y Karl nunca se volvieron a ver. Pero hubo cartas, grabaciones y ocasionales llamadas intermundos. Allí Karl estaba en su elemento y todas las señales indicaban que ella pronto iba a poder reunirse con él. Hasta que la guerra estiró su largo brazo y alcanzó al único lugar en que la humanidad todavía no había derramado sangre. La Base Sara se convirtió en un cementerio de la noche a la mañana, casi un símbolo de la necesidad de la humanidad de llevar la guerra con ella a cualquier lugar donde asiente el pie en el universo.

Desde ese momento la *SDF-1* se convirtió en su futuro. Ella se había lanzado al proyecto con una fiebre nacida de olvidar; aquello sirvió para un avance rápido pero dejó poco tiempo para el desarrollo personal. Vanessa y Claudia la retaban por el apego que tenía hacia la nave y ella sabía que a veces parecía ser fría y distante.

¡La vieja amargada!

Lo que hubo entre ella y Karl quedó sin terminar, como si el tiempo emocional se hubiera congelado en la noche en que ella se enteró sobre la destrucción de la Base Sara.

En ese momento el descenso planetario era más que un simple aterrizaje para ella; era una peregrinación emocional. Karl Riber estaba vivo en su corazón momento a momento; esto para ella significaba que él podía estar vivo, uno de un grupo de supervivientes.

—Volveremos a estar juntos algún día cuando la Tierra esté en paz —le había dicho él. El amor simplemente no estaba hecho para perecer en las llamas de la furia. ¡La guerra no podía extinguir al amor!

Gloval estaba gritando su nombre; giró hacia él un rostro confundido, atrapada entre el pasado y el futuro, en un presente que ella estaba fabricando.

—¿Lisa, qué pasa? ¿Estás segura de que te sientes bien?

Ella retomó la compostura y esperó su orden.

—Envía una unidad de reconocimiento Ojo de Gato. Ordénalos que informen de cualquier anomalía en sus descubrimientos... cualquiera.

Lisa volvió a su tarea.

Permite que esté vivo, rezó para sí misma.

El Ojo de Gato de reconocimiento sondeó la base desierta y pasó por radio sus descubrimientos al puente de la *SDF-1*: ningún signo del enemigo, ningún signo de vida de cualquier tipo. Pese a eso los datos continuaban fluyendo inexplicablemente hacia las computadoras de a bordo. De alguna manera una de las computadoras de la Base Sara se había conectado. El capitán Gloval estaba convencido de esto. Aún así, desconfiando de una posible trampa enemiga, convocó una reunión especial con los coroneles Maistroff, Caruthers y los oficiales de alto rango de ciudad Macross para discutir la probabilidad de asentar a la gigantesca fortaleza espacial sobre la superficie de Marte.

Había dos razones para intentar semejante aterrizaje, en oposición a mantener a la fortaleza en órbita baja y usar naves de carga y teledirigidos para transportar las provisiones tan necesarias. La razón principal era que un asentamiento le permitiría a la dotación de tierra reparar el daño que habían sufrido durante los cuatro meses de guerra espacial. La mayor parte de estas reparaciones no se podían efectuar en el espacio, ni siquiera en una órbita baja, sin la constante amenaza de los ataques furtivos y de los abrumadores problemas logísticos que la prolongada actividad extravehicular podría acarrear. La segunda ventaja, aunque menos definida, era de mayor preocupación para Gloval y Lang que para los líderes de ciudad Macross, para quienes reabastecer las provisiones era razón suficiente. El hecho era que la *SDF-1* nunca había aterrizado; lo más cerca que había llegado fue más una caída controlada que un aterrizaje real, meses atrás cuando los aparatos de antigravedad se habían desmembrado a través del casco de la

nave, y esta había vuelto a caer hacia sus soportes en el fondeadero de Isla Macross. La baja gravedad de Marte le permitiría a ingeniería montar un ensayo general del aterrizaje que tendrían que ejecutar una vez que la fortaleza llegara a la Tierra.

Al recordar aquel primer día del ataque, Gloval resistió un impulso de explayarse en lo indefenso que se había sentido con la nave en tierra. No había seguridad de que este volvería a ser el caso, pero tuvo que convencerse de que las ventajas superaban a los riesgos.

Tomó dos días asentar a la *SDF-1*.

Astrogación la mantuvo en órbita estacionaria por lo que pareció una eternidad y después se le permitió comenzar con su lento y horripilante descenso hacia la superficie de Marte. Gloval se sentó al timón preguntándose qué sorpresa podría surgir en esta oportunidad gracias al control parcial de la Robotechnología que poseía Lang, pero para su tranquilidad y el encanto de todos los de a bordo, la *SDF-1* se asentó sin incidentes. Después de meses en el espacio era difícil de creer que estaban sobre suelo sólido una vez más. No hacía diferencia que este no fuera su mundo; después de todo la humanidad alguna vez había ocupado este planeta, y esa era razón suficiente para llamarlo hogar por el momento.

La mitad de ciudad Macross se lanzó hacia los puestos de observación después de que sonara la señal de todo despejado y que la nave hubiera atracado. Por lo menos la mitad de aquel número habrían desembarcado gustosamente en ese momento y en ese lugar para comenzar nuevas vidas por sí mismos; pero en este puerto no habría libertad para los civiles.

Gloval seguía teniendo recelos... sentía como si estuviera parado sobre suelo sólido sin nada debajo de sus pies. Por esta razón ordenó que la nave bajara en un punto a varios kilómetros de la Base Sara. En ese momento se desplegaron los Destroids para asegurar una ruta de abastecimiento, y los escuadrones de cazas Veritech se lanzaron para proveer cobertura. El avión de reconocimiento Ojo de Gato siguió con sus pasadas sobre el área y el radar de largo alcance observó los cielos. Cuando Gloval se convenció de que no había amenaza para su posición o la operación, ordenó que la nave se moviera más cerca de la nave

utilizando los elevadores auxiliares y el sistema de control de gravedad, algo que no habían podido hacer en la Tierra.

El complejo de la base, o lo que quedaba de él, yacía diseminado debajo de la nave. Los tripulantes pudieron observar desde el puente la destrucción que se había llevado a cabo allí, un horrendo recuerdo de los días cuando la humanidad estaba en guerra consigo misma. Era un lugar de aspecto abandonado cubierto con los escombros que barrían los continuos vientos marcianos.

Con las rutas de abastecimiento aseguradas, los Battloids comenzaron su patrullaje con las armas Gatling listas. Una larga línea de vehículos de transporte a neumáticos y a oruga se extendía desde las bahías de carga del *Daedalus* y del *Prometheus* hacia el corazón de Sara.

Lisa estaba esperando el momento preciso, pero si ella no actuaba rápidamente no tendría otra oportunidad. Aún seguían llegando los datos de la base y Gloval todavía tenía que organizar un grupo de reconocimiento para que investigara la fuente de las transmisiones. Ella finalmente reunió el coraje suficiente y se dio vuelta hacia el capitán.

—Solicito su permiso para abandonar la nave, señor, e investigar el interior de la base.

El capitán Gloval la observó con preocupación.

—Pero Lisa...

—Me gustaría revisar la fuente de aquellas señales, señor —lo interrumpió—. ¡Podría haber supervivientes aquí!

Ella recién se derrumbó cuando captó la mirada de paternalismo protector en los ojos de él.

—Por favor, señor. Es importante para mí —ella ignoraba si Gloval sabía algo sobre su pasado, pero él la conocía como miembro de la tripulación, sabía cuándo necesitaba de su atención.

Claudia ofreció una ayuda no solicitada.

—Yo cubriré sus obligaciones aquí —le dijo al capitán.

Gloval lo pensó seriamente. Cualquier persona que se encontrara dentro del rango de los 500 kilómetros de la base ya habría venido corriendo. Pero había algo tan personal en su insistencia que decidió dejarla ir.

—¡Pero quiero que lleves dos personales de seguridad contigo!

—gritó cuando ella salió corriendo del puente.

Lisa ignoró la orden del capitán; después de todo él no la había emitido como una orden directa. Ella se equipó con el casco y el traje ambiental, la radio y un arma blanca láser, y se hizo cargo de un pequeño transporte de personal de abastecimiento.

Si ella hubiera estado pensando en eso, habría comparado su corto viaje a través de la desolación marciana con el entrenamiento de manejo que ella había hecho en la luna años atrás, pero sus pensamientos estaban en otro lugar. Tenía que encontrar a Karl y renovar su vida juntos, o descubrir por sí misma que él estaba muerto.

La base tenía el aspecto y la sensación familiar de las incontables ciudades desgarradas por la guerra que ella había conocido en la Tierra... que no fueron abandonadas voluntariamente, sino que simplemente las cercenaron en la flor de la vida. Toda la vida del lugar fue arrebatada en un instante, y esa clase de finales siempre deja fantasmas rondando. Ella podía sentir sus presencias a su alrededor, casi como si todavía estuvieran confundidos por lo que había ocurrido aquí, y ahora le estuvieran exigiendo una explicación a esta extraña que visitaba su lugar de descanso. Sí, era como aquellas ciudades devastadas, pero peor: el aullido de los vientos era más fuerte y más furioso, el suelo parecía más manchado de sangre, y aquí nunca hubo un cielo azul.

Ella usó el aparato de rastreo para dirigirse hacia la fuente de las transmisiones que recibía la *SDF-1*. Estas emanaban un edificio grande en el núcleo del complejo que servía como centro de comunicaciones. Entró allí a través de una compuerta frontal reventada y caminó a través de galerías desiertas hasta la sala de computación, y el sonido de su propia respiración pesó en sus oídos. En cualquier lugar que ella mirara había evidencia del desastre. Sin embargo, los científicos que estuvieron estacionados allí debieron haber tenido alguna clase de advertencia porque no había cuerpos desparramados —¡cómo había temido eso!—, sólo un desarreglo

general, como si hubieran hecho un esfuerzo de último momento para juntar todo lo que podían y dejar este lugar antes de que el cielo cayera.

Por último llegó hasta el control de la computadora. Ella se quedó inmóvil en el vano de la puerta y escudriñó dentro del cuarto desierto: sillas volteadas, papeles desparramados, una alfombra que iba de pared a pared hecha de las astillas de vidrio de las pantallas de los monitores que reventaron. Pero del otro lado de la habitación brillaban luces de consola verdes y rojas, y una computadora conectada estaba vaciando frenéticamente sus bancos de memoria a través de una pantalla que ningún ojo iba a leer, como un infante abandonado llorando en una cuna. Lisa caminó hacia la máquina y la apagó. Se dio vuelta y le echó otra mirada al cuarto, esforzándose en entender su vacío.

Entonces allí no había una banda de supervivientes medio muertos de hambre amontonada en un cuarto sellado y que utilizaban una computadora como unos marineros naufragados utilizarían una señal de fuego. Sólo una máquina que de alguna manera se había activado sola.

De la misma forma en que lo hicieron los recuerdos.

Khyron y su fuerza de ataque de 200 Battlepods esperaban escondidos en una hondonada profunda a quince kilómetros de la Base Sara. El propio Backstabber ocupaba su Pod de Oficial, un mecha diferente al resto, con láseres que sobresalían como barbas de su hocico alargado y dos brazos que eran cañones mortales. Él ingirió las hojas secas e intoxicantes de la Flor Invid mientras estudiaba los informes de sus líderes de escuadrón, que se mantenían en otros puntos a lo largo del perímetro.

Una nave de reconocimiento microniana ya había sobrevolado el cañón y falló en detectar la presencia de sus tropas. La base abandonada estaba rodeada, las minas de gravedad estaban en su lugar y la fortaleza se había asentado justo donde había previsto que lo haría. Los estúpidos micronianos habían mordido el anzuelo

—una computadora encendida—, y la trampa estaba casi lista para hacerla saltar. Pronto capturaría a la nave de Zor, ¡por la gloria de los zentraedi! Y por el honor de Khyron. Sería una pena si lo forzaban a tomar la nave por su cuenta. Él también quería que el crédito fuera para Breetai. Si sólo las cosas no se estuvieran dando tan lentamente... De alguna forma las hojas siempre lo ponían impaciente.

—¿Gerao, todavía no están listas esas minas de gravedad? —gritó en el micrófono de su enlace de comunicaciones.

El parlante del Battlepod restalló con la estática y el monitor comenzó a hacer barras de ruido descontroladas antes de que el rostro de Gerao apareciera en la pantalla. Su equipo de androides estaba trabajando a casi tres kilómetros debajo de la superficie. Gerao pudo haber ganado la apuesta del choque, pero eso no pagaba ser el mejor comandante. Khyron se rió solo.

—La acumulación de energía está al setenta por ciento, milord. No falta mucho.

—¡Maldito sea, esta espera me está irritando! Conduce más rápido a esos androides, Gerao, o te dejaré enterrado en este mundo abandonado de Dios. ¡Te lo juro!

El enfático saludo de Gerao demostró que había entendido letra por letra la amenaza de Khyron. Se despidió. Khyron comenzó a tamborilear los dedos en la consola. La nave de Zor, pensó. ¿Por qué el comandante en jefe Dolza estaba perdiendo el tiempo con este mundo cuando quedaban incontables mundos por conquistar? ¿Desde cuándo los zentraedi eran chicos de los mandados? Si los Maestros Robotech estaban tan desesperados por reconquistar la matriz de Protocultura de Zor, podrían recuperarla ellos mismos. ¿Qué le importaba a Khyron la Protocultura? Lo importante para él eran las Flores Invid... levantó uno de los pétalos secos y lo observó con cariño: aquí estaba el verdadero poder.

Mientras Khyron ubicaba el pétalo en su boca el rostro de uno de sus soldados surgió de la pantalla de comunicaciones del Pod de Oficial.

—Ya esperamos lo suficiente, comandante —dijo el soldado—. Ahora voy a salir. Un poco más y pondremos en peligro nuestra misión.

Ante el asombro de Khyron, el Battlepod del soldado encendió sus propulsores y comenzó a elevarse del piso de la hondonada. ¿Estaba viendo visiones o este tonto en realidad había decidido utilizar su propia iniciativa? A Khyron le gustaban las insolencias tanto como a cualquiera, pero esto era llevar las cosas demasiado lejos. Permitió que el pod subiera hasta casi el borde de la hondonada antes de levantar uno de los brazos cañones de su mecha y disparar. El Battlepod recibió un golpe directo, se puso de cabeza y cayó a plomo, estrellándose sobre el piso de la hondonada.

Los pilotos de otros dos pods hicieron saltar a sus naves hasta su camarada caído y revisaron su estatus.

—Todavía está vivo, milord.

—Entonces peor para él —aulló Khyron—. Si yo puedo esperar aquí pacientemente, también ustedes. El próximo que desobedezca mis órdenes encontrará un destino peor. ¡Se los prometo!

Khyron se estaba imaginando a sus subalternos cuadrándose en posturas de saludo dentro de sus pods cuando la voz de Gerao entró al audífono.

—Milord, me temo que el uso del cañón puede haber comprometido nuestra posición. El avión de reconocimiento microniano está girando en esta dirección.

—¡El avión de reconocimiento! ¿Gerao, estás listo con las minas?

—Sólo falta el diez por ciento.

Khyron azotó las manos contra la consola del pod.

—El noventa por ciento tendrá que ser suficiente. ¡Tienen mi permiso para atacar!

Claudia estaba preocupada: no había habido noticias de Lisa desde hace casi una hora. Los datos que llegaban de la base habían cesado, pero los sensores sísmicos ahora estaban captando algo nuevo. El capitán Gloval y Vanessa estaban tratando de darle un sentido a las lecturas.

—Cerca de las montañas, creo... un disturbio o una explosión —

dijo Vanessa.

—Tal vez algún derrumbe.

—No, hubo demasiado sonido unido a ella. Debió haber sido una explosión.

Gloval se dio vuelta hacia Claudia.

—Pídele al Ojo de Gato que haga otra pasada sobre la zona de las once en punto a un perímetro de quince kilómetros. Y asegúrate de que sus lecturas de reconocimiento estén conectadas con la pantalla principal de aquí.

Claudia se conectó con el Ojo de Gato y en unos minutos los nuevos datos llenaron la pantalla: los sensores indicaban cientos de unidades mechas individuales que se movían desde las cavernosas montañas que rodeaban a la Base Sara.

—¡Battlepods! —dijo Gloval y le ordenó a Claudia que sonara alerta general—. ¡Reúne a todos los vehículos de transporte y lanza a los cazas Veritech! ¡Esta vez no nos atraparán desprevenidos!

Gloval caminó por el puente y después se arrojó en la silla de mando.

—Activen el sistema de control de gravedad y preparen a la nave para el despegue.

Claudia le dio la espalda a su terminal.

—Pero capitán, Lisa todavía está ahí afuera. Ella nunca llegará a tiempo.

—Yo le dije que no quería que entrara a la base. —Gloval movió su mano en un gesto de exclusión—. Ahora tendrá que subir en uno de los VTs.

Claudia le ocultó a Gloval una mirada de preocupación y llevó a cabo sus órdenes. Sin embargo algo andaba mal: la nave no despegaba. El sistema de control de gravedad no estaba dañado y en todos los sensores había lecturas correctas, pero la *SDF-1* no se elevaba. Rugía y se estremecía como una bestia capturada.

—¡Capitán! —Vanessa se las arregló para gritar sobre el ruido—. ¡El sensor sísmico indica un intenso campo de gravedad subyacente a la base!

Gloval saltó de su asiento para estudiar el tablero de captación.

—¡Minas de gravedad! Así que esto es lo que los enemigos tenían en mente... ellos intentan mantenernos clavados como a un

insecto atrapado. ¡Apaguen todos los motores antes de que se deshagan!

—¡Battlepods! —dijo Claudia.

Gloval y las tripulantes del puente miraron hacia los miradores del frente: el cielo marciano estaba lleno de mechas enemigos.

Capítulo 6

Vagabundear por el domo de observación y pasar horas mirando nuestro hermoso mundo albiazul transitar la noche marciana se ha convertido en mi rutina estos pasados dos meses. ¡Qué brillante e increíblemente tranquila que parece la Tierra desde la lejanía! Y qué impresión tan engañosa es esa... A veces pienso en nuestra última noche juntos. Para mí fue más difícil dejarte a ti que dejar nuestro planeta, a la locura global, a las mentes pequeñas que nos robaron nuestros sueños. Pero no quiero comenzar con eso otra vez; quiero hablarte de este lugar, de lo feliz que sé que seré aquí. Las estrellas parecen estar lo suficientemente cerca como para tocarlas, nuestro sol no es menos cálido, e incluso estos vientos constantes no molestan... la Base Sara es un nuevo experimento sobre la paz, un nuevo experimento sobre el futuro...

Karl Riber, Cartas recopiladas.

Los Battlepods y los guerreros con caparazón de la Séptima de Botoru dejaron el refugio de la hondonada de la montaña y descendieron hacia la Base Sara. Khyron iba a la cabeza del asalto gritando en su comunicador:

—¡Mátenlos, mátenlos a todos!

Las fuerzas Robotech lanzaron todo lo que tenían hacia el cielo marciano. Los defensores Battloid y Spartan tomaron posiciones en la base, mientras que los escuadrones Veritech se elevaron para enfrentarse cara a cara con el enemigo. Las baterías principales y las armas CIWS Phalanx de la fortaleza espacial detenida rotaron en su

posición y llenaron el aire poco denso con trazantes anaranjados, cascos descartados de balas perforantes y truenos mortales.

Khyron y sus fuerzas primero fueron tras los transportes en un intento de cortar la línea de abastecimiento que iba hacia la *SDF-1*. Los pods cayeron del cielo marciano desatando un torrente de rayos de energía y misiles. Los camiones todo terreno se alejaron rápidamente de la ruta de grava para evadir el fuego, pero apenas una media docena logró llegar intacta a la fortaleza. Las explosiones desparramaron en el suelo a los vehículos como si fueran juguetes, y pronto hubo sólo un sendero de fuego donde antes habían viajado los vehículos.

Los Destroids fueron los siguientes en la lista de Khyron; después volvió su atención hacia los Battloids y los Guardianes.

Los Battloids del Grupo Skull estaban emplazados a lo largo del perímetro defensivo de la *SDF-1* cuando recibieron las órdenes de despegue. Roy y Rick transformaron sus mecas a modo Guardián y despegaron sobre unas alfombras de combustión para enfrentarse al enemigo.

Rick retrajo las piernas y llevó al caza en un largo ascenso vertical e intercambió disparos con tres pods en su camino hacia arriba. Los tres le dieron caza, mientras que él se ladeó en la cresta de su ascenso y se lanzó en una caída fulminante con las armas llameando al volver a bajar hacia ellos. Los buscadores de calor se desprendieron de su meca y dieron en el blanco contra dos pods.

Rick y el enemigo restante corrieron carreras sobre el terreno escabroso intercambiando disparos. Se separaron al pie de las montañas sólo para encontrarse de nuevo en las cumbres escarpadas. Era el juego del miedoso aéreo, pod y caza en curso de colisión, pilotos zentraedi y terrestre vaciando sus armas.

Rick subió, bajó y llevó al caza más profundo en las montañas. El enemigo lo persiguió y lanzó cohetes, los que el meca de Rick evadió con éxito usando frenos, artimañas y giros completos.

El Skull veintitrés se ladeó bruscamente y bajó hacia un valle angosto, atrayendo a su oponente hacia una selva de picos de rocas erosionados por el viento. Rick utilizó dos de sus cohetes para abrir un acceso para él y entrar en picada. El pod permaneció con él pero tuvo problemas para superar la fuerte agrupación de columnas de la

selva. El piloto enemigo trató de salirse demasiado tarde; una de piernas en forma de pezuña del pod chocó en un pico y el pod se convirtió de repente en un fliper acelerado que zigzagueaba de torre a torre. Las llamas y los escombros de la explosión retumbante sobrepasaron al meca de Rick cuando subía desde el cañón.

Así era mejor, se dijo a sí mismo al reunirse a su grupo de batalla en la planicie marciana. El cielo arriba, el suelo abajo. Sonido y luz, explosiones de terminación. Sin nubes para cubrirse, pero parecía como si se pudiera ver por siempre a través del aire tenue.

Justo en ese momento el rostro de Roy apareció en la pantalla izquierda de su cabina.

—¿Qué opinas, Hermano Menor? Es un poco como en los viejos tiempos, ¿no?

—Los «viejos» tiempos, sí, ¡hace cuatro meses!

—¡Vamos por ellos, tigre! —Roy se rió.

Rick observó al caza de su amigo enfrentarse a dos de los pods y despacharlos a ambos. Examinó rápidamente el cielo abarrotado: si cada Veritech pudiera eliminar a dos pods, el enemigo sólo los sobrepasaría por cuatro a uno.

Desde el puente de la *SDF-1 Gloval* y su tripulación tenían una vista clara de la masacre que se estaba llevando a cabo. Los resplandores intermitentes de la luz explosiva se derramaban a través de los miradores frontales y laterales mientras el enemigo seguía disparando contra la nave. La fortaleza se sacudió y vibró al ritmo sincopado de la batalla. El paisaje marciano se había convertido en un infierno.

—Las divisiones sexta y octava de Spartans fueron eliminadas, capitán —informó Claudia—. Los escuadrones Veritech están sufriendo muchas bajas.

Gloval caminó sobre la cubierta con los dedos de una mano tirando de su espeso bigote.

—Debe haber una forma de salir de aquí... —giró hacia Vanessa—. Pon el esquema sísmico en la pantalla otra vez.

Gloval estudió la muestra del gráfico de computadora a medida que surgía. La fuente de la gravitación inducida que mantenía cautiva a la nave se localizaba a unos tres kilómetros debajo de la

superficie. Gloval hizo que Kim proyectara un esquema del centro de energía subterráneo que abastecía a la Base Sara. Dio un paso hacia atrás para abarcar ambas pantallas, cruzó los brazos sobre su pecho y asintió.

—Es tal como pensé. Hay un horno reflejo debajo de Sara.

La energía refleja fue uno de los primeros derivados de la Robotechnología... allá lejos, durante tiempos más pacíficos.

—Si pudiéramos sobrecargarlo, la explosión que produciría también podría eliminar las minas de gravedad enemigas.

Gloval le dio instrucciones a Vanessa para que corriera una simulación computarizada basada en los datos disponibles. Después se volvió hacia Claudia.

—Conéctate con Lisa de inmediato.

Lisa estaba tratando de encontrar un camino de salida de la Base Sara cuando llegó la llamada de Gloval. Con lo que ella recordaba de sus cursos de ingeniería y la ayuda técnica que le proveerían las computadoras de a bordo de la *SDF-1*, había una gran oportunidad de que ella pudiera apagar el horno reflejo como requería Gloval. Le dio instrucciones para que mantuviera su radio encendida en la frecuencia del puente de manera que él pudiera monitorear su lugar y posición.

El primer paso sería llevarla a salvo desde el centro de comunicaciones hasta la estación principal de energía, lo cual significaba un viaje sin escolta a través del grueso de la batalla. Sin embargo había otra opción, y esta requería que ella saliera al descubierto sólo por un corto tiempo. El centro de energía estaba unido al edificio de las barracas a través de un sistema subterráneo de túneles y pasillos de acceso. Y las barracas eran apenas un corto salto a través del infierno.

Lisa hizo equilibrio en el umbral de la compuerta reventada del edificio de comunicaciones. A su alrededor estallaban explosiones que sacudían el suelo. Los pods extraterrestres, que saltaban ágilmente a través de la devastación, estaban arrasando con todo lo

que estaba a la vista. Cientos de misiles cruzaron en tirabuzón en las alturas, convergiendo en lo que quedaba de la línea de abastecimiento y en la propia fortaleza. El sueño de Lisa se había terminado, y la Base Sara se había terminado con él. Ella se empujó de la entrada del frente como un paracaidista dejando una aeronave anticuada y se arrojó hacia la tormenta de fuego. Corrió un eslabón zigzagueando de derecha a izquierda y llegó a la seguridad de las barracas justo antes de una violenta explosión que eliminó el área que había dejado atrás. El golpe la tiró al suelo, pero estaba ilesa.

Adentro accedió a la información de la *SDF-1* para localizar el tiro principal de los ascensores. Aquí había energía auxiliar, de manera que pudo bajar hasta el cuarto subterráneo.

Fue un largo descenso. Se sentía como si ella estuviera viajando dentro de los propios intestinos del feroz planeta. Cada nivel disminuyó los efectos del bombardeo de arriba hasta que el mundo pareció silencioso otra vez.

Se bajó en el subnivel quince y fue hasta el cuarto de control. Allí abajo había una rara vibración de bajo nivel que la forzó a moverse con más esfuerzo, casi como si hubiera regresado a la gravedad de la Tierra. Ella dedujo que las minas de gravedad enemigas eran las responsables de eso.

A Lisa le tomó varios minutos localizar los controles del horno, un confuso conjunto de interruptores, diales y medidores anticuados e innecesariamente complejos. Había sistemas que no andaban, demasiados interruptores de mando y empalmes que se operaban manualmente. Sin embargo, las instrucciones de las computadoras de a bordo le simplificaron la tarea. Finalmente logró programar a las computadoras reflejas para sobrecargar. Los sistemas de control que permitían que el exceso del incremento de carga se derivara en sobrecargas de forma segura, ahora estaban restringidos, y todas las salidas de respaldo también estaban cerradas. Después instruyó a los CPU que hacían funcionar el horno para que llevaran la energía al máximo y canceló los programas de seguridad con órdenes de ignorar.

Las luces de advertencia estaban empezando brillar en la consola y ella creyó escuchar el sonido de sirenas de alarma y de bocinas que se dispararon en algún lugar. De cualquier modo, la secuencia

había encendido otros sistemas predeterminados que no fueron previstos: las compuertas estaban empezando a bajar por toda la habitación. De acuerdo con un reloj digital, ella tenía menos de quince minutos para salir de la base.

Lisa regresó hacia el ascensor principal y llevó a la cabina de vuelta al nivel del suelo. Los sonidos de la batalla habían aumentado. Ella trató de volver a ubicar su camino hacia la entrada, pero las barracas habían sufrido varios golpes y los escombros ahora bloqueaban el pasillo. Había un segundo pasillo sin obstruir que llevaba hacia los cuarteles de los oficiales; allí una compuerta le permitiría salir del otro lado del edificio. Entró en él y se estaba acercando hacia la compuerta cuando el pasillo se selló de repente. En ambos extremos cayeron puertas de hierro desde las bóvedas superiores, dejándola atrapada adentro.

Las compuertas que llevaban hacia los cuarteles individuales se alineaban a ambos lados del pasillo, y mientras ella abría cada una de ellas para buscar alguna forma de salir se le ocurrió un terrible pensamiento: ¿y si alguna de estas habitaciones le pertenecía a Karl?

En la tenue luz Lisa limpió las letras de los rótulos de las puertas, y poco después encontró RIBER, KARL.

El deseo de sobrevivir lentamente comenzó a abandonarla. Ahora todo lo que ella podía sentir era una terrible tristeza y un dolor de hace mucho tiempo, como si su cuerpo estuviera recordando el daño y lo trajera a la superficie.

Ella apretó el botón que abría la compuerta del cuartel de Karl, se quedó parada en el umbral, temerosa de entrar, y se apoyó contra el batiente de la puerta.

—Oh, Karl —dijo para cualquier fantasma que estuviera rondando por allí.

Lisa entró sin importarle la cuenta regresiva de la autodestrucción.

—La secuencia de destrucción se ha iniciado, capitán —dijo Claudia

—. T menos diez minutos y contando.

Gloval asintió con la cabeza en aprobación.

—Bien. Sabía que Lisa podía hacerlo. Ahora da la orden de repliegue a los Destroids y Valkyries que queden. Pero quiero que retrocedan lentamente: con un poco de suerte esta vez atraparemos al enemigo en nuestra trampa.

—Nueve minutos y contando, capitán.

—Conéctate con Lisa; veamos cómo le está yendo.

Claudia lo intentó pero no hubo respuesta. El transmisor de radio todavía estaba encendido, pero Lisa no contestaba la llamada.

—Lisa, contesta, por favor —dijo Claudia—. Ella no responde, capitán.

Gloval se levantó de su silla.

—Si todavía está conectada podremos localizar su posición.

Kim ya la tenía en la pantalla.

—Ella está en las barracas C. Pero no se mueve.

—Podría estar herida, o atrapada —dijo Gloval—. Claudia, rápido, llama al Líder de Skull.

Rick soltó dos cohetes y picó debajo de los Battlepods. Las esquiras incandescentes impactaron contra su caza y la onda expansiva lo empujó hacia una zambullida involuntaria.

Él apenas escapó de morir a manos de un Pod de Oficial que se apareció de la nada. Era el mismo que había visto entrar y salir de la batalla. Y quienquiera que lo estuviera piloteando, era alguien de temer. Rick vio que el pod había eliminado a tres Veritechs de una pasada, y más tarde vio que el mismo piloto hizo explotar a dos de sus propios hombres para alcanzar a una de las Valkyries Robotech.

Roy se puso al lado de Rick e hizo señas hacia el meca enemigo. Su rostro estaba en la pantalla izquierda del veintitrés.

—Tienes que cuidarte de ese, Rick. Significa problemas.

—Vamos a atacarlo juntos, amigo.

—Negativo, Rick. Tenemos nuevas órdenes. Parece que la comandante Hayes se ha quedado varada en la base y nos toca a

nosotros rescatarla.

—¿Eh, como si no tuviéramos cosas más urgentes que hacer?

—Vamos, yo pensé que las damiselas en peligro eran tu especialidad, Hermano Menor.

—Una damisela a la vez, Roy. Una a la vez.

El rostro de Roy se puso serio.

—Conecta tu sistema con el tablero principal de la *SDF-1* y dirígete hacia la señal que ellos transmitan. Yo te estaré cubriendo.

—Entendido —dijo Rick—. Sale un rescate.

Empujó al caza en una picada profunda que lo metió e hizo atravesar un grupo de pods extraterrestres. A aquellos que no se eliminaron mutuamente en un esfuerzo por derribarlo, Rick los despachó con un fuego láser a quemarropa dirigido hacia las líneas de combustible de los pods. Roy estaba realizando interferencia allá en lo alto, desviando a algunos de los pods ubicados entre Rick y la base.

Rick bajó al caza hasta el nivel del suelo, se relajó en su asiento, bajó su mente hasta alfa transicional y dirigió la transformación del Veritech a modo Guardián. El caza pronto estuvo moviéndose rápidamente sobre la superficie como en una especie de acurrucamiento de combate, sosteniendo al frente el cañón Gatling con las enormes manos del meca. De esta forma Rick evadió un puñado de explosiones, después encendió sus propulsores y llevó al meca a modo Battloid para lidiar con varios pods a lo largo de su curso previsto.

Erguido, el Battloid balanceó el cañón en un arco e hizo tiro al blanco con dos de los pods. Un medio giro y Rick batió a otro al desenfundar.

Rick dejó que Roy repartiera justicia entre el resto y cambió su atención hacia la señal intermitente. La información de la *SDF-1* le dijo el lugar preciso donde estaba localizada la comandante: Dentro del edificio de las barracas, justo del otro lado de la pared que estaba frente a él.

En cuatro minutos toda la base iba a ser un recuerdo. Y eso no le dejaba suficiente tiempo como para usar la puerta. Se volvió a transformar a modo Guardián y preparó los enormes puños blindados del mecha.

Ahora era el turno de Lisa de jugar al fantasma.

Aislada de la áspera atmósfera por su traje, caminó por la habitación de Riber con los brazos extendidos y los dedos enguantados se estiraron expectantes, tocando todo lo que había dentro del pequeño cuarto en busca de algo que ella no podía identificar ni nombrar.

—¿Qué es lo que espero encontrar aquí? —se preguntó a sí misma. Era como si las ropas de Karl, todavía en el ropero, su cama, la lámpara y el teléfono contuvieran pistas de algún misterio que ella esperaba descifrar.

Y mientras se sentaba en su escritorio hojeando sus anotadores y leyendo los títulos de los libros amontonados allí.

—Crónicas marcianas, La evolución del hombre, La verdad de Gandhi, —Lisa se dio cuenta de que nunca superaría su pérdida; ella nunca sería capaz de dejar este lugar. Su vida había terminado seis años atrás junto con la de Riber.

Se inclinó sobre el cuaderno de notas abierto y comenzó a llorar. Claudia la estaba llamando desesperadamente a través de los audífonos, pero Lisa ya se sentía desconectada de ese presente. Apagó el radiotransmisor. Estaba a punto de levantar el escudo facial de su casco cuando escuchó que gritaban su nombre a través de un parlante de algún tipo.

Del otro lado de la espesa ventana translúcida de la habitación pudo discernir la figura de un caza Veritech, un Guardián velado detrás de una cancela de vidrio blindado.

—Comandante Hayes —gritó la voz—. Por favor retroceda. Voy a abrirme camino.

Ella rápidamente conectó de nuevo la radio.

—Quienquiera que sea, aléjese de aquí. Regrese a la nave. Es una orden.

El piloto del caza no le prestó atención.

—Retroceda. Mis órdenes son que la saque de aquí.

Antes de que ella pudiera hablar otra vez la enorme mano del Guardián se estrelló a través de la ventana y el piloto. —¡Rick Hunter!— la miraba fijamente desde su cabina.

—Súbase... ¡rápido! ¡No nos queda mucho tiempo!

—¡No voy a dejar esta habitación!

—Un minuto y contando, comandante.

—¡No me importa! ¡Váyase! ¿Me escucha? ¡Sálvese usted!

Ella vio que él negaba con la cabeza.

—No sé qué es lo que está pasando aquí, pero usted viene conmigo.

Y en un segundo Lisa quedó bien sujeta en el puño de la mano del Guardián. Era inútil resistirse; el Veritech ya se estaba alejando del edificio de las barracas y se preparó para despegar.

A pesar de eso, ella se estiró hacia el cuarto de Riber, aferrándose a él con toda la fuerza que pudo reunir y gritando su nombre cuando el caza despegó y se alejó rápidamente de la base en llamas.

Khyron forzaba el ataque urgiendo a sus fuerzas para que se adelantaran con gritos de gloria y promesas de ascensos; cuando esto fallaba, hacía uso de simples amenazas e imprecaciones. Varias veces durante el ejercicio había decidido distribuir los castigos en el acto, y ocasionalmente se había visto forzado a sacrificar al inocente. Pero eso era parte de la vida del guerrero, no era algo lamentable, sino un comportamiento esperado.

Hasta ahora había sido una batalla gloriosa.

Los micronianos habían comenzado a retirarse hacia la nave de Zor, una retirada con por lo menos un tercio de sus fuerzas originales ocupando todavía la arena. Él estaba confundido y enojado. ¿Eran los micronianos unas criaturas tan pusilánimes que preferirían rendirse antes que morir en la batalla? La nave de Zor, sostenida como estaba por las minas de gravedad, no iba a ir a ningún lado, ¿de manera que qué esperaban ganar estos tontos con una retirada? Eso sólo representaba una operación de limpieza más perversa para las tropas de Khyron. Tendrían que tomar por asalto a la fortaleza espacial, o tal vez él decidiera matarlos de hambre; pero en cualquier caso el resultado sería la muerte, ¿así que por qué no

salir a pelear?

Gerao le informó de ciertas anomalías en el campo gravitatorio de las minas —alguna clase de incremento de presión que los sensores todavía tenían que identificar—, pero con los micronianos huyendo, este no era el momento de precauciones o de indecisiones. ¡Khyron tendría la cabeza del capitán enemigo antes de que cayera la noche!

Las fuerzas zentraedi habían derrotado a los enemigos de la base y su comandante estaba a punto de unírseles allí cuando la superficie del planeta comenzó a temblar con una fuerza innatural. Una explosión muy debajo del nivel del suelo se estaba abriendo camino hacia arriba. Y cuando rompió la piel del planeta fue mayor que cualquiera. —zentraedi o terrestre— pudiera haber esperado.

La base y la mayor parte de la fuerza de ocupación de Khyron quedaron desmanteladas en un segundo cuando una torre de energía desatada se disparó desde las entrañas del planeta. Khyron pudo ver que la nave de Zor despegaba a través del resplandor cegador de la explosión inicial, apenas unos segundos antes de que una segunda explosión de igual potencia atomizara lo que quedaba del área.

El Pod de Oficial de Khyron estaba lo suficientemente lejos como para resistir a la ráfaga, el calor y las continuas ondas expansivas y llamaradas.

Locura —pensó Khyron—. ¡Locura!

Levantó el escudo de la cabina del Battlepod y se sentó durante un momento en un silencio aturdido. En el área, unas espesas nubes de polvo color óxido se estaban reabsorbiendo. La nave de Zor era sólo un reflejo trémulo sobrenatural en el cielo marciano. Los micronianos lo habían sorprendido.

Lo impredecible era algo que temer y respetar en un oponente. Pero fallar en una batalla era algo que no se podía tolerar.

Desahogó su furia aplastando los puños contra la consola del Battlepod y después cayó agotado en su asiento. Se estiró para alcanzar las hojas secas de la Flor de la Vida, ingirió varias y apuró su efecto narcótico para que lo golpeará. Por último Khyron sonrió con malicia. Levantó la vista hacia la fortaleza espacial que se achicaba y dijo en voz alta:

—Nos volveremos a encontrar, micronianos. Y la próxima vez no les daré tregua.

Capítulo 7

Lo admito: en aquellos tiempos tuve problemas para jugar según las reglas. Por supuesto que al final aprendí a devolver los saludos, a usar las frases apropiadas, a demostrar respeto por mis oficiales superiores y a comportarme en general como un soldado Robotech modelo. Pero seguía teniendo problemas con el sistema de promociones. Si hubiera sido por mí, habría repartido medallas a todos los que iban allá afuera. No había ninguno entre nosotros que no se las mereciera; ninguno entre nosotros que no estuviera calificado para liderar.

Recopilación de los registros del almirante Rick Hunter.

Había una cámara especial de datos en la nave capitana de Breetai que estaba fuera de acceso para todos, excepto para los oficiales de los rangos más altos de la elite zentraedi. Allí adentro estaban almacenadas las grabaciones históricas de la raza zentraedi: la documentación de las victorias pasadas, las campañas militares, los grandes momentos en las vidas de los ilustres líderes guerreros. Junto con estos había bancos de información relacionados a los Invid y a varias docenas más de antiguas formas de vida que habitaban el Cuarto Cuadrante del grupo galáctico local. Como oficial científico en jefe y consejero transcultural en todos los temas relacionados con el contacto interracial (más frecuentemente, la conquista), era el deber de Exedore aprenderse de memoria una enorme cantidad de estos conocimientos y erudición acumulados. En realidad esta habitación le pertenecía más al deforme zentraedi

que a cualquier otro. Y cuanto más hurgaba en los datos tocantes a los micronianos, más receloso se volvía. La persecución de la nave de Zor y esta continua fricción con los guerreros micronianos de la nave estaban destinadas a terminar en un fracaso sin precedentes — en la anulación de todo lo que se había conservado y preservado cuidadosamente durante milenios. Exedore no podía sacarse este pensamiento de la mente por más que lo intentara. Si los zentraedi eran derrotados, ¿entonces qué se interpondría en el camino de los temidos Invid?

Le había mencionado estos celos a Breetai, cuidándose de expresar sus frases de forma tal que no se pudiera sospechar de temor o cobardía; incluso había ido lo bastante lejos como para citarle al comandante algunos de los documentos, haciendo hincapié en las advertencias específicas sobre el contacto con los micronianos, y en las leyendas que hablaban de un arma secreta microniana que utilizarían contra cualquier raza invasora. Pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Después de todo, aquí Breetai era un estratega militar; él vivía y respiraba para la batalla y la guerra como la mayor parte de su raza... los zentraedi habían nacido para esto. Es más, aquí había una fascinación callada en acción, como si de una forma entendida a medias Breetai también fuera consciente de los pensamientos de Exedore sobre el destino y la anulación.

En ese preciso momento los dos zentraedi estaban parados juntos en la burbuja de observación del puente. La *SDF-1* llenaba la pantalla frontal, en altorrelieve contra un cuarto creciente del cuarto planeta de este sistema iluminado por las estrellas. Las fuerzas de Khyron, aunque no tuvieron éxito en capturar a la nave cuando esta cayó en la trampa de Breetai, de todas formas habían evitado que los micronianos ganaran distancia hacia su planeta.

—Me asombra que se las hayan ingeniado para llegar tan lejos —dijo Breetai.

—Sí, comandante, ellos pelearán con más furia a medida que se acerquen a su planeta. Temo que la nave quede destruida antes de que podamos consumir una rendición.

Breetai se agitó.

—No debemos permitir que eso pase, Exedore. Mis órdenes fueron muy específicas: quiero que la fortaleza sea capturada

intacta y sin daños. La nave es nuestra mayor preocupación, no la gente en su interior.

—Señor, me temo que Khyron sólo entiende de destrucción. «Capturar» es una estrategia demasiado sutil para que él la entienda.

Breetai le echó una mirada a su consejero.

—Khyron es un zentraedi. Él hará lo que se le ordene o enfrentará las consecuencias.

—Así es, milord. —Exedore hizo una leve reverencia.

Si sólo fuera así, pensó Exedore. ¿Y el comandante microniano a cargo de la nave de Zor tendría que lidiar con temas similares, o las órdenes siempre se ejecutaban sin cuestionamientos? Al igual que los zentraedi, los micronianos eran una raza guerrera; ¿pero habían llegado ellos también al punto evolutivo donde la iniciativa individual se abandonaba por la mayor gloria del todo? Los datos de los documentos no eran claros en este punto. Exedore clavó la vista en la fortaleza como si intentara proyectarse a bordo.

—¿Qué estarán planeando los micronianos? —se preguntó. ¿Qué estaría pensando cada uno de los miembros de esa raza en este preciso momento?

Ella adoraba la ropa. Sus colores favoritos eran en la gama de los rosas y los violetas. Ella se pintaba cada uña con un color diferente de esmalte. Le gustaba usar aros colgantes atroces, zapatos que la hacían más alta y que concordaban con su humor, cinturones brillantes con hebillas grandes...

—¡Es inútil! —dijo Rick en voz alta. Se levantó de la cama y comenzó a caminar la escasa distancia que le tomaba cubrir entre pared y pared de su nueva barraca.

La invitación a la fiesta de cumpleaños de Minmei estaba sin abrir sobre su cama, con el sobre sellado con un corazón de terciopelo pegado. Lindo. No había necesidad de leerla... la mitad de su división había recibido invitaciones, y todos se las refregaron en la cara con sonrisas conecedoras. Bajo las circunstancias, él ni

siquiera estaba seguro de estar interesado en ir a la fiesta. Mientras fueran sólo ellos dos todo estaba bien. Pero en un grupo grande Minmei quería ser el centro de atención, y Rick a veces se sentía como otro don nadie del auditorio. Sólo otro miembro sin rostro del público adorador de Minmei. Abandonado. Sí, así es como se sentía. Y tuvo que admitir que también celoso. Furioso, confundido, deprimido... la lista seguía eternamente. Era casi tan larga como la lista de posibles regalos que él había formulado. Pero ninguno de esos ítems parecía ser correcto, ninguno de ellos era perfecto, y eso era lo que él buscaba. Algo que pudiera decir lo que él no podía confesar.

¿Y eso que es? se preguntó. Él quería decirle lo especial que ella era... lo hermosa, sensual y encantadora. Lo presumida, vanidosa, consentida y...

Todo esto no lo estaba llevando a ningún lado. Se tiró sobre la cama, puso las manos bajo su cabeza y clavó la vista en el techo. Cuando cerró los ojos y trató de pensar las cosas una vez más, sucedió algo inesperado: el rostro de Lisa Hayes llenó su mente. Eso no era algo nuevo, pero seguía tomándolo por sorpresa. La verdad era que eso venía sucediendo mucho desde lo de la Base Sara.

¿Acaso era él tan idiota que iba a invitar a otra mujer a que lo torturara? *¿Una mujer mayor además, una oficial superior que daba todas las señales de despreciarlo a pesar de los esfuerzos de rescate a favor de ella?* *¿Una mujer fría y severa que parecía ser más una parte de la nave que una parte de la tripulación?* *¿En tal caso, por qué sentía que ella necesitaba protección y afecto?... Su protección, su afecto.* Pero Lisa ocupaba en su corazón un lugar diferente al de Minmei, en algún lugar al que él no podía llegar sólo con los pensamientos.

Una llamada que se anunció a través del sistema de comunicación intrabarracas lo rescató de esto.

—Atención al siguiente personal: repórtense al cuartel general los terceros tenientes Justin Black y James Ralton; los segundos tenientes Xian Lu, Carroll James y Marcus Miller; los primeros tenientes Thomas Lawson y Adam Olsen...

Rick escuchó un momento, perdió el interés y estuvo a punto de reavivar su dilema cuando oyó que decían su propio nombre.

Se puso presentable y dejó las barracas, caminó indiferente hacia el cuartel y se preguntó qué era lo que había hecho esta vez para que lo citaran sobre la alfombra. Repasó una lista mental de posibilidades mientras iba en el ascensor hasta el nivel de mando de la nave.

Era un día para las listas, eso seguro.

Una teniente lo guió hacia una sala de situación donde ya estaban reunidos los otros que habían llamado. Rick se paró en posición de firme y miró a la fila: Black, Ralton, Olsen... todos estos tipos eran personas honradas. Ninguno de ellos necesitaba que lo amonestaran, y ninguno de ellos parecía estar ni ligeramente preocupado; de hecho, todo lo contrario: de los rostros de cada uno irradiaban la confianza y el orgullo.

Cuando un oficial llamó a atención, Rick enderezó los hombros y fingió indiferencia. El coronel Maistroff y algunos de los de la plana mayor entraron al cuarto. El coronel se sentó en una mesa larga y pasó la vista por la fila formada frente a él. Después se aclaró la garganta y le habló a la fila.

—Desde la batalla por la Base Sara de Marte los hombres aquí reunidos han establecido por sí mismos marcas de valor bajo fuego. Por lo tanto, estoy complacido de recompensarlos con la Medalla de Titanio al Valor por su distinguido servicio. Caballeros: ¡Nosotros reconocemos sus logros con orgullo!

La teniente acercó una caja plana sin tapa y Maistroff levantó de ella las medallas, prendió una a cada pecho de la fila, y les ofreció su mano y sus felicitaciones. Rick quiso pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. Después de que Maistroff lo condecoró, estiró el cuello para tratar de ver mejor la medalla.

Cuando la ceremonia de revista terminó, Rick dejó la habitación. Encontró a Roy Fokker que lo estaba esperando, hecho todo sonrisas y radiante como un hermano mayor orgulloso.

—Buen movimiento, Rick.

Ellos se dieron las manos y se abrazaron.

—Todavía no puedo creerlo —dijo Rick.

—¿Campeón civil aficionado por ocho años seguidos y todavía no te acostumbras a los premios? —Roy se rió—. Bajemos a mi oficina un minuto.

Mientras caminaban se actualizaron sobre los acontecimientos de los días pasados. Ya en la oficina, Roy hizo que Rick se sentara en una silla y se ubicó detrás del escritorio que estaba frente a él. Abrió un cajón, retiró algo y se lo arrojó a Rick.

Era una caja de cuero plana y pequeña. Rick la sopesó y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Vamos, ábrela —la sonrisa de Roy era enigmática.

Rick abrió la tapa: las barras de teniente yacían sobre la almohadilla de terciopelo verde.

—Te ascendieron, Rick.

Teniente Rick Hunter.

Rick le pidió a Roy que se lo dijera para poder acostumbrarse al sonido.

—Teniente Rick Hunter.

Rick mostró su aprobación con un asentimiento con la cabeza. Sonaba bien. Después cambió su atención a la información que contenían los expedientes que Roy le había dado.

Te voy a asignar a dos subordinados a tu mando.

Parte del material del expediente resplandecía en la pantalla del monitor del escritorio de Roy: CABO BEN DIXON: 378 HORAS EN SIMULADOR DE VUELO Y 66 HORAS REALES. CLASE A. MAXIMILIAN STERLING: 320 HORAS EN SIMULADOR DE VUELO E IGUAL CANTIDAD DE HORAS REALES. CLASE A.

Mientras escuchaba, Rick tocó distraídamente la medalla al valor que estaba prendida en su chaqueta.

—Estos tipos son novatos, Roy.

—¿Ahora eres el viejo veterano? —Roy asomó su mandíbula.

—Bueno, yo volé en más misiones que estos dos.

—Para mí tú no eres muy diferente a ellos, Hermano Menor. Tú has volado más que algunos pero mucho menos que la mayoría de nosotros. Es demasiado pronto para que te pongas pretencioso.

Rick lo pensó con pesar. Se sacó la medalla y la observó. ¿En

realidad qué es? Sólo algo que me haga sentir bien cuando vuelva a salir como carne de cañón.

Roy se había levantado para contestar un llamado en la puerta, y cuando Rick levantó la vista se encontró a sus dos nuevos subordinados dando un paso al frente y saludando formalmente para presentarse.

Dixon, el más grande de los dos por casi treinta centímetros, era musculoso y agresivo. Tenía una melena de pelo marrón indisciplinada que se levantaba de su cabeza como llamas atrapadas en un marco congelado. Tenía una nota de arrogancia, pero de alguna forma la suavizaba su risa ronca autosatírica. Sterling, por el contrario, era de modales ligeros y voz suave. Pero aún así había algo falso sobre su humildad. Llevaba el pelo largo con flequillo irregular que caía continuamente frente a sus anteojos de aviador. Era inusual conocer a un piloto con la vista dañada, y Rick dedujo que los talentos de Sterling tenían que superar las desventajas que causaba una visión menos que perfecta.

Rick acusó recibo de sus saludos y Roy hizo las presentaciones informales. Pero después de varios minutos de bromas Rick estaba empezando a sentirse incómodo con estos dos nuevos subalternos, y aprovechó una pausa en la conversación para excusarse. Pronto empezaría la fiesta de cumpleaños de Minmei y él quería encontrarla sola por al menos unos cuantos minutos. De todas formas, cuando Ben y Max expresaron su interés en acompañarlo, Rick reconsideró sus opciones: presentarse en la fiesta de Minmei con las nuevas barras de teniente y dos subordinados a la rastra de seguro le haría ganar algunos puntos. Por lo menos eso le mostraría a ella que sus superiores lo veían como responsable y serio, incluso si ella eligiera no hacerlo.

De esta forma los tres dejaron lo de Fokker juntos, intercambiando historias y buscando cosas en común. Pasearon por ciudad Macross, fueron a varios puntos en el camino y no mucho después se hicieron rápidamente amigos.

Macross era una experiencia diferente cada vez que Rick la visitaba. Los antiguos residentes —personas nacidas en los cuarentas y cincuentas—, decían que habría tomado generaciones construir lo que los ingenieros y el personal Robotech hicieron en

una semana. Todo esto se debía a los avances tecnológicos que trajo la llegada de la *SDF-1*. Parte de la ciudad había sido «creada» a través del uso de la Emulación de Video Extendida —la gente se alimentaba de ilusiones como en una película de principios de siglo—, pero la mayor parte era ahora una metrópoli real y pulsante. En realidad ninguna ciudad de la Tierra podía jactarse de tener un parque con vistas que igualaran aquellas que tenía el Central de Macross. Allí no te quedabas mirando a las estrellas desde una banca; estabas entre ellas.

Los tres pilotos VT estaban a pocas cuadras del Dragón Blanco cuando varios «lechos de muerte» pasaron rugiendo —enormes vehículos de carga que acarreaban los restos de los cazas Veritech dañados en la batalla para que los reciclaran. Sin materia prima, los técnicos de la *SDF-1* tenían que volver a usar todo.

Rick miró ligeramente a sus nuevos camaradas y estudió su reacción ante los desperdicios que pasaban. Su humor alegre se había desvanecido. Los pilotos de los cazas se reciclaban de igual forma, se dijo a sí mismo.

—Ahí está toda la verdad acerca de la guerra —dijo Rick señalando a los lechos de muerte.

—No quiero terminar así —dijo Max.

—Mientras yo esté cerca no tienes nada de que preocuparte. — Ben resopló su risa.

El teniente Rick tenía un discurso improvisado en la punta de la lengua, pero decidió dejar pasar la observación de Dixon. Pronto Ben se daría cuenta por sí mismo.

La máquina de la guerra los masticaría y los escupiría. Sólo se podía dar lo mejor y esperar que las ventajas estuvieran a tu favor.

«Suerte» era un término al que los zentraedi no estaban acostumbrados; su lenguaje no contenía palabras que la definieran y su perfil psicológico no albergaba tal concepto.

Khyron había sufrido un contratiempo. Eso no tenía nada que ver con el azar o las probabilidades. Había fallado porque había

escuchado a Breetai y había desatendido sus propios instintos. Eso no sucedería otra vez. Este enemigo era impredecible. Cuando era ventajoso presionar el ataque, ellos se retiraban; cuando hubiera sido sabio usar todo el poder de fuego de la nave de Zor, ellos en cambio confiaron en los pequeños cazas. Y lo peor de todo era que ellos parecían valorar la vida por sobre todo lo demás. Tarde o temprano Khyron tendría que explotar ese miedo a la muerte que ellos cargaban.

Había nombrado a un nuevo segundo al mando para reemplazar a Gerao, quien ahora estaba en confinamiento solitario por haber fallado en detectar las contramedidas micronianas en la base abandonada. El pálido rostro plano de su segundo estaba en ese momento en la pantalla del monitor del cuartel de Khyron.

—Pero, milord —estaba diciendo el segundo—, ¿qué pasará con la reacción de Breetai a nuestros ataques continuos? Él dejó en claro...

—¡Olvídate de él! ¿Te atreves a cuestionar mi autoridad?

—¡No, milord! —el segundo saludó.

—Nos enfrentaremos a esa nave a nuestra manera. Ahora presta atención: Breetai nos ordenó juegos de guerra. Esta es la forma que él tiene para humillarme por nuestros fallos. Pero nosotros vamos a poner esta situación a nuestro favor. ¡Vamos a tomar esa nave aunque eso lleve todas las piezas de mecas que queden en la armada zentraedi!

Las cosas estaban calladas en el puente de la *SDF-1*, demasiado calladas para que le gustara a Claudia Grant. La nave había estado en una órbita profunda alrededor de Marte por apenas una semana, pero esa semana se sintió como la eternidad. Y en todo ese tiempo Lisa había intercambiado apenas tres palabras con Claudia, o con cualquiera de los otros del puente. Algo le había sucedido allá abajo a Lisa, pero ni siquiera Claudia pudo sonsacarle algún detalle. De seguro era algo relacionado con Karl Riber. Claudia supuso que él debió haber sido un gran tipo para tener a Lisa en el limbo durante

ocho años. Para la mayoría de la tripulación de la nave y la población de ciudad Macross, el planeta rojo aportaba algún sentido de estabilidad y centralización, pero para Lisa era un continuo recuerdo de una pérdida, una órbita de dolor.

El enemigo los había estado atacando continuamente durante la pasada semana, determinado a evitar que hicieran algún progreso hacia la Tierra. Pero todavía faltaban dos semanas para la ventana de lanzamiento de regreso a la Tierra, así que ellos permanecerían aquí sin importar qué. Ahorrarían combustible, harían reparaciones y usarían la gravedad de Marte para que los arroje hacia la Tierra cuando llegara el momento adecuado. Sin embargo, habían intentado mantener al planeta entre ellos y el enemigo; hasta ayer, cuando las unidades de reconocimiento de largo alcance informaron que un contingente considerable de naves enemigas había bajado a una órbita interior cerca de la luna marciana Fobos. El enemigo estaba haciendo un sándwich con la fortaleza entre sus fuerzas. Claudia estaba preocupada, y el continuo silencio y malhumor de Lisa no estaba ayudando en nada.

Claudia tenía en su mano algo que pensó que podría romper el temperamento distraído de su amiga: era una comunicación de la oficina de Maistroff que listaba las nuevas promociones de campo. El nombre de Rick Hunter estaba en la lista. Claudia le puso el listado en la palma de la mano izquierda. Tal vez la furia era justo lo que el doctor le había ordenado.

Se acercó sigilosamente a Lisa cuando ella agarró el mensaje.

Lisa lo aceptó sin interés y pasó la vista por la corta columna. Claudia vio como cambió su expresión cuando registró el nombre. Lisa arrugó el papel y golpeó con ambas manos el tablero del indicador del radar.

—¡No puedo creerlo! ¡Sólo... no puedo creerlo! ¡Es increíble!

—¿Qué pasa, Lisa? —Claudia todavía se hacía la tonta, y no de manera efectiva.

—No seas modesta conmigo, Claudia. Viste la lista. ¿Cómo puede Hunter clasificar para una promoción a líder de grupo?

—Eh, veamos. —Claudia se golpeó el mentón—, creo que estuvo envuelto en una clase de operación de rescate...

—Esa es una cuestión de opiniones, Claudia. Oh, oh...

Lisa tenía la vista clavada en la pantalla del radar y jugueteaba con las perillas de los controles. Claudia se le acercó.

—¿Qué pasa?

Ella estaba trabajando con los diales, tratando de sintonizar algo.

—Creo que no debí golpear esta cosa tan fuerte... todo es estática.

—Trata de cambiar a los soportes de reserva —sugirió Claudia.

Lo hizo, pero la estática continuaba.

—Voy a pasar todo esto por el análisis de la computadora —dijo Lisa.

Las dos mujeres esperaron a que el sistema exhibiera el diagnóstico. Ellas contuvieron el aliento cuando apareció: era un patrón de interferencia.

—Ponnos en alerta amarilla —dijo Lisa con un entusiasmo nuevo—. Notifica a los grupos VT que se reporten a sus cazas y queden en espera.

Las cosas en la fiesta de Minmei iban de mal en peor, y la sirena de la alerta amarilla que sonaba en las calles de ciudad Macross, para Rick sonó como un aplazo de la condena.

Para el momento que él y su nueva tropa llegaron a la fiesta, el restaurante ya estaba atestado. Además de las veintenas de defensores Veritech y los varios amigos de Minmei del mundo del espectáculo, el alcalde y sus secuaces andaban dando vueltas. A veces Rick tenía la impresión de que el alcalde Luan tenía algún plan secreto para Minmei, como si ella fuera algún proyecto favorito o un arma secreta que él iba a desatar sobre el mundo. Minmei, vestida para matar con su túnica mandarín violeta, estaba en su mejor papel de mariposa revoloteando de mesa en mesa y era el centro de atención, sin importar en qué lugar de la habitación se encontrara. Fue dura con Rick por llegar tarde. Para peor, él había olvidado buscar un regalo. Ella quedó debidamente impresionada con las nuevas barras de teniente, pero un instante después quedó

deslumbrada por el tímido Max, y en ese preciso momento estaba cantando una canción con él en el acompañamiento en guitarra. Y el alcalde no facilitó en nada las cosas cuando vino hacia Rick y le advirtió con un murmullo conspirador que no perdiera de vista a Minmei: —«Ella parece bastante atraída por tu nuevo cabo, Rick»—, como si él pudiera influenciar en lo que ella hiciera o adónde fuera.

Rick rápidamente se aisló, se puso de mal humor e incommunicativo, inclusive cuando la órbita de Minmei pasó por su mesa, o cuando los guiños desde el otro lado de la habitación eran para establecerlo como una alguna clase de cómplice de su acto. Rick se mantuvo cerca del ligeramente intoxicante ponche y mantuvo la vista baja durante la mayor parte de la noche.

Pero en ese momento sonó la alarma.

Y todos los aviadores apuraron sus tragos y corrieron hacia la puerta, dejando sola a Minmei, con su canción sin terminar y su centro de atención robado por la guerra. Y aunque Rick no podía aprobar su petulancia y su comportamiento caprichoso, no pudo evitar que su inocencia y su ingenuidad lo conmovieran. Él quería correr hacia ella y prometerle que esta guerra se terminaría pronto, y que sus sueños se harían realidad. Pero lo mejor que pudo prometerle fue regresaría más tarde con el regalo que tenía para ella. Le dio su pañuelo para que se secara las lágrimas de su rostro, y ella le rodeó el cuello con los brazos y le agradeció con un abrazo.

—¿Qué haría yo sin ti, Rick?

Él se soltó de su abrazo; Max y Ben lo estaban llamando desde la puerta hexagonal haciéndole señas para que se pusiera en marcha... ¡después de todo había una batalla que pelear, una guerra que continuar!

—Vamos, teniente, no queremos dejar esperando al enemigo, ¿no?

Rick miró a Ben y sintió la urgencia repentina de estrangularlo.

No —pensó—, no debemos dejarlos esperando.

Capítulo 8

Ahora hay que proclamar las razones de los fracasos de Khyron. ¿Fue derrotado en cada ocasión por las Fuerzas Terrestres, o de hecho fue derrotado por sus propios comandantes? Lo retiraron tantas veces estando al borde del éxito; tantas veces con la victoria al alcance de la mano. ¿Por qué no le permitieron llevar las riendas? Otra vez existe un amplio desacuerdo entre los comentaristas que trataron el tema. Gordon (junto con varios de sus discípulos psichistoriadores) quiere convencernos de que Dolza y Breetai desentendieron tanto las tácticas de Gloval, que creyeron que él habría destruido la nave antes que permitir que cayera en manos zentraedi. Incluso el propio Exedore dijo que: «... la rivalidad había hecho pedazos al alto mando zentraedi. A esta altura, el contacto continuo con la iniciativa humana había alentado tendencias competitivas desconocidas y ciertamente incomprensibles en los propios comandantes. Dolza, Breetai, e incluso Azonia (quien tenía razones propias para comportarse de otra forma) estaban imitando inconscientemente una emoción que nunca habían experimentado. "Por la mayor gloria de los zentraedi" ya se había convertido en una frase arcaica».

*Rawlins, Triunvirato Zentraedi: Dolza, Breetai,
Khyron.*

A Rick, Ben y Max —el recientemente formado Grupo Black—, se

les ordenó posiciones defensivas en el Cuarto Cuadrante, cerca de la fortaleza y demasiado lejos de la pelea principal como para que a Dixon le agradara. Estaba ansioso por meterse de lleno en ella.

Debajo de ellos, entre la *SDF-1* y Marte, los escuadrones Skull, Red y otros se estaban enfrentando a los pods enemigos. Desde su punto panorámico Rick podía ver con dificultad un entretejido de luz de láseres entrecortado por los breves destellos esféricos de muerte, pero la mayor parte de la información le llegó vía la red de comunicación aérea. Esta estaba comenzando a sonar como que los muchachos tenían al enemigo en retirada; de hecho, los reventones explosivos parecían indicar que los pods habían retrocedido hasta posiciones más cercanas al borde planetario.

Cuando los intercambios continuaron disminuyendo en tamaño y frecuencia, Rick comenzó a preocuparse de que Gloval estuviera dejando que los VTs volaran directamente hacia una trampa, o peor, que hubiera ordenado una acción ofensiva contra una de las naves nodrizas. A pesar de todo, Dixon ya estaba listo para unírseles.

—¿No podemos meternos en algo de eso? —quiso saber.

—Tenemos órdenes —le contestó Rick secamente—. Ahora quédate cerca de mí y mantente alerta.

Gloval estudió el despliegue de los pods y los Veritech en el tablero de captación del puente de la *SDF-1*. El enemigo estaba intentando algo nuevo. En vez de asaltar a la fortaleza, tal como era su rutina habitual, ellos mantenían la distancia, tal vez por temor a que hubieran reparado el arma principal.

Si sólo ese fuera el caso, pensó Gloval. Pero cuanto más estudiaba la pantalla, más receloso se ponía. El enemigo no estaba dando la espalda para evitar la batalla. Gloval sacudió la cabeza con asombro. ¿De verdad lo creían tan tonto? Era obvio que esperaban alejar a los VTs de la fortaleza para poder abrir un segundo frente.

Estaba listo para dictar una orden de repliegue cuando nuevos datos verificaron su presentimiento.

—Tenemos una fuerza de ataque de pods enemigos en nuestra popa —anunció Vanessa.

Gloval ordenó que se llamara a la fuerza Gladiator, y se le pidió al Dr. Lang que desviara la energía suficiente desde los escudos para

armar a las baterías principales de popa. La segunda ola enemiga se estaba acercando desde el relativamente desguarnecido Cuarto Cuadrante, donde el Grupo Black de Hunter estaba en patrulla defensiva. Las tripulantes del puente se prepararon para prestar asistencia cuando este sector se mostró en la pantalla.

Rick recibió el comunicado del puente y momentos después tuvo al equipo de asalto enemigo en la pantalla del radar de su cabina.

—Están llegando visitas —le dijo Max a Ben—. Mostrémosles cómo tratamos a los aguafiestas.

Vigilados por el centro de mando del puente, los tres pilotos Veritech llevaron a sus cazas hacia los pods que avanzaban. Todavía estaban demasiado lejos para visualizarlos, pero Rick pronto se enfrentó a aquellos puntos característicos de luz explosiva que señalaban el bombardeo láser.

Un picosegundo después los rayos llegaron hasta ellos. Rick les ordenó a sus hombres que comenzaran maniobras evasivas para disminuir el embate de la descarga. Algunos de sus propios circuitos ya estaban fritos, pero no era nada por lo que necesitara preocuparse.

Y después visualizaron a los pods: sólo había una docena de ellos, incluyendo a un Pod de Oficial. Llegaron al cuadrante disparando las armas, y el Grupo Black estaba listo para ellos.

—Voy a volar en círculos alrededor de estos tipos, teniente. Sólo míreme —le dijo Ben a Rick.

Dixon disparó un puñado de buscadores de calor e intentó virar. Pero el enemigo lo había adivinado y dos de los pods lo siguieron y se ubicaron a ambos lados de su meca, bien adentro del cono letal.

—Ábrete camino a través del bandido de las siete en punto, Ben —gritó Rick en la red—. ¡No te hagas el listo, van a atraparte en su fuego cruzado!

Dixon se dio cuenta de que estaba en problemas y pidió ayuda. Los dos pods estaban prácticamente sobre él soltando la energía de los rayos de partículas hacia su equipo de propulsión. Un Veritech solamente podía soportar unos pocos segundos de esto, y por último las moléculas se alterarían y la nave se despedazaría. Ben se quemaría vivo.

Rick encendió sus propulsores traseros, encontró a uno de los

pods en su retícula y soltó dos misiles. Estos atraparon al pod en su punto más débil, justo donde la tapa de la cabina se engoznaba al cuerpo principal de la esfera. La cubierta se abrió con la explosión, la atmósfera se escapó y el piloto en su interior se aferró frenéticamente a sus controles. Pronto la cosa sin vida quedó flotando sin rumbo fuera de la arena.

El segundo pod todavía le estaba dando calor al caza de Dixon, pero el piloto comenzó a desistir cuando se dio cuenta de que ahora era él el que estaba superado en número.

—Yo te voy a salvar el pellejo, Ben. Sólo retrocede cuando te lo ordene.

Cuando Rick aureoló al avestruz, gritó:

—¡Ahora!

Su pulgar bajó fuerte sobre el gatillo del Hotas (timón y acelerador manual), y dos misiles se soltaron de sus guarniciones. Chocaron contra el pod y lo volaron en pedazos.

Rick buscó a Max con la vista mientras Ben le daba las gracias. Había mucha actividad hacia su derecha y Rick pronto se dio cuenta de que Max estaba en el centro de ella.

El cabo había cambiado a modo Battloid y estaba usando el cañón Gatling para eliminar un pod tras otro, ejecutando maniobras que Rick nunca antes había visto. Max empujaba al Veritech en reveses que Rick nunca habría creído posibles. Había escuchado de pilotos que podían entregarse completamente al estado alfa, pero nunca había visto algo como esto con sus propios ojos.

—¡Mire como lo hace! —estaba gritando Dixon en la red.

Max tenía presentimientos, ojos en la nuca, un sexto sentido... los mecas enemigos ni siquiera podían acercársele. Eliminó al último de los del grupo de asalto y Rick de inmediato lo felicitó.

—Estoy feliz porque pude ayudar —fue la humilde respuesta—. Ahora les mostraré algo que aprendí en la escuela de vuelo.

Rick estaba pasmado: Max literalmente estaba a punto de darles una charla a él y a Ben sobre una maniobra. Era bastante difícil controlar las complejidades del sistema de armamento Veritech y responder a las demandas del meca, ¡pero para dejar que algo supere al movimiento, dejen sola al habla humana!... Pero aquí estaba Max, explicando cada movimiento mientras iba tras dos

nuevos rivales. Hizo que el enemigo lo siguiera, después giró repentinamente y disparó sus propulsores como para ir directamente hacia ellos disparando sus armas. Los dos pods quedaron eliminados, junto con un tercero que había aparecido del lado de babor de Rick sin avisar.

La mandíbula de Rick se aflojó.

—La llaman Señuelo de Fokker —dijo Max—. Tienes que confundirlos. ¡Y cuando te estén buscando, surges detrás de ellos y los golpeas en la espalda!

Al mismo tiempo Lisa Hayes apareció en la red regañando a Rick por su pobre tiempo de respuesta. Él ofreció como excusa a los dos pilotos inexpertos que tenía con él, escuchándose a sí mismo mientras observaba a Max ejecutar un despliegue de movimientos.

Pensó que tal vez esta era una de las ventajas de ser un oficial superior: metes la pata y puedes echarle la culpa a tus hombres; tienes éxito y sus victorias serán las tuyas.

Khyron estaba observando el progreso de la batalla desde su Pod de Oficial. La estrategia de distracción no estaba funcionando exactamente como esperaba, pero había abierto unos cuantos agujeros en el perímetro defensivo de la fortaleza. Habían atraído exitosamente a la mayor parte de los mecas enemigos lejos de la nave de Zor, y a aquellos pocos cazas que quedaban los estaban eliminando rápidamente. El segundo grupo de asalto había eliminado el aguijón de las baterías principales de la *SDF-1*, y eliminaron a los mecas que habían despachado para disminuir sus ataques. Ahora era el momento del golpe de gracia: el grupo elite especial de asalto de Khyron arremetería contra la fortaleza y pondría un fin a este juego.

Era casi tan fácil...

Rick escuchó la voz de Lisa Hayes a través de sus audífonos.

—Las fuerzas enemigas han atravesado nuestras defensas en el Tercer Cuadrante. Usted es nuestra única esperanza, Líder Black.

—Estamos en camino —le dijo Rick.

Ben estaba lejos al frente recuperando el tiempo perdido con un fuego continuo, poco del cual fue efectivo. Rick le advirtió que no desperdiciara sus municiones. Max, mientras tanto, sacó dos pods de la cola de Rick y le preguntó si estaba bien disparar cuando no era un desperdicio. Rick ignoró la broma y les ordenó a Ben y a Max que se separaran, esperando que ellos pudieran dividir a las unidades enemigas.

Sólo unos pocos de los Phalanx y de las armas de corto alcance de la *SDF-1* pudieron darles cobertura, y la mayoría de ellos habían recibido algunos daños. Los Destroids y los Gladiators flotaban sobre la nave como pedazos de escombros, echando chispas mientras derivaban hacia el olvido.

Rick, que ya se estaba estirando hacia la palanca del modo B, le ordenó a su equipo que cambiara a Battloid. Él vigiló mientras los alerones de cola del caza de Max se plegaban hacia abajo y las alas se deslizaban completamente hacia atrás para fijarse en su lugar. Después todo el tren de aterrizaje e incluso los propulsores gemelos traseros se movieron hacia abajo y adelante, basándose en unas enormes clavijas ubicadas debajo del módulo de la cabina. Mientras las cubiertas del propulsor trasero se plegaban para convertirse en los pies del Battloid, las mitades del fuselaje ventral se separaron entre sí y se desplazaron hacia fuera para formar los brazos. Las manos salieron de unos compartimientos blindados. Dentro del meca, en este momento el asiento de Max se estaría levantando sobre un eje que reubicaría al piloto en el interior de la cabeza... la que un minuto antes era la burbuja del arma láser del tren de aterrizaje. El propio caza de Rick estaba pasando por los mismos cambios. A veces podía sentir que su propio cuerpo reaccionaba, como si unas manos invisibles estuvieran trabajando sobre él.

Reconfigurados de esta forma, los tres miembros del Grupo Black aterrizaron sobre el casco de la *SDF-1* y apuntaron sus Gatling hacia los pods enemigos que llegaban. Ben se negó a retroceder y le gritó palabrotas a los avestruces cuando estos se acercaron. En un

principio se ubicó con su cañón en alto cerca de las armas de un Phalanx dañado, pero para hacer tiro al blanco con un bandido que se acercaba dio un paso hacia el descubierto, justo en el momento en que un segundo llegó volando por detrás y lo hizo caer con una ráfaga que atrapó al Battloid de lleno en la espalda. Rick retrocedió y trató de comunicarse con él por la red.

—¿Ben, estás vivo ahí adentro?

Dixon contestó débilmente; estaba herido, pero de alguna forma se las había ingeniado para sobrevivir al golpe.

Rick se le estaba acercando para prestarle una mano cuando varios pods aparecieron sobre el horizonte de la nave. Las balas transuránicas de alta densidad del Gatling bajaron a dos. Otros dos soltaron sus cohetes sin efecto y se movieron rápidamente hacia arriba, pero el Pod de Oficial que los lideraba parecía determinado a seguir mano a mano con él. Esa fue la segunda vez en ese día que Rick tuvo que presenciar maniobras increíbles.

El Pod de Oficial —que por sobre sus piernas no era esférico como los otros, sino algo alargado y con forma de pez, con brazos gemelos «mano-armas» y cañones de caño largo montados en lo alto del peto—, jugó con él, esquivando cada uno de sus tiros como si el piloto de su interior pudiera leer la mente de Rick. El pod saltó sobre una torre de control y bajó detrás de él; Rick se dio vuelta y disparó, pero el enemigo ya estaba en el espacio otra vez y cayendo en picada, con las piernas con pezuñas balanceándose adelante y atrás, y disparando balas con sus manos-armas.

El meca de Rick recibió varios golpes en el torso y después la explosión resplandeciente de un proyectil trasquiló el brazo derecho del Battloid. Rick pensó al vehículo dañado agachado sobre una rodilla cuando el pod se acercó para terminarlo. Cuando este estuvo dentro del alcance, hizo parar al Battloid y utilizó el cañón inservible para batear a la cosa. Conectó el golpe y mandó al avestruz en una barrena que lo hizo chocar contra la superficie de la nave sin uno de sus propios apéndices de cañón.

Los dos mecas quedaron frente a frente a una distancia de casi 200 metros... como un enfrentamiento en una calle del lejano oeste. Rick trabajó frenéticamente en los controles tratando de desviar la energía desde los sistemas principales de mecamorfosis hacia el

arma principal, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Clavó la vista fuera del visor facial de la cabina del Battloid al mismo tiempo que el enemigo que manejaba al Pod de Oficial levantó el cañón del brazo que le quedaba y se preparó para disparar...

A bordo de la nave capitana zentraedi, le informaron a Breetai de la batalla que se estaba desatando contra la *SDF-1* en violación directa a sus órdenes. Él corrió desde su barraca hasta la burbuja de mando, donde Exedore lo esperaba mirando con un fastidio creciente las imágenes que se movían a través del campo del rayo proyector.

—Es como lo temía, comandante. Khyron tomó las cosas en sus propias manos una vez más.

Breetai se quedó parado con los brazos en jarras observando la acción mientras que los relámpagos explosivos se reflejaban en su placa facial.

—¿Así que esta es la idea de Khyron de juegos de guerra? —bufó Breetai—. ¡Otra vez tiene la osadía de desobedecer mis órdenes!

—Yo sugiero que lo repleguemos... antes de que logre destruir la nave.

—Ese estúpido, yo se lo advertí. —Breetai se dio vuelta—. Usa el nebulizador para sobrecargar los sistemas astrogacionales de su fuerza de ataque. Le sacaremos esta ofensiva de su mando.

Exedore se movió hacia los controles del nebulizador.

—Listos para iniciar a su orden.

—¡Ahora! —le gritó Breetai a la pantalla.

Las luces de advertencia brillaron en el puente de la *SDF-1*. Los sensores estaban recibiendo unas lecturas de energía de un grado extraordinario. Astrogación e ingeniería informaron de fluctuaciones peligrosas en el manejo de los sistemas; era como si se

hubiera perdido todo el control.

Mientras tanto, sobre la corteza de la nave, Khyron le estaba apuntando al Battloid de Rick.

De repente el comandante zentraedi sintió que el pod se rendía ante un poder superior, y supo de inmediato lo que había sucedido: Breetai los estaba replegando. ¡Al borde de la victoria, y el tonto los estaba replegando! Él no podía hacer nada; el nebulizador incluso había neutralizado el sistema de armamento del pod.

—Este afortunado piloto microniano vivirá para pelear otro día —dijo Khyron para sí mismo cuando el Pod de Oficial se elevó involuntariamente de la corteza de la nave de Zor. Pudo ver que el Battloid levantaba la cabeza en un gesto de admiración o asombro, y sólo pudo adivinar cuál era la reacción del piloto en el interior.

Rick iba a recordar sus sentimientos más tarde, pues por el momento estaba demasiado aturrido para analizar sus reacciones.

En la sala de situación post misión todos ellos informarían la misma cosa: que los pods habían abandonado su ataque y despegado repentinamente, como si les hubieran dado alguna clase de señal de repliegue.

Mientras que el Dr. Lang trataba de buscar la causa de las extrañas lecturas que había recibido y Gloval se preguntaba por qué el enemigo había detenido su ataque, el teniente Hunter tuvo una sesión privada con sus dos nuevos subalternos en la galería del comedor del *Prometheus*.

Ben tenía la cabeza vendada. Viéndolo por el lado positivo, parecía ser que finalmente uno de esos disparos había metido en la dura cabezota del cabo que la discreción era la mejor parte del valor. Por el otro lado, Max, al que se le acreditaban por lo menos nueve bajas, se regodeaba con autoadulación, preguntándose sólo a medias en broma si el alto mando no terminaría ascendiéndolo de cabo a general de la noche a la mañana.

Todavía sorprendido por lo que había visto realizar a Max durante la batalla, Rick se encontró con que el respeto por su camarada piloto estaba dañado por sentimientos de celos. Pero estaba demasiado exhausto para lidiar con eso; sólo le quedaba la energía residual suficiente que lo llevara hasta su barraca. Ya estaba pensando en gatear hasta su litera y cortejar al sueño.

Una hora más tarde se paró en la puerta de su habitación y se estiró para golpear el interruptor de la luz. Dio un paso hacia adentro y sus ojos se clavaron en la cama y en la invitación que yacía allí con el sello pegado con forma de corazón todavía sin romper. Él gimió: ¡el regalo de cumpleaños de Minmei! Era como un mal sueño, como estar en el aire en tu Veritech y de repente darte cuenta que te habías olvidado de recargar municiones.

Rick comenzó a caminar por la habitación tratando de recordar la lista mental de posibles regalos que había confeccionado más temprano. ¿Qué eran... zapatos, joyas, ropas? Revisó su reloj: veintidós treinta. Sabía que no tenía oportunidad, pero tenía que intentarlo.

Tomó un ascensor vacío hasta ciudad Macross y recorrió de arriba abajo las calles en busca de una tienda abierta, maldiciendo a EVE a cada paso porque antes de estos amaneceres y atardeceres artificiales la ciudad había estado activa las veinticuatro horas del día. Ahora eras afortunado si te tropezabas con un lugar que servía hamburguesas pasada la medianoche. Después vislumbró a una máquina robo-expendedora en una esquina y la llamó. Él habría jurado que la cosa se dio vuelta y lo miró antes de salir corriendo.

—¿Por qué hicieron esto? —se preguntó Rick cuando salió a darle alcance. El humano y el robo-vendedor animado corrieron varias cuadras por las calles desiertas de Macross a altas horas de la noche, Rick gritándole, suplicándole, y por último maldiciéndolo. Pero el aparato se las arregló para dejarlo atrás.

Él recuperó el aliento y comenzó a dirigirse hacia la dirección del departamento de Minmei sobre el Dragón Blanco. Iba a tener que decirle algo... cualquier cosa menos la verdad: que había estado demasiado ocupado batallando con el enemigo para conseguirle un regalo. Por supuesto, había una posibilidad de que ella ya estuviera dormida. Tal vez sólo caminaría debajo del balcón de su departamento, vería si había algunas luces encendidas allá arriba...

Como si se lo hubieran señalado, ella vino hasta la ventana, lo vio allí afuera bajo la luz de calle, abrió las puertas del balcón y lo llamó.

—Rick, sabía que no lo olvidarías —miró su reloj de pulsera—. Te quedan cinco minutos. ¿Qué me trajiste?

Él comenzó a enredarse con las palabras.

—Bueno, mira, Minmei, sobre tu regalo, verás, yo estaba planeando... eh, es decir, lo que quise decirte antes...

Ella se rió.

—Vamos, Rick, no seas tonto. No me importa lo que me trajiste. Es la intención lo que cuenta. Ahora lánzamelo. Vamos.

Los brazos de Rick cayeron a sus costados en un gesto de total impotencia. Pero su brazo derecho encontró la caja que contenía la Medalla al Valor en el bolsillo de su pantalón. La sacó y la observó bajo la luz de la calle. El alto mando se la había dado para distinguirlo. Ella decía: Escucha, tú eres algo especial, tú has sido de gran ayuda para todos nosotros en esta guerra que estamos luchando; Lleva esto y camina orgulloso, lleva esto y que tus camaradas te reconozcan.

¿Entonces por qué no podía decirle lo mismo a ella? Al dársela, él le estaba diciendo que ella era realmente especial, que su bravura y valor estaban en su honor, que ella era su inspiración, la persona a la que él regresaba... la razón por la que él regresaba.

Cerró la tapa con un chasquido y tiró la caja hacia sus manos estiradas. Él no pudo ver su rostro lo suficientemente bien como para juzgar su reacción, y por un momento su silencio lo enervó. Pero cuando ella habló él estuvo seguro de que no había insinceridad en su voz.

—Rick, no sé si puedo aceptar esto. De verdad...

—Yo quiero que la tengas, Minmei. Ella... ella dice lo que yo no puedo decirte. Por favor, quédatela.

Ella sostuvo la caja contra su mejilla.

—Es hermosa, y me encanta.

—Feliz cumpleaños. —Rick sonrió.

Ella le sopló un beso y le dio las buenas noches con la mano.

Rick esperó hasta que las luces se apagaron y después caminó por las silenciosas calles de ciudad Macross. Los perros ladraron en la distancia y la risa se filtró por las puertas abiertas. Fue casi como la vida real.

Capítulo 9

Hay tantas cosas maravillosas que están sucediendo en mi vida que a veces es difícil creer que pueda seguir así. ¿Pero qué pensaría la gente de ciudad Macross de mí si les anunciara que quedarme atrapada en la transposición y aterrizar aquí afuera en el espacio fue una de las mejores cosas que me pudieron suceder? El restaurante de tía Lena y tío Max es un gran suceso; incluso el alcalde va a comer allí. Tengo tres canciones completas: «My boyfriend is a pilot» (Mi novio es un piloto), «Stagefright» (Miedo escénico), y «To love» (Para amar). Mi instructor de baile y mi técnico de canto me dicen que estoy haciendo excelentes progresos, y de verdad estoy pensando en mandar una solicitud para el concurso de Miss Macross. ¡Pero sé que nunca podrían aceptarme! Ese es un sueño demasiado intenso para que se haga realidad — ¡incluso para mí!... El único punto malo en este momento en mi vida es Rick, y no puedo saber qué hacer con él. Le debo mi vida, de verdad. Pero él quiere que yo sea algo que no puedo ser: una novia leal, tal vez alguien que esté contenta de vivir en la sombra. ¡Pero yo tengo mis propias sombras que ahuyentar!

Del diario de Lynn Minmei.

Como alcalde de ciudad Macross, Tommy Luan tenía muchas cosas con las que enfrentarse. Por mucho tiempo después de la transposición espacial abrigó el temor de que un día la población

fuera a despertar de la conmoción colectiva de esa experiencia y él se encontrara con un motín masivo en sus manos. Pero eso nunca sucedió. Eso probablemente fue una indicación de lo inmune que se había vuelto la raza humana a la tragedia; diez años de guerra global habían comenzado esa inmunidad, y la había sellado la llegada desde el espacio de la *SDF-1*, trayendo con ella la evidencia de formas de vida extraterrestre. Pero de cualquier forma, los residentes de ciudad Macross fueron una raza aparte desde el comienzo.

Tommy Luan había sido parte de la segunda ola de recién llegados en arribar a Isla Macross. La primera consistió mayormente en científicos y representantes militares de la recientemente formada Alianza de Unificación Mundial, el Dr. Lang y su grupo, Gloval, Fokker, el coronel Edwards y otros del portaviones *Kenosha*. Después le siguió la decisión de intentar la reconstrucción de la nave —de «la Visitante», como la llamaban—, y esto atrajo a numerosos grupos de técnicos quienes fueron los verdaderos padres fundadores de ciudad Macross. Luan fue uno de estos. Su especialización era la construcción —proyectos inmensos: puentes, rascacielos, hospitales—, ningún trabajo era demasiado grande. Pero la Guerra Civil Global puso fin a un período sin precedentes de crecimiento en los mercados de edificios, y como muchos otros, Luan quedó en la ruina y buscando trabajo. Solicitó un puesto en el proyecto Macross y lo aceptaron. Recibió un pase de seguridad y, una vez en la isla, se encontró ubicado a cargo de la construcción de viviendas para los técnicos y grupos de apoyo.

Así como la *SDF-1* comenzó a tomar forma, también lo hizo ciudad Macross. El continuo proyecto para descifrar y aplicar los principios de la Robotechnología se volvió lo más importante; Isla Macross se convirtió en el paraíso de los científicos de todas las disciplinas, para los pacifistas e idealistas desanimados por la incesante guerra, para los grupos militares del senador Russo y para la cadena de medios de apoyo que surgió para albergar, alimentar y entretener a estos grupos variados.

Tommy Luan construyó ciudad Macross, nadie habría estado en desacuerdo con eso; por eso cuando llegó el momento de decirle a ciudad Macross lo que era y elegir funcionarios, Tommy Luan ganó

fácilmente. Y cuatro años más tarde, cuando la ciudad había crecido hasta una población de más de 100.000, Tommy Luan todavía estaba en la cima.

Y ahora, meses después de la transposición, aquí estaba Tommy Luan todavía a cargo. El hecho de que la ciudad y la mayoría de sus habitantes habían sido rescatadas fue milagroso; lo que se le había hecho a la ciudad desde entonces lo fue igualmente. Por un tiempo fue como vivir en una bodega gigantesca; enormes conductos y tuberías por arriba, tabiques como horizontes y los espeluznantes sonidos de la nave penetrando en la ciudad. Había espacio suficiente para los 50.000 supervivientes, pero prevalecía una especie de claustrofobia colectiva.

Después sucedió el desastre que cayó sobre ellos durante la primera transformación modular y los continuos ataques contra la *SDF-1* por parte de su enemigo invisible. Pero ciudad Macross le había hecho frente a todo y ahora la nueva ciudad era una maravilla para contemplar. Construida en tres niveles que ascendían hasta el enorme domo que mostraba las estrellas, la ciudad tenía todo lo que había tenido en la Tierra... y mucho más. Había calles (incluso lomas), centros comerciales, autos y camiones eléctricos, un monorraíl, sistemas de ascensores y elevadores, varios cines, galerías, un anfiteatro, e incluso una estación de radio. Los ingenieros que produjeron EVE —Emulación de Video Extendida—, estaban experimentando con los cielos azules, amaneceres y atardeceres. Y pronto se inauguraría el Sistema de Transmisión de Macross.

Pero había algo importante que faltaba: no había noticias.

Excepto, claro, lo que se les permitía transmitir a la población referido a la guerra. Nacimientos y muertes; ningún crimen sobre el que hablar, ningún accidente de tráfico, nada de corrupción. No había una verdadera sensación de vida en el lugar; algo de temor y paranoia, pero nada de verdadera diversión o animación, lo cual fue precisamente la razón por la que el alcalde Tommy Luan dio un salto cuando la gente de Jan Morris se le acercó con la idea de llevar a cabo un concurso de Miss Macross.

Desde la transposición espacial la gente de Jan Morris —su agente, su empresario y su agente de publicidad, todos ellos junto

con la conocida estrella de Hollywood—, se habían convertido en residentes de ciudad Macross de la noche a la mañana. Ella había sido parte de un espectáculo de variedades organizado en los Estados Unidos y que recientemente había llegado a Isla Macross para tomar parte en la celebración del Día del Lanzamiento. Ahora ciudad Macross tenía al espectáculo completo en base permanente; además de Jan Morris había una banda completa, dos grupos de rock, dos humoristas y tres cantantes. El grupo de Morris presentó la idea del concurso de belleza con un verdadero entusiasmo humanitario: ciudad Macross necesitaba un poco de animación, y qué mejor forma de inaugurar la nueva estación de televisión que con un espectáculo para caerse muerto, lleno de hermosas mujeres y números de producción. Isla Macross se había estado preparando para un evento similar, pero lo que la gente de Morris proponía no era un concurso de belleza en el sentido tradicional del término —la gente de Jan era lo suficientemente lista como para no mostrar a su estrella junto a chicas de diecisiete años en una competición de trajes de baño—, sino más bien un certamen de Miss Popularidad basado en las contribuciones de cada concursante al espíritu y crecimiento de la ciudad transplantada. De la forma en que ellos lo habían planeado, Jan sería coronada con el título al final del espectáculo y todos se irían felices.

El alcalde había escuchado pacientemente sus planes formulando todo el tiempo algunas ideas propias. Era una idea maravillosa. —Ciudad Macross utilizaría el estímulo, cualquier excusa para reunirse detrás de un asunto que no era relacionado a la guerra—, pero él tenía sus propios motivos: era verdad que Jan, como muchos otros, había hecho su contribución para mantener alta la moral en la ciudad, pero como una actriz (y sólo una regular) en un mundo sin películas, ¿qué más podía hacer que volver a representar su pasado? Pero al haber atravesado la *SDF-1* la ventana de lanzamiento y al existir la posibilidad real de que la nave realizara la etapa final del viaje a casa, este era el momento de pensar en el futuro de Jan Morris como una propiedad comerciable. Después de todo, su audiencia en la Tierra de seguro había lamentado su pérdida, y casi seguro ya habían seguido adelante. Así que a menos que Jan Morris pudiera regresar a la Tierra distinguida

por parte de los otros 50.000 repatriados con un título como el de Miss Macross, su futuro como estrella quedaría desolado. Ella habría perdido su ventana de lanzamiento personal.

Con la publicidad correcta de seguro Jan Morris sería la candidata al título. Pero el alcalde Tommy Luan no quería ver que eso sucediera. Jan Morris era lo suficientemente digna, pero su imagen estaba completamente mal; ella representaba el pasado, y por otra parte no era en verdad una residente voluntaria de la ciudad. No, lo que ciudad Macross necesitaba era alguien a quien ellos pudieran nombrar como propio; no sólo una figura, sino una mujer joven que encarnara el espíritu de la aventura y la supervivencia, de la victoria y la esperanza.

El grupo de Morris siguió delineando sus planes, pero sin que ellos lo supieran, el alcalde ya había elegido a la ganadora.

¡Ella será perfecta! se dijo a sí mismo. Ella no sólo era de origen y ascendencia mezclada, agradable a la vista, atractiva y talentosa, sino que además ya era una celebridad menor por derecho propio. Por dos semanas ella y su joven amigo tuvieron que enfrentarse a penurias en las entrañas de la nave; fue la familia de ella la que reabrió el primer restaurante en la ciudad resucitada, el Dragón Blanco; y todos los aviadores la adoraban. Sí, ella sería perfecta, decidió el alcalde.

¡Lynn Minmei, Miss Macross!

Rick estaba almorzando con Minmei en Variaciones, un popular comedor del nivel superior de ciudad Macross, cuando ella le dijo sobre su ingreso en el concurso de Miss Macross. Ellos se habían estado viendo con frecuencia durante estos últimos dos meses. Por alguna razón el enemigo se había retirado y la nave iba en un curso que los devolvería a la Tierra en más o menos seis meses. En general las cosas habían estado saliendo bien, pero esta era la primera noticia definida que Rick escuchaba sobre el concurso reavivado, y se quedó sin habla. ¡Ya era bastante difícil compartirla con la mitad de la Fuerza de Defensa Robotech, y ahora ella estaba

a punto de convertirse en la propiedad pública de toda la *SDF-1*!

—Rick, por favor no te pongas así —respondió ella ante el silencio de él—. El alcalde se adelantó y me ingresó sin siquiera preguntarme. Y además, tú sabes lo mucho que esto significa para mí.

—¿Qué eres tú, su arma secreta o qué? Quiero decir, ¿qué hay de nosotros, Minmei? Quiero decir... oh, olvídalo, yo no sé lo que quiero decir.

Ella se estiró sobre la mesa y tomó su mano.

—Escucha, Rick, ¿estarás allí por mí? ¿Tú, Roy y los muchachos? Voy a necesitar toda la ayuda que pueda obtener.

Él miró dentro de sus ojos azules y empezó a sentir que la furia lo abandonaba. La sonrisa de él creó otra en el rostro de ella.

—Por supuesto que estaremos allí. Estaremos como patrulla de reserva esa noche, pero Roy podrá mover algunos hilos. De todas formas, vas a ganar ese concurso con facilidad.

—¿De verdad crees que tenga una oportunidad?

—Tú eres un caso asegurado —le dijo—. Tú eres nuestra arma secreta, ¿no lo sabes?

Después de que Rick dejó el restaurante Minmei pidió más té para ella y clavó la vista en los cielos azules experimentales de ciudad Macross.

Un caso seguro, pensó. Si sólo eso fuera verdad, si sólo ella pudiera tener la confianza que los otros tenían en ella. El alcalde, por mencionar a uno; él la trataba como si ya hubiera ganado el concurso y le hacía aumentar sus probabilidades viendo que ella tuviera el dinero suficiente para comprar un nuevo vestuario. ¿Pero qué oportunidad tenía ella contra chicas como Hilary Rockwell y Shawn Blackstone? ¡Sin contar a Jan Morris! ¡Eh, Jan Morris era su ídolo!

Las manos de Minmei cayeron sobre su regazo. Bajó la vista hacia su pollera de escuela de tela escocesa, al blazer y la corbata. Pensó que se veía como era en realidad: sólo una niña con grandes sueños. Una niña que necesitaba atención constante y estimulación, incluso cuando se odiaba por dar lugar a eso. Estaba en guerra con sí misma: una mitad débil, temerosa y llena de dudas sobre sí misma, contra otra mitad constantemente encantadora, vivaz y

confiada. La primera no podía sostener ni por un instante el sueño de que ella iba a ganar, mientras que la segunda parecía abrazarse a ese sueño como si fuera algo establecido... predestinado.

—Bueno, ¿acaso no es suficiente —se preguntó a sí misma—, ser parte de un concurso entre esas otras a las que admiraba?

La respuesta fue un atronador ¡no!

El anfiteatro de Macross (el Tazón de Estrellas, como se lo conocía cariñosamente), estaba localizado en el borde extremo de la bodega que contenía a la ciudad. Cuando planificaron el anfiteatro, los arquitectos e ingenieros Robotech aprovecharon íntegramente una depresión preexistente en el piso de la nave con forma de tazón y una enorme claraboya espacial en el techo sobre el lugar de construcción. El resultado fue algo tan cercano a un teatro al aire libre como se pudiera esperar al estar a bordo de una nave espacial. El Tazón de Estrellas podía contener a 30.000 personas sentadas, y la noche del concurso no se podía encontrar ningún lugar vacío.

El Sistema de Transmisión de Macross había trabajado largo tiempo y mucho para ubicar sus cámaras y que pudieran cubrir al máximo el evento. Si todo salía como lo planeado, los otros 20.000 residentes podrían ver el concurso desde sus tiendas, hogares, o desde cualquiera de los monitores que recientemente se habían instalado en las aceras de toda la ciudad.

El anfitrión del espectáculo era Ron Trance, un veterano de incontables espectáculos a beneficio y para el entretenimiento de las tropas durante la Guerra Civil Global. A Trance le habían solicitado que dirigiera la celebración del lanzamiento de la *SDF-1*, y había quedado atrapado en la transposición. Los siete jueces incluían al coronel Maistroff y al capitán Gloval, al editor del periódico, un antiguo ejecutivo de publicidad, y a tres funcionarios de la oficina del alcalde. Pero estos siete eran una simple formalidad... ellos les harían las preguntas a las concursantes y elegirían a las semifinalistas, pero no emitirían los votos finales. Esa votación quedaría para la gente de ciudad Macross. Cada asiento en

el teatro estaba equipado con un sensor que transmitía un voto durante la votación, y los que estaban en la ciudad podían emitir sus votos por teléfono o en cualquiera de varias docenas de casillas de votación.

El equipo que alentaba a Minmei estaba sentado a la izquierda de la pasarela central, en la sección media del anfiteatro. Roy y su Grupo Skull estaban allí, junto con los miembros del recientemente formado Vermilion, de Rick. Los otros escuadrones estaban diseminados por toda el área. El joven teniente estaba a punto de llegar.

El alcalde abrió el espectáculo, y después de unas cuantas fallas técnicas el concurso se puso en marcha. La orquesta tocó una pieza compuesta especialmente para el concurso, los láseres se entrecruzaron en el aire a través de un humo coloreado, los reflectores jugaron sobre el escenario y una serie de letras holoproyectadas se juntaron en lo alto para deletrear «¡Miss Macross!». Ron Trance hizo su entrada ante un aplauso atronador, bailando y cantando. Las cortinas se abrieron y las veintiocho concursantes se contonearon sobre el escenario en un simple desfile coreografiado. Se anunciaron los grandes premios: un contrato de grabación, una prueba de actuación y un nuevo avión turbohélice, «lo más reciente en mecas deportivos... destacando al nuevo poderoso motor a hidroturbina VA, diseñado por el propio Ikkii Takemi...».

Minmei estaba cómoda con su parte del espectáculo. No se había dado cuenta de que las luces brillantes al frente del escenario le hacían imposible ver a la audiencia, pero probablemente era mejor: así era más como un sueño, y ella sentía que tenía más control sobre la fantasía que sobre la vida real. Pero después, tras bambalinas, los miedos empezaron a apoderarse de ella. Toda la semana sus chaperones y grupos de apoyo la habían entrenado sobre cómo actuar durante las siguientes partes del evento, pero en ese momento no podía recordar nada de sus consejos. Por eso confió en las palabras del tío Max:

—Sólo sé tú misma.

Fue mientras todos daban vueltas para hacer los cambios de trajes para los tramos de equilibrio y preguntas del espectáculo

cuando ella vio a Jan Morris.

Minmei había estado tratando de encontrarla toda la semana, pero los agentes de Jan la habían mantenido inaccesible. Ella era la verdadera estrella del espectáculo, supuso Minmei, y allí estaba, una más de las concursantes, a unos cuantos asientos hablando con su empresaria. Pero ella era linda de verdad—de rulos rubios amontonados por una bincha a rayas blancas y negras, piernas largas, un hermoso vestido azul con rayas horizontales rojas y una sonrisa de un millón de dólares. Pero mientras Minmei superaba su timidez y se acercaba con lápiz y libro de notas en mano para pedir un autógrafo, no pudo evitar notar que Jan era mucho mayor que la mayoría de las muchachas y bastante más baja de lo que parecía ser en sus películas.

También estaba molesta por algo.

—Creo que te pusieron a la cabeza de la lista porque eres la única estrella —estaba diciendo la empresaria de Jan—. Pero hablé con ellos para que te llamaran al último.

—Oh, muchas gracias, Mary —la voz de Jan destilaba sarcasmo.

—Escucha, Jan, deberías saber que tú...

—¡Por favor, basta! —estalló la actriz—. Esto no es Hollywood. ¡Yo no pedí ir a los... planetas! O quedar atrapada en esta lata de sardinas sobredimensionada.

—¿Entonces por qué estamos haciendo esto? No tenemos que participar en esto, Jan.

Jan sólo se quedó mirándola.

—Esto viene con el territorio, cariño. Deberías saber eso. Quiero decir, algún día vamos a volver a casa, y no pienso representar a la estrella olvidada...

En ese momento levantó la vista y vio a Minmei parada allí.

—¿Y ahora qué? —murmuró Jan.

—Disculpe, señorita Morris, yo soy una de sus mayores admiradoras y por eso me preguntaba si usted sería tan amable de darme su autógrafo. —Minmei empujó hacia delante el libro de notas—. Aunque me temo que esto es todo lo que tengo para escribir. ¿Estará bien?

Jan Morris la miró rápida y fríamente, y declinó casi al borde de las lágrimas. Mary intervino antes de que Minmei pudiera

disculparse.

—Si quieres un autógrafo de una verdadera estrella, consíguete un verdadero libro de autógrafos. —Jan Morris se puso de pie, y ambas se alejaron.

Minmei quedó aturdida por el encuentro, pero no tuvo tiempo para pensar en eso: el escenario central la estaba llamando.

Rick llegó al anfiteatro justo a tiempo para alcanzar a ver la gran entrada de Minmei. El sistema de tránsito masivo de ciudad Macross estaba tan embotellado que tuvo que venir en bicicleta desde su barraca. Se sentó en el balcón con los binoculares apuntados hacia la pasarela.

Minmei lucía una toga mandarín de seda con caída tejida a mano color lavanda, vestido que había pertenecido a su abuela y que habían modificado para que le sentara bien a la esbelta figura y las largas piernas de la chica. La túnica tenía un cuello redondo simple, un bordado sin defectos sobre el hombro izquierdo y tajos reveladores. Usaba zapatillas al tono y tenía collares de perlas cultivadas color rosa en su cabello trenzado y peinado con rodetes. Rick pensó que ella lucía fantástica cuando caminó hacia el punto brillante para esperar las preguntas de los jueces.

—Podría decirnos sus pensamientos sobre la guerra y las necesidades de ciudad Macross, sus esperanzas para el futuro, sus ambiciones...

Rick estaba tan cautivado por verla a ella que no prestó mucha atención a las respuestas de Minmei, pero justo en ese momento Gloval le hizo una pregunta relevante.

—¿Tiene algún novio formal entre todos los pilotos de guerra que usted cuenta como sus amigos?

Rick esperó cada una de sus palabras.

—No creo que esté lista para eso en este momento. Quiero decir, creo que es mejor tener un montón de amigos diferentes.

—¿Usted encuentra difícil tener amigos varones? —continuó el coronel Maistroff.

—¡Para nada! —se rió Minmei—. De hecho tengo un verdadero buen amigo que es como un hermano para mí.

Rick se palmeó en la frente con la mano. ¡¿Un hermano?! ¡¿UN HERMANO?! Y justo en ese momento, mientras Minmei recibía el

aplauzo, sonó su buscador. Levantó los ojos hacia la luz de las estrellas y se preguntó quién lo estaba llamando esta vez.

Capítulo 10

Roma no se construyó en un día... ¡Ciudad Macross sí!

Alcalde Tommy Luan.

De no haber sido por el concurso de Miss Macross, yo nunca me habría embarcado en el viaje que me llevó a la iluminación... un viaje que espero los guíe a través de las páginas que siguen. Fue sólo después de que abriera mi corazón a la Primera Verdad —que la belleza y la fama no sólo eran transitorias sino ilusorias—, que mi alma estuvo lo suficientemente preparada para aceptar la profunda sabiduría de los cielos: el conocimiento de que somos nada menos que las semillas del jardín cósmico, el potencial al que se dio forma y la voluntad de evolucionar, ¡los verdaderos niños de los seres estelares de noble luz!

Jan Morris, Semillas solares, guardianes galácticos.

Cuando finalmente se escribieron los relatos de la Primera Guerra Robotech, ni uno de los muchos cronistas fallaron al señalar el curioso giro del destino que hizo precipitar el concurso Miss Macross. La palabra «ironía» aparece seguido en aquellos relatos, pero la ironía es una apreciación que se otorgó después del hecho y, en el caso de Lynn Minmei y la parte que ella vendría a representar en las hostilidades, era un

término demasiado simple y suave.

Exedore ya no podía dejar que sus crecientes preocupaciones sobre los micronianos quedaran en silencio. El patrón Tritani se estaba tejiendo otra vez, y aunque no era costumbre zentraedi mirar hacia atrás, la aplicación de lecciones del pasado en ese momento era esencial. ¡De otro modo el cuadrante seguramente caería ante los vengativos Invid!

Justo cuando los eventos se habían calmado un poco —Khyron estaba temporalmente domado y Dolza había emitido una orden que le proporcionaba a la *SDF-1* una breve supresión de la ejecución —, los terrícolas demostraron una vez más su gusto por lo impredecible.

Estaban emitiendo desde la fortaleza dimensional unas extrañas e incomprensibles telecomunicaciones. Exedore había pedido que el comandante Breetai se encontrara con él en el puente.

Las señales visuales y de audio se transmitían en una onda de relativamente baja frecuencia; en el mejor de los casos la recepción era intermitente. Pero si hubieran sido fuertes y continuas habrían sido igual de desconcertantes para el comandante zentraedi y su consejero. Lo que ellos vieron eran imágenes de hembras micronianas sufriendo lo que parecía ser una metamorfosis inusual, llena de raros cambios de color y una alarmante falta de cualquier secuencia de causa-efecto. Breetai y Exedore miraron fijo a la pantalla y se miraron uno al otro con miradas confundidas.

—«Concurso... Miss... Macross...». ¿Qué significa eso, Exedore?

—Entiendo las palabras individuales, comandante, pero el significado de eso se me escapa.

—Tal vez un pedido de refuerzos.

—No, comandante. La señal es demasiado débil para ser eso.

Breetai experimentó un momento de inquietud. ¿Había pasado por alto algo importante en las leyendas... algo sobre un arma secreta que poseían los micronianos, una habilidad innata para conquistar a todos los que los amenazaban?

—Debemos descifrar este código, sea cual fuere. ¿Tuviste éxito en tus esfuerzos por enseñarles a nuestros agentes la lengua microniana?

—Tanto éxito como se podía esperar, comandante. Ellos no son...

—Prepara una de las naves de reconocimiento Cyclops. Dile a tus operarios que queden en espera.

—Milord —dijo Exedore y retrocedió.

Mientras que su consejero salía para llevar a cabo las órdenes, Breetai estudió la pantalla; había algo perturbador en aquellas hembras parcialmente vestidas y extrañamente coloreadas, había un poder en ellas que lo traspasaba como una antigua flecha.

Por más regulados que fueran los zentraedi, todavía había clases individuales de personalidad, y los tres agentes elegidos para conducir la nave de reconocimiento Cyclops probarían ser tan fundamentales en el desarrollo de los acontecimientos como el propio concurso Miss Macross. Al mando de la embarcación con forma de arácnido estaba Rico, un guerrero flaco y de hecho tuerto, de cara delgada y descarnada, pómulos prominentes y rasgos cincelados. Bron, un poderoso hombre carnoso de cabello rojo grasoso, era el navegante, y a cargo de las comunicaciones estaba Konda, un segundo teniente indefinible de cabello hirsuto color lavanda bien arreglado según las modas actuales de la Tierra.

Se les había dado una asignación peligrosa: debían llevar al Cyclops lo suficientemente cerca de la nave de Zor como para monitorear y grabar las curiosas transmisiones micronianas, y al mismo tiempo evadir la detección. Pero Rico era un piloto de reconocimiento experimentado y pronto ubicó bien al Cyclops para la recepción. Pero no estaba preparado para lo que encontraron sus ojos (ni lo estaría en mucho tiempo): aquí había un macho microniano que usaba una extraña clase de aparato frente a sus ojos y que sostenía en su mano un artefacto igualmente raro que al parecer lo dirigía hacia... ¡una hembra! ¡Una hembra sin ropa, además! Y-y los dos parecían estar realmente juntos... ¡en el mismo espacio!

—¡Esto es inconcebible! —gritó.

Bron y Konda estaban igualmente horrorizados.

Rico ajustó los controles de grabación para aumentar la imagen del monitor.

—Ella debe estar usando alguna nueva clase de armadura.

Bron no estuvo de acuerdo: la armadura solamente cubría las caderas y los pechos de la hembra; eso no tenía sentido.

—Tal vez sólo esas sean las partes vulnerables de una hembra microniana —propuso Rico.

—Esa no es para nada una armadura —dijo Konda—. Es un uniforme formal.

Bron negó con la cabeza.

—Los dos están equivocados. Eso ni siquiera es una hembra. ¡Esa debe ser un arma secreta diseñada para lucir como una!

Rick Hunter se estaba perdiendo la competición en traje de baño.

Maldijo su suerte y refunfuñó para sí mismo mientras se ceñía dentro del módulo de la cabina del Battloid blindado. ¿Por qué tuvo Henricks que elegir esta noche para enfermarse, y por qué tuvo que aparecer el nombre de Rick Hunter en el tope de la lista de patrullaje?

Ya había tenido una discusión con la comandante Hayes: —«Como primer refuerzo de patrullaje usted debió haber permanecido en la base, teniente Hunter, ¡y no salir corriendo hacia un estúpido concurso de belleza!»—, y ahora Minmei se iba a decepcionar porque él se perdió su gran momento.

—¡Esto apesta! —le aulló a los técnicos que estaban manipulando las grúas y servos del módulo. Ellos tenían un ojo fijo en poner en posición al módulo de Rick, y el otro pegado a los monitores sintonizados en la transmisión de Miss Macross: sin duda Lisa Hayes y las tripulantes del puente estaban haciendo lo mismo. Mientras tanto Rick Hunter tiene que salir al espacio y buscar una nave enemiga que captaron los sonares de largo alcance.

¡Solo!

Pero si esta era la forma en que tenía que ser, entonces iba a

salir a patrullar con estilo, y el Battloid blindado era justo lo que necesitaba.

Todavía clasificada como experimental, era la última innovación de la División de Armas Robotech. Además de los armamentos y sistemas defensivos estándar del diseño fase uno, el Battloid estaba equipado con una nueva generación de propulsores y retropropulsores —el llamado paquete de aumentación de espacio profundo—; tenía lanzadores «pectorales» de múltiples cabezas armadas y una armadura eyectable platinada en bario en aquellas áreas que anteriormente los chicos de la DAR (división de armas Robotech) consideraron «vulnerables a penetración».

Rick pasó un momento familiarizándose con los nuevos controles. Menos pedales, eso era una ventaja. Un nuevo diseño de Hotas —el timón y acelerador manual—, mejoró el ADF y el ADI, antes totalmente inútiles en el espacio; un indicador de posición horizontal: —¡Ja!—; y un TED de tres pantallas, surtido con una biblioteca actualizada de las firmas de naves extraterrestres. Rick se caló la «gorra pensante» y pensó al meca haciendo algunas maniobras simples. Después lo hizo caminar con cuidado hacia el atracadero del *Prometheus* y se lanzó desde la fortaleza.

Esto era otra vez patrullaje en el espacio profundo, Marte era sólo un recuerdo. Pero se ganaba una cierta seguridad con la vista del Sol refulgiendo brillante en los cielos. Aquí afuera casi se estaba empezando a sentir como el patio de casa.

Rick encendió el poderoso paquete de propulsores y se relajó en el asiento acolchonado, fijándose en las coordenadas que le suministró el puente. Se pensaba que la nave enemiga era una nave de reconocimiento que patrullaba los límites exteriores del alcance de los sensores de la *SDF-1*.

El tono de comunicación sonó en su auricular y el rostro de Lisa Hayes apareció en la pantalla de comunicaciones izquierda. Según su aspecto estaba molesta por algo. De hecho, estaba lívida.

—¿Teniente Hunter, quién le dio permiso para sacar el Battloid blindado? Se supone que usted debería estar volando en encubierto, no en enfrentamiento.

A medida que las palabras de la comandante brotaban Rick se encogía.

—Disculpeme, señor, pero estoy solo aquí afuera, enfrentándome con algún...

—¡Discutiremos eso más tarde, teniente! Prepárese para recibir nuevas coordenadas.

Rick cambió el ADF de cerrado a en espera, pero la transferencia de datos quedó incompleta. Las pantallas se apagaron y el monitor de repente se convirtió en líneas de estática y nieve. Incluso el audio se estaba poniendo inestable. Rick escuchó algo sobre «comidas rápidas de Zenny». Rick giró la perilla para sintonizar automáticamente.

—Alguna clase... e interferencia —estaba diciendo Lisa—. Voy a... mbiar... inducción láser. En espera.

El rostro de Lisa se desvaneció y desapareció, y lo remplazaron las formas curvas de Sally Forester caminando por la pasarela del Tazón de Estrellas con un traje de dos piezas amarillo.

Bueno, bueno —pensó Rick relajándose otra vez—, lo último en técnicas de entretenimiento para el piloto de guerra cansado.

Después Lisa volvió a conectarse por un momento y le dio instrucciones para que se conectara al canal D-3. Intentó con eso, pero la recepción de video parecía estar fija en las transmisiones del STM.

Mala suerte —se dijo Rick mientras se frotaba las manos y sonreía ampliamente. Ahora era Hilary Rockwell, luciendo exquisita con su traje azul. Iba a ser una decisión difícil—. Casi es más fácil estar aquí arriba.

Y después Minmei estuvo en escena.

Ese fue verdaderamente uno de los sentimientos más extraños que Rick había experimentado en mucho tiempo: aquí, él estaba en el espacio, y allí estaba Minmei con su traje de baño. Cuando su ánimo comenzó a mejorar el meca respondió. ¡El Battloid prácticamente estaba haciendo piruetas en el espacio! Pero el buen humor iba a tener una corta vida: ¡las pantallas de la consola estaban titilando salvajemente, no por la alegría contagiosa, sino por los misiles buscadores de calor que estaban fijos en su cola!

Rápidamente Rick comenzó una acción evasiva e instruyó a los sistemas de reserva para que lanzaran fantasmas. Las cámaras traseras le dieron un paneo de sus mortales perseguidores —un

grupo de A-A—, y casi seguro que los sonares habían captado, registrado y catalogado a la embarcación enemiga. Un esquema se formó en la pantalla de comunicaciones de babor, perfiles, vistas de frente y de costado, sistemas de armas, puntos vulnerables, respuesta sugerida. EMBARCACIÓN DE RECONOCIMIENTO: CLASE CYCLOPS.

Rick disparó los propulsores e hizo que el Battloid se luciera presionándolo para que diera todos sus esfuerzos mientras los buscadores de calor seguían achicando la brecha. Demasiado para los fantasmas. Preocupados por su propia supervivencia, los sistemas de alarma rompían su concentración gritando instrucciones. Él apagó el suministro de audio interior y miró dentro de sí mismo para sintonizarse. Un sudor frío manó de él. Pensó al meca hacia la izquierda, derecha, arriba, abajo y en cualquier dirección excepto a la deriva. Los misiles todavía estaban con él.

Y durante todo el tiempo Minmei desfilaba por sus tres pantallas. ¡Ellas estaban mostrando sus medidas, por el amor de Dios!

Rick estaba guiando a los misiles en una alegre cacería, pero una que iba a tener un final muy desafortunado si no sacaba algo de la galera... ¡pronto! El fratricidio era su única esperanza. Desesperadamente urgió al Battloid para que se pusiera frente a frente con los buscadores de calor y levantó el cañón del Gatling. Fijó el coordinador de proyección hacia el líder del grupo, ¡y disparó!

Minmei estaba parada en los bastidores, temblando. Pero cuando anunciaron su nombre y número de concursante toda la ansiedad pareció abandonarla; tiró hacia atrás los hombros, se paró derecha y alta, y se contoneó en el escenario. Sabía que lucía bien —su estrecho traje de baño color petróleo le quedaba perfectamente—, y dado a la reacción de la audiencia ante su entrada anterior, ella se figuró que por lo menos podría tener una posibilidad de obtener

una de las posiciones principales. Si sólo pudiera mantenerse entera por los próximos minutos...

Sus piernas estaban temblando. Ella se sentía muy inestable sobre los tacos altos; entendía la necesidad de ellos —agregaban altura y su agradable efecto en la postura del cuerpo—, pero no estaba acostumbrada a ellos. De todas formas logró llegar hasta el final de la pasarela sin incidentes. Había dado la vuelta y comenzado a regresar cuando sucedió.

Al pensarlo más tarde ella recordaría que el taco de su zapato izquierdo no tanto se soltó más que desapareció por completo, como si lo hubieran arrancado de debajo de ella. Pero en ese momento todo en lo que podía pensar era en la vergüenza y la agonía de la derrota. Dos funcionarios del concurso fueron hacia ella para auxiliarla y ayudarla a levantarse. Hubo algunas risas en la audiencia, pero principalmente preocupación. Y ella hizo lo mejor que pudo para mitigar aquello demostrando que era un soldado: mostró su mejor sonrisa y cojeó su camino de regreso hacia el centro del escenario. El aplauso no terminó hasta mucho después de que ella llegara hasta los bastidores.

Shawn Blackstone, quien se había convertido en su gran amiga durante el concurso, llegó rápidamente a su lado. Ella le dio poca importancia al incidente y dijo que no tendría ningún efecto en la votación.

—Eso les demuestra que eres humana, Minmei. No como ya sabes quién.

Ya sabes quién era Jan Morris, quien ahora estaba caminando por la pasarela ante aclamaciones y aplausos, mientras que Minmei miraba desde los bastidores. Jan está completamente controlada; ya había estado allí cientos de veces. Vestía un llamativo traje a rayas con un corpiño en cabestro, más osado y revelador que los que usó el resto de las concursantes... lo suficientemente revelador como para mostrar algunas estrías, notó Minmei.

Jan se paró abarcando el final de la pasarela; los tenía comiendo de su mano. Minmei no pudo mirar. Giró hacia un costado, el concurso había terminado.

Hora de despertar.

—¡Todavía no me han derrotado, idiotas! —gritó Rick a las estrellas.

La detonación de los buscadores de calor lo había sacudido y había quemado algunos de los circuitos del Battloid, pero él estaba intacto. Afortunadamente (y asombrosamente), el enemigo no había seguido con su ataque inicial. Y ahora era el turno de Rick. Tenía una fija en la nave y lanzó suficientes misiles como para eliminar una flota.

Dentro de la nave de reconocimiento Cyclops, los tres operarios zentraedi estaban tan traspasados por la competición en traje de baño que casi no reaccionaron ante el contraataque. En los monitores estaban todas esas hembras micronianas escasamente vestidas (con armadura o uniforme, depende de a quién escucharas), desfilando frente a una enorme audiencia. Tenía que ser una demostración de armamento; ¿por qué otra razón se reuniría tanta gente en un solo lugar?

Y una de las hembras se había caído. Sin saber si era parte de la ceremonia o no, los tres comenzaron a concentrarse en la que había caído para excluir a todas las demás. Algo se estaba agitando en cada uno de ellos... una sensación nueva, confusa como si la recordaran de una vida anterior, perturbadora pero extrañamente atractiva.

De hecho, le tocó a los misiles de Rick ponerlos en su sano juicio. El Cyclops recibió toda la fuerza de las explosiones y sufrió serios daños, pero el sistema de armas no estaba afectado. Rico ordenó tener visual de la fuente de los misiles y devolvió el fuego. Observó como el piloto microniano metía al Battloid en una serie de maniobras evasivas exitosas. Después, sin advertencia, el piloto soltó la armadura de la nave y arrojó al Battloid hacia ellos disparando con el cañón Gatling.

Rico reconocía una situación perdida cuando veía una; sacrificar la nave por la tripulación no era algo que normalmente se permitiera en el comando zentraedi, pero esta era una misión importante y Rico pensó que sería prudente hacerlo. Con el Battloid todavía acercándose, comenzó una secuencia de autodestrucción, y

después les ordenó a sus hombres que fueran a la cápsula de escape.

Rick encendió los propulsores de los pies dentro de la cabina del Battloid y guió las piernas del meca hacia delante. Se estaba acercando como un rayo hacia la nave enemiga, doblado en la cintura y los pies estirados frente a él.

Al hacer contacto con la nave de reconocimiento, se aferró y utilizó los pies para abrirse camino a las patadas a través de los atracaderos delanteros y entrar a la estación de control de la nave. Cuando levantó el cañón otra vez estaba sentado sobre la consola de instrumentos, pero para ese momento la tripulación ya había abandonado la nave. Puso de pie al Battloid y lo hizo caminar hacia delante con cautela. Una compuerta chasqueó al cerrarse en algún lugar, y de repente a su derecha se encendieron un grupo de monitores con el rostro de Minmei en cada una de la docena de pantallas.

Ella fue la última imagen en la mente de Rick cuando la nave explotó.

Los jueces eligieron cinco finalistas de las veintiocho concursantes; Minmei estaba entre ellas. Ahora estaban sentadas en el centro del escenario, Shawn y Hilary a la derecha de Minmei, y Sally y Jan Morris a su izquierda. Las barras de luz verticales unidas a la computadora del procesador de votos se elevaban detrás de cada una de ellas. Ron Trance estaba hablando. El gran momento había llegado.

—Y ahora, damas y caballeros... —Ron se contuvo un poco jugando con el suspenso, caminando de un lado a otro con el micrófono sin cable en la mano—. ¡Es tiempo para que ustedes decidan quién va a ser coronada Miss Macross! Así que prepárense para emitir su voto.

Hubo un momento de silencio de concentración antes de que Trance diera la orden. Después la orquesta comenzó un suave y lento redoble que acalló los murmullos de la audiencia y que iba a la par de la ascensión de las columnas de luz. Minmei quería con

desesperación darse vuelta, pero sentía que estaba pegada a la silla. La orquesta siguió emitiendo una modulación atonal que iba en un crescendo, la audiencia comenzó a aclamar y a gritar, las luces iban cada vez más alto...

Algunos de aquellos que fueron bastante afortunados de estar allí recordaron que Jan Morris se estaba levantando de su asiento cuando Ron Trance hizo el anuncio final. Pero fue a la silla de Lynn Minmei a la que se acercó, la mano de ella la que tomó, para ella la canción que él cantó.

Los recuerdos de Minmei sobre los hechos fueron más pobres que muchos; después, al ver los videos, por más que lo intentara no podía recordar sus pensamientos. Todo lo que ella recordaba era la capa que habían puesto sobre sus hombros, la corona que ubicaron sobre su cabeza, y el hecho de que cuando levantó la vista hacia la luz de las estrellas le pareció que unos ojos invisibles estaban puestos sobre ella, como si las propias estrellas hubieran cesado su movimiento para rendir tributo a su momento.

Rick estaba semi-inconsciente en la cabina del Battloid inutilizado que iba a la deriva. Los paneles de instrumentos dañados estaban parpadeando, llenando el pequeño espacio con luz estroboscópica. Unas lanzas de dolor se dispersaron a través de él mientras trataba de salir a flote. Una vez allí, una criatura beatífica apareció ante él y sintió un destello de esperanza. Tenía una sonrisa hermosa, una corona y una capa resplandeciente de muchos colores; llevaba un cetro y estaba parada alta y orgullosa...

Sin embargo, Rick Hunter tenía fuertes instintos de supervivencia. Se las arregló para estirarse hacia delante a través de su atontamiento y conectar los sistemas de socorro y autoconducción del meca. Llevar a cabo ese acto le devolvió el conocimiento por completo, y de inmediato se dio cuenta de que el Battloid todavía recibía transmisiones desde la *SDF-1*. El ángel que había visitado su visión no era otro que Minmei.

Lynn Minmei, ahora Reina de Macross.

Rick la observó mientras ella se rendía ante el público. Se acercó al monitor como si pudiera tocarla una última vez antes de que ella lo dejara atrás para siempre, una parte de algo que siempre sería más grande que ellos dos.

Rick dejó que su cabeza colgara hacia delante.

¿Qué tenía de bueno despertarse en un mundo en el que él nunca podría entrar?

Capítulo 11

«Tienes que ver las cosas desde nuestra perspectiva: una armada extraterrestre aparece en la órbita lunar y lanza un ataque contra Isla Macross, el lugar del proyecto de reconstrucción de la SDF-1; el capitán Gloval, la fortaleza y toda la isla desaparecen. Los extraterrestres persiguen a la nave y nos dejan en paz. Después pasa un año y Gloval hace contacto, informándonos que de repente está trayendo a la fortaleza de vuelta a la Tierra, junto con 50.000 personas que se suponía que tenían que haber fallecido durante una erupción volcánica. ¿Qué más se suponía que había que decirle al planeta? ¿Que unos extraterrestres gigantes habían atacado, y que podrían volver o no? ¡Y además de todo, Gloval todavía tenía a la armada en su retaguardia y estaba guiando al enemigo hacia la Tierra! Piensa en esto, ¿quién en su sano juicio le concedería permiso para aterrizar? Estarías invitando a la catástrofe...».

*Almirante Hayes, como se lo cita en Entrevistas, de
Lapstein.*

Llevaron Bron, Rico y Konda ante Breetai y Exedore para el informe. Habían escapado a la muerte a manos del as microniano, pero fallaron al regresar a la nave nodriza zentraedi con alguna información substancial referente a las inusuales transmisiones desde la *SDF-1*. Como consecuencia, sus vidas estaban en peligro otra vez.

Breetai observó a los tres operarios desde su ubicación alta sobre

el piso de la cámara de interrogación. El informe no estaba llevándolos a ningún lugar y él estaba tentado a ponerle fin, pero decidió darle una última oportunidad.

—Revisaremos esto otra vez. ¿Qué vieron?

Una vez más los tres comenzaron sus explicaciones simultáneamente.

—Ellos estaban usando trajes militares...

—Era armadura...

—De sólo verlos me dio una sensación muy extraña...

—¡Silencio! —aulló Breetai—. Es obvio que ninguno de ustedes sabe lo que vio.

Breetai cruzó los brazos sobre su pecho y giró hacia su consejero como respuesta al saludo de ellos. Exedore estuvo de acuerdo con su plan de mandar una segunda unidad de reconocimiento, pero fue más allá al sugerir que en este punto sería ventajoso capturar a uno o dos de los micronianos con vida.

—¿Con qué fin? —quiso saber Breetai.

—Para examinarlos, milord. Para determinar por nosotros mismos si ellos poseen cualquier conocimiento sobre la Protocultura.

Exedore susurró la palabra.

Breetai pensó en eso. Estaba dirigiendo sus pensamientos hacia las posibles reacciones del comandante en jefe Dolza, cuando otra discusión se desató a sus pies. Cada uno de los pilotos estaba seguro de lo que había visto. Era de lo más curioso: armadura, traje militar, arma secreta camuflada como una hembra microniana parcialmente vestida...

Breetai permitió que el altercado creciera un poco, pero lo detuvo cuando intercambiaron golpes físicos. Después dejó caer su enorme puño sobre la baranda curva del balcón.

—¡Suficiente de esto! Se les dio una asignación y la echaron a perder —hizo un gesto de desdiseño—. Regresen a sus barracas y esperen mi veredicto.

Los pilotos hicieron una reverencia y salieron, dejando a Breetai y a su consejero solos en la cámara. Exedore había adoptado una postura pensativa.

—Últimamente fui testigo de esta misma escena con demasiada

frecuencia, comandante. El contacto continuo con los micronianos ha amenazado la integridad de su comando. Nuestras fuerzas están confundidas y desmoralizadas.

—Tu punto está bien pensado, Exedore. Ellos están acostumbrados a victorias decisivas.

—Me temo que este juego «del gato y el ratón» nos va a debilitar, milord.

—Entonces tal vez ha llegado el momento de hablar con ellos.

—Estoy de acuerdo, comandante.

—Está bien entonces, considéralo hecho. —Breetai sonrió ampliamente—. Pero debemos ser persuasivos. Dudo que ellos se rindan de inmediato sólo porque se lo exijamos.

Un planeta estaba centrado en la pantalla principal del monitor extravehicular de la *SDF-1*. Incluso aumentado al máximo era imposible discernir cualquier detalle de la superficie; pero eso no hacía diferencia para los hombres y mujeres del puente, quienes tiempo atrás se comprometieron a recordar aquellos océanos, continentes y patrones de nubes distintivos. ¡La Tierra! Estaba más oscura de lo que ellos sabían que era a causa de los filtros que se usaban en los gigantescos telescopios reflectores, pero de todas formas era su hogar. Desde su punto panorámico el planeta estaba apenas a diez grados del disco solar, todavía del otro lado del sol, pero allí estaba: visible, casi palpable.

A no ser por los siempre presentes giros, zumbidos e indicaciones con los que la Robotecnología contribuía para avivar al puente, se habría podido escuchar caer al proverbial alfiler. Lisa Hayes, Claudia Grant, Sammie, Vanessa, Kim y el capitán Gloval... todos ellos estaban traspasados por la visión. Pero su silencio era resuelto así como ceremonioso. Acababan de dirigir una transmisión de radio hacia el cuartel del Consejo de Defensa de la Tierra Unida y ahora estaban esperando la respuesta.

De repente la estática chasqueó en los parlantes superiores; todos los ojos se clavaron en ellos, olvidándose de la pantalla

frontal.

—Capitán Gloval —comenzó la voz—, debido a la posibilidad de que nuestra seguridad pudiera quebrantarse y que los enemigos pudieran interceptar esta transmisión, no podemos darle la información que requirió sobre nuestros sistemas de apoyo actuales... Afortunadamente para nosotros, las fuerzas enemigas estaban más interesadas en seguir a la *SDF-1*, y por lo tanto, se les solicita que sigan manteniéndolos a raya y no regresen a la Tierra. Repito: no intenten un regreso en este momento. Eso es todo.

Esta vez las tripulantes del puente estaban demasiado abrumadas para hablar.

—Bienvenidos a casa —dijo Vanessa al final con seriedad.

—No puedo creerlo —dijo Claudia—. Esperan que nos quedemos aquí afuera y seamos sus señuelos mientras que ellos, ellos... oh, perdóneme, señor, hablé en mal momento.

El capitán Gloval no dijo nada.

—¿Es posible —se preguntó— que después de más de un año en el espacio, ahora rechacen a la *SDF-1*, que el consejo haya decidido ofrecerlos como sacrificio?

Gloval presionó las palmas de las manos contra su cara como para eliminar lo que su expresión pudiera traicionar. Era más que posible; era probable.

Once años atrás, cuando la exploración inicial de la recién llegada *SDF-1* reveló los cadáveres de extraterrestres gigantes, la Alianza de Unificación Mundial decidió reconstruir la nave y desarrollar armamento nuevo diseñado para defenderse contra este potencial enemigo. Era un ardid, pero en cierto grado tuvo éxito en unificar al planeta. Los combates durante este último año le dejaron en claro a Gloval que el enemigo había viajado hasta la Tierra para reclamar su nave. Qué era tan importante sobre esta nave en particular seguía siendo un misterio, pero era obvio que los extraterrestres la querían de vuelta sin daños. La transposición espacial que se emprendió aquel fatídico día había salvado sin darse

cuenta a la Tierra de otra devastación. Desde este punto, los Robo-técnicos habían cumplido con su trabajo: se había desviado un ataque extraterrestre.

Ahora Gloval estaba obligado a echarle una larga y difícil mirada a la situación actual a través de los ojos de los líderes de la Tierra y a través de los ojos del enemigo. Se presentaron varias posibilidades. El destino de la Tierra todavía podría pender de un hilo, sin importar si la *SDF-1* era capturada, destruida o entregada. Si los del Concejo estaban pensando de esta forma, entonces estaban trabajando en un sistema de defensa de armas inimaginable, y tiempo era lo que más necesitaban... tiempo que la *SDF-1* podía ganar para ellos. Pero si la nave era la principal preocupación del enemigo, tarde o temprano a los extraterrestres se les iba a ocurrir utilizar su mayor poder de fuego para mantener a la Tierra como rehén. ¿Y cómo alguien podría comparar la pérdida de 50.000 vidas con la aniquilación de todo un planeta?

Desgraciadamente, hubo algo en el breve mensaje que hizo que Gloval creyera que la Tierra ya los había borrado.

Cuando el capitán levantó la vista se dio cuenta que Lisa, Claudia y las otras lo estaban mirando, esperando que reaccionara.

Lleno de falsa confianza, se puso de pie y dijo:

—Cambiamos de curso.

Los zentraedi se habían acostumbrado tanto al comportamiento errático y a lo impredecible de los micronianos que casi no se sorprendieron cuando la *SDF-1* cambió de posición. Si antes estudiaban la situación y analizaban las implicancias estratégicas, ahora solamente alteraban sus planes de manera acorde. Y eso fue lo que sucedió en esta instancia en que el cambio de curso era tan fácil de acomodar.

Breetai y Exedore le comunicaron su plan de ataque a Grel, que actuaba como oficial de enlace para la Séptima División de Botoru... Breetai se negó a tener más relaciones directas con Khyron. Grel le transmitía la información a su comandante.

Khyron lo recibió en su barraca a bordo de su crucero de batalla. Había estado usando las hojas secas otra vez, un hábito al que se dedicaba en tiempos tranquilos, e ingirió una mientras Grel hablaba.

—¿Cambiaron de curso?

—Sí, milord. Ya volvieron a cruzar la órbita del cuarto planeta, y nuestros cálculos de curso los muestra acercándose al cinturón de asteroides del sistema.

—Hmm, sí, parece que le temen al espacio profundo. Prosigue.

—Mientras que los grupos de asalto Noshiran y Harmesta estén enfrentando al enemigo, nosotros tenemos que elegir un asteroide de forma adecuada y tamaño suficiente, y destruirlo. El comandante Breetai cree que los micronianos levantarán los escudos contra los escombros que se produzcan...

—Desviando la energía de la batería principal de su sistema de armamento para los escudos.

—Eso es lo que cree Breetai. Con su arma principal inoperable y sus Battlepods en batalla, la nave de Zor quedará indefensa.

—¡Y entonces nos acercamos para la matanza! —Khyron golpeó la mesa.

—No, comandante.

—¿Entonces qué?

—Tiros de advertencia hacia la proa de la nave.

—¿Qué?... ¿Sin pegarles?

—Después el comandante Breetai exigirá una rendición.

Una mirada de incredulidad cruzó por el rostro de Khyron. Tiró hacia atrás la cabeza y se rió.

—Esto huele a la mano de Exedore. ¿En qué puede andar pensando? Perseguimos a estos micronianos a través de todo este sistema estelar. Ellos saben que no destruiremos a la nave, ¿entonces por qué esperan que se rindan ahora? —los gestos de Khyron enfatizaron sus palabras—. Una exigencia debe ir respaldada por una amenaza de aniquilación.

—Estoy de acuerdo, comandante. Los micronianos demostraron una tenacidad notable. Ellos seguirán peleando.

Khyron pensó un momento.

—Suponte que ellos tuvieran que pelear con los ojos vendados,

Grel. Es decir, sin su radar...

—Pero comandante, nuestras órdenes...

—¡Al diablo con nuestras órdenes! No me preocupa Breetai.

Khyron se puso de pie y se acercó a su subalterno de forma conspiradora.

—Lo que necesitamos es alguien a quien arrojar ante el Comando Central. Alguien que quiera admitir un error táctico... un rayo láser mal encauzado.

—Entiendo, milord.

—Bien. Si nadie se ofrece de voluntario, usa tu discreción y elige uno... debemos tener cuidado de cubrir nuestras huellas, mi querido Grel.

Si el teniente Rick Hunter hubiera estado enterado de la decisión de Gloval de alterar el curso de la *SDF-1* (o si hubiera sido capaz de leer las estrellas), no se habría sentido tan desesperado al esperar que Minmei se apareciera sentado en una banca del Parque Central de Macross. Pero según lo que pensaba Rick, la Tierra estaba a sólo unos cuantos meses, y él tenía que ganarse a Minmei antes de que llegaran. A pesar de los 50.000 habitantes, Macross todavía se sentía como un pueblo chico; aquí tenía una oportunidad. Una vez que estuvieran en casa, la historia sería diferente.

De cualquier forma Rick no estaba del mejor humor. Todavía estaba ardido por su más reciente discusión con la oficial de vuelo Lisa Hayes, y ahora Minmei lo había dejado esperando por más de una hora. Revisó su reloj de pulsera contra el nuevo sol de mediodía de ciudad Macross.

—Un poco más de magia de los ingenieros de EVE y a nadie le va a importar regresar a la Tierra —se dijo a sí mismo.

Desde el concurso de Miss Macross Minmei había estado inaccesible. Verla requería prácticamente una cita formal, y en aquellas raras ocasiones cuando Rick pudo superar los obstáculos, su tiempo juntos fue breve e incómodo. Ella ni siquiera se había molestado en visitarlo en el pabellón de enfermos después del

encuentro de reconocimiento. Aún así el campo estaba libre, ella no estaba saliendo con nadie. La foto de ella adornaba las cabinas de muchos Veritechs, pero sólo Rick Hunter tenía acceso a la verdadera.

Volvió a revisar el reloj y miró alrededor del parque. Las tres conejitas del puente se le acercaron. Kim, Vanessa, y... no pudo recordar el nombre de la más joven. No tenía ganas de conversar con ellas, pero no había donde esconderse.

Ellas comenzaron con él:

—Bueno, hola, teniente Hunter.

—¿A quién está esperando?

—¿Tiene una cita?

—¿Hace mucho que espera?

—¿Ella es realmente hermosa?

—¿Más bonita que nosotras? —preguntó la jovencita.

Rick las miró bien, mientras que ellas tomaron posturas burlonas para beneficio de él. Todas ellas eran atractivas, especialmente la morena de shorts. Pero para él Minmei las vencía a todas. Eludió con gracia las preguntas siguientes y un momento después lo rescató un robo-teléfono que cruzaba el parque llamándolo. Cuando Rick le gritó, la máquina perseverante estaba discutiendo con uno de la banca vecina. Lo hizo una vez, después otra y otra más, añadiendo volumen a cada grito.

Finalmente el teléfono se le acercó e insultó a un inocente cuando dejó la banca vecino. Rick depositó una moneda y el rostro de Minmei apareció en la pantalla. Las tres mujeres se movieron detrás de él para mirar bien. Rick no escuchó sus reacciones de sorpresa cuando vieron a Miss Macross en la pantalla, y apenas devolvió sus saludos de despedida cuando se alejaron.

—... es que mi lección de canto se retrasó una hora y me temo que ahora no voy a poder ir —se estaba disculpando Minmei.

—Es genial, Minmei. La única tarde que no estoy de servicio y tú tienes lecciones de canto.

—Escucha, Rick, ellos decidieron hacer una sesión de grabación...

—¿Otra carrera nueva para la «Reina»?

La respuesta de Minmei quedó interrumpida. Ella le dio la

espalda a la cámara para responderle a alguien sentado en el piano. El tipo la estaba llamando para que volviera a practicar.

—Rick, tengo que irme —dijo Minmei y cortó la comunicación.

El robo-teléfono se alejó. Rick dio un paseo por el parque sin estar seguro de sentir furia o autocompasión. Estaba parado junto a la fuente central cuando sonaron las sirenas de advertencia de la ciudad. Una alerta general de condición, no de combate... una amenaza ambiental a diferencia de un ataque enemigo. La gente se estaba dirigiendo a los refugios, pero con una despreocupación tal que Rick estaba tentado a hacerle frente allí donde estaba.

Pero justo en ese momento la fortaleza recibió un golpe.

Rick perdió pie y cayó dentro de la fuente... esa fuente que aparecía con demasiada frecuencia cuando pensaba en momentos felices y en tiempos mejores. Pero ahora no tenía tiempo de nadar en las olas de los recuerdos o de la ironía. La nave recibía golpe tras golpe que hacía que ciudad Macross se sacudiera hasta sus cimientos, y ahora el sentimiento era de pánico. El «sol» desapareció y a la luz de las estrellas Rick pudo ver a un enorme pedazo de escombros planetario en curso de colisión con la nave.

—¡Suenen la alerta general! —ordenó Gloval mientras se agachaba para recuperar su birrete—. Denme las opciones de corrección de curso basadas en los datos actuales, y alerten...

El puente tembló con una fuerza tal que Gloval se cayó de su silla. Los fragmentos del asteroide reventado Pamir seguían su lluvia de muerte contra la nave. Las bocinas aullaron y los informes de daños manaron.

—Nuestro flanco de babor está llevando la peor parte, señor —dijo Lisa—. Macross se está sacudiendo seriamente.

—Está bien —dijo Gloval al ponerse de pie—. Concentren el escudo de energía allí. Desvíen la energía de las armas hacia el sistema de barrera de punta de alfiler. Y conéctenme con el teniente coronel de aeronáutica.

—Tengo comunicación con Líder de Skull —dijo Claudia—.

Informa que hay fuertes hostilidades en el Tercer Cuadrante. Está pidiendo apoyo, comandante.

—Negativo. Dale la situación de aquí. Dile que quede en espera para repliegue. En un minuto vamos a estar indefensos.

Cuando Gloval estaba asignando la corrección de las coordenadas del curso, Vanessa, Sammie y Kim entraron corriendo al puente. Las tres mujeres se ajustaron los cinturones y comenzaron a monitorear el estatus de los sistemas.

Fue el tablero de captación de Vanessa el que descubrió a las naves enemigas.

—¡Destructores enemigos! Se están ubicando en posición de disparo.

—¡Esos bastardos! —aulló Gloval—. Redirige la energía hacia el arma principal.

—Señor, ciudad Macross quedará destruida si bajamos los escudos —dijo Sammie.

—Tienes tus órdenes —le recordó Claudia a la joven técnica—. ¡Sin defensas no habrá ninguna ciudad Macross!

—¡Confirmación de signatures de disparos de rayos láser enemigos!

—¡Prepárense! —dijo Gloval.

Sin embargo no llegó ningún golpe. La *SDF-1* quedó rodeada por los relámpagos azules pero permaneció sin golpes, y Gloval no supo qué pensar de eso. Pero de repente eso se convirtió en una controversia: la nave recibió un terrible golpe directo. En el puente fallaron todos los sistemas. En poco tiempo la energía auxiliar devolvió a la vida a algunos. Gloval solicitó la tasa de daños de todas las estaciones.

Lisa informó la peor noticia: habían golpeado a la torre de control. Toda el personal del control del radar quedó eliminado.

Gloval ordenó que se detuvieran todos los motores.

La fortaleza dimensional se apagó. El enemigo había cesado el fuego, pero los trozos de roca seguían chocando contra ella. Los restos de la torre de control pasaron a la deriva ante los miradores frontales y laterales. Lisa desvió la vista de un cuerpo humano que flotaba sin vida en el vacío, de un Battloid con franjas rojas...

—¿Podemos conectarnos con Líder de Skull?

—Negativo, señor —dijo Claudia.

—¿Tenemos algún radar funcionando... tal vez de largo alcance?

—El informe de la unidad de reparación técnica está llegando —dijo Lisa. Ella escuchó durante un momento—. Estimados de diez horas para reparaciones de efecto mínimo.

Gloval no dijo nada y su silencio estaba poniendo nervioso al resto de ellas.

Los datos que llegaron a la estación de Sammie rompieron el atascamiento. Esta registraba un código, pero distinto a cualquier transmisión codificada con las que estaban familiarizados. Gloval le ordenó que la pasara por los parlantes. La siempre presente estática del espacio se infiltró en el puente, y después lo hizo una voz profunda, resonante, amenazante.

—En el nombre de las fuerzas zentraedi les ordeno que se rindan. El último ataque sobre su nave fue un anuncio de lo que haremos. No pueden escapar. Si desean salvar la vida de su tripulación, deben rendirse de inmediato.

—Dios mío —dijo Claudia—. ¡Son los extraterrestres!

—Repetimos —continuó la voz—, en el nombre de las fuerzas zentraedi les ordeno que se rindan. El último ataque sobre su nave...

Gloval escuchó cuidadosamente el mensaje.

—Los zentraedi —se dijo a sí mismo.

Al menos ahora sabía cómo llamarlos.

Capítulo 12

Fue sólo durante las etapas finales de la Guerra [Global] que se asignó a las mujeres a operaciones militares activas. Hasta ese momento las mujeres ocupaban posiciones de bajo nivel, pero cuando las bajas aumentaron unilateralmente entre los hombres, estas posiciones llegaron a ser de máxima importancia. De hecho, para cuando llegó la Primera Guerra Robotech esos puestos sólo los podían ocupar las mujeres. Es verdad, no había mujeres en el Consejo de la Tierra Unida, pero toda la tripulación del puente de la súper fortaleza dimensional, la SDF-1, era femenina. Se podría recordar los reclamos del feminismo referidos a que ahora las mujeres no sólo se sacrificaban gracias a los instintos agresivos de los hombres, sino que eran los instrumentos que los llevaban a cabo; o referidos a que las mujeres (especialmente en el caso de la SDF-1) habían cambiado los tradicionales platos y sartenes por los tableros y las consolas del puente. Pero aquellos reclamos no sólo simplificaban el tema, sino que difamaban a esas mujeres que contribuían con sus habilidades únicas al esfuerzo de la guerra. Lo que es más desconcertante es el hecho de que aunque las mujeres finalmente habían logrado su tan ansiado punto de igualdad, la Guerra Global había introducido un nuevo grupo de temas discordantes que ahora había que tomar en cuenta: había un respeto mutuo entre los sexos, pero también una continua evocación del mismo temor infantil de conocer y aferrarse al «lugar de uno

en el mundo». En términos de relaciones entre hombres y mujeres, las actitudes de la sociedad del siglo veintiuno evocaban a aquellas que prevalecían a mediados del siglo anterior.

Betty Greer, El post-feminismo y la Guerra Global.

La unidad de reconocimiento Ojo de Gato, escoltada por el Grupo Vermilion de Rick Hunter, despegó de la cubierta de vuelo del *Prometheus*. Los fragmentos del asteroide detonado estaban esparcidos por el espacio local.

Unas horas antes se les había ordenado que ganaran tiempo para el Consejo de la Tierra Unida, y ahora el capitán Gloval estaba ganando tiempo para la *SDF-1*. Tenían que averiguar el poder ofensivo del enemigo —el poder de los zentraedi—, y con el radar de la nave destruido eso sólo se podía lograr desplegando a la nave de reconocimiento.

Lisa Hayes estaba al timón... el antiguo piloto había sido una baja en la última ofensiva zentraedi. Su copiloto era un segundo teniente sin experiencia prestado por la Fuerza de Defensa Gladiator. La mayoría de los grupos de ataque de la compañía de aire habían despegado para custodiar a la seriamente dañada *SDF-1*, que ahora aparecía lisiada y mortalmente quieta en el monitor retrovisor del Ojo de Gato.

El teniente Hunter estaba en la pantalla frontal.

—Comandante —estaba diciendo—, es irónico que yo termine siendo su escolta, ¿no es cierto?

Lisa sabía a lo que se estaba refiriendo; menos de veinticuatro horas antes ellos habían tenido otra discusión.

Uno de los del escuadrón Vermilion había recibido un tiro y Hunter le informó al puente que iba a llevar a su grupo a casa. El piloto del VT golpeado sostenía que el daño era leve. Los sonares mostraban batallas constantes en el cuadrante de Hunter y sólo quedaba el Grupo Skull para tirar de la soga, por eso Lisa le negó el permiso para regresar.

—Yo seré el que juzgue eso —había dicho Hunter—. ¡Yo soy el líder del grupo y yo soy el responsable de la seguridad de mis

hombres!

Él después siguió sermoneándola sobre la dinámica de la lucha aérea, sobre como un daño aparentemente insignificante podía llegar a ser fatal, sobre como ella estaba sana y salva en el puente mientras que los bravos hombres de la fuerza de ataque VT estaban constantemente en peligro... y no se detuvo.

Ella lo descartó como fatiga de batalla. Pero en vez de dejarlo pasar, desahogó su propia furia y frustración. Después de todo, ella era su superior.

En ese momento Roy Fokker, el querido guitarrista de la Fuerza de Defensa, se metió a favor de Hunter. Ellos representaron su acto de gran hermano-pequeño hermano, y lo siguiente que Lisa supo fue que Fokker le ordenó al Grupo Vermilion que fuera a casa. De todas formas regañó a Hunter por hablar demasiado.

Si el incidente hubiera terminado allí ella ya lo habría olvidado. Pero entre los escombros espaciales que habían flotado frente a los miradores del puente después del ataque zentraedi había un Battloid inutilizado que ella estaba segura que era el de rayas rojas de Hunter. Ella incluso había imaginado (o mejor dicho, alucinado) que vio salir flotando el cuerpo sin vida de Hunter del módulo destrozado de la cabina...

Inclusive ahora esa imagen era demasiado dolorosa para recordarla.

Hunter la había rescatado en Marte. ¿Pero y qué? A él le habían ordenado que lo hiciera. Cualquiera de los pilotos VT habría hecho eso; sin duda eso no significaba que ella tuviera que sentir algo especial por el muchacho. Por supuesto que eso podría haber sido diferente si ella sintiera algo por parte de él, pero...

—Recibo a cuatro enemigos en el relativo cuatro en punto —le informó el copiloto.

—Los veo. —Lisa escuchó que dijo Rick.

—Ellos van a intentar un ataque sorpresa —dijo Ben Dixon—. Déjenme a mí.

—Negativo, Ben —se opuso Rick—. No los persigas. Vamos a quedarnos junto al Ojo.

Aquí va él, pensó Lisa. Lo estaba haciendo otra vez, la estaba haciendo sentir como si ella no pudiera cuidarse. La enfurecía con

su protección no solicitada. Ella continuó en la red táctica.

—Yo puedo protegerme, teniente Hunter. Persíganlos. Esa es una orden directa, ¿escuchó?

Hunter se quedó en silencio un momento y después dijo:

—Está bien, muchachos, ya escucharon a la mujercita. Vamos por ellos.

Los tres VTs del Grupo Vermilion rompieron formación y fueron tras los pods. El Ojo de Gato les retransmitió los datos de posición, pero los bandidos enemigos todavía estaban demasiado lejos para tener contacto visual. Rick pidió un aumento completo de sus pantallas de babor y estribor, y de repente allí estaban: armas erizadas y enormes propulsores con forma de pezuña radiantes en la noche perpetua.

—Los veo —dijo Max Sterling—. Allí voy...

Max y Ben, ambos ansiosos por pegar unas cuantas calcomanías de pods más en sus cazas, encendieron sus toberas y dejaron atrás a Rick. Rick se dio cuenta de que se estaba conteniendo por pensar en la seguridad de Lisa.

Maldita sea ella —pensó—. Permítele seguir adelante y que haga que la atomicen.

¿A él que le importaba? Sacudió la cabeza como para aclararla y metió a su caza en la pelea.

Un Battlepod se caló y lo fijó con sus láseres. Rick a su vez encendió sus propulsores de estribor y después disminuyó su velocidad frontal y se alejó de la signature láser. Al mismo tiempo soltó los buscadores de calor de popa, que atraparon al pod donde las piernas se unen al cuerpo esférico. Los pods eran altamente vulnerables allí, y este comenzó una barrena descontrolada cuando las piernas reventaron. Rick vio dos rápidos relámpagos por encima de él y pronto su caza quedó navegando a través de más escombros de pod.

Era fácil si te permitías pensar en los pods como los enemigos. Pero si recordabas que había un gigante humanoide de quince metros en cada uno de ellos, tu cerebro comenzaba a hacer cortocircuito. En modo Battloid, Rick se había enfrentado en dos ocasiones con guerreros zentraedi cara a cara. Y las dos veces se había quedado paralizado por el temor. A los Defensores Robotech

que se habían entrenado en la Tierra antes de la invasión se les había mostrado los esqueletos y se los había adiestrado para aceptar la realidad, pero Rick lo había tenido que aprender de la forma difícil. De todas formas, Rick era uno de los pocos hombres que de hecho se habían enfrentado a un zentraedi vivo y habían vivido para contarlo.

Los Battloids eran la conjunción perfecta de la mente y el mecha, y estaban adaptados de forma ideal para una guerra contra gigantes. ¿Pero cómo sería enfrentarse a un zentraedi sin el mecha? ¿Qué podías hacer en contra de algo de diez veces tu tamaño? En la biblioteca de la nave había un videocasete de una película de más de setenta y cinco años que trataba de un simio gigante que habían encontrado en una isla del Pacífico. El simio había aterrorizado a la ciudad de Nueva York de la misma forma en que posteriores mutantes y gigantes habían causado destrucción y confusión en Tokio. Pero había algo en esa vieja película... de alguna manera había podido comunicar el pavor y el terror que Rick sintió cuando se enfrentó a los gigantes. Recordó que había habido una mujer en esa película...

Cuando los Battlepods quedaron destruidos trató de contactarse por medio de la red táctica con el Ojo de Gato. Pero no hubo respuesta.

La nave de reconocimiento estaba en problemas.

En el ejercicio de su misión de reconocimiento, Lisa y su copiloto habían entrado en un área llena de enormes pedazos de lo que una vez fue el asteroide Pamir. Ellos estaban muy ocupados esquivándolos e informando al mismo tiempo la ubicación de los enemigos.

—Tenemos múltiples contactos de radar, recibiendo cuatro, cinco, seis, ocho, y doce grandes —dijo el copiloto.

Lisa observó a la manecilla del radar pasar a través de la pantalla de color brillante. Había algo enorme arriba de ellos. Tenía que medir más de quince kilómetros de largo. Posiblemente era un pedazo de Pamir, pero la forma era equivocada. Esta cosa era como una elipse alargada, que se afinaba en los extremos. ¡Tenía que ser una nave enemiga!

Ella comenzó a maniobrar al Ojo de Gato para tener una vista

más cercana, con la atención fija en la pantalla del radar.

Ella no vio la isla de roca espacial con la que chocaron.

El disco del radar se desgarró de la nave, y uno a uno los sistemas de supervivencia comenzaron a fallar. La parte delantera de la carlinga estaba dañada pero intacta. Sin embargo el copiloto no había sido tan afortunado; su cuerpo flácido flotaba en el espacio, todavía atado a la nave por la correa longitudinal del asiento.

«No hay atmósfera en el espacio» las palabras de Hunter volvieron a ella antes de que perdiera el conocimiento.

El daño más pequeño podía ser fatal.

Exedore observaba a su comandante caminar por el puente.

Los continuos contratiempos y derrotas a manos de los micronianos estaban comenzando a obtener su precio.

Cuando el rayo proyector se formó, se pudo discernir a la ahora mutilada *SDF-1* en medio del campo de asteroides. Los sonares indicaban que los cazas micronianos habían tomado posiciones defensivas en todos los cuadrantes anticipando una segunda ofensiva.

—Mira esa nave —dijo Breetai—. Fuimos afortunados de que sobreviviera al ataque.

—No gracias a Khyron. Esta vez fue demasiado lejos.

—Sí, muy lejos. ¿Y ves cómo reaccionan los micronianos a nuestras demandas de rendición, Exedore? Nos ignoran.

—Sí, comandante. Temo que ellos adivinaron nuestra estrategia. De hecho, hay una palabra para eso en su lenguaje... fanfarronada. Significa despistar o intimidar a través de la pretensión.

En el puente sonó el tono del enlace de comunicación, seguido por la voz de un oficial de guardia.

—Comandante Breetai, tenemos al comandante Khyron en espera.

Breetai disolvió el rayo proyector y golpeó el interruptor del comunicador.

—¡Conéctenlo de inmediato!

Khyron tenía su familiar expresión de leve aturdimiento. Exedore había escuchado rumores de que era adicto a la Flor Invid; si eso era verdad, Khyron era más peligroso de lo que Breetai pensaba.

—Estarás complacido de escuchar que el asunto ya se ha arreglado —estaba diciendo el Backstabber.

Después empujaron a un cadete asustado frente al campo visual de la pantalla. Sus dos manos esposadas se las arreglaron para hacer un saludo de pecho cuando Khyron le ordenó hablar.

—Comandante Breetai, yo tomo toda la responsabilidad por el rayo láser mal dirigido que destruyó la torre del radar de la nave de Zor. Mi puntería fue insegura y espero humildemente su sentencia.

El oficial dejó caer la cabeza con vergüenza.

Breetai miró fijamente a la pantalla con una mirada de incredulidad que rápidamente se tornó en furia.

—¿Khyron, me tomas por un completo idiota?

Khyron sonrió sarcásticamente.

—Completo no, Breetai.

—¡No has escuchado el final de esto! —gritó enfurecido el comandante de Exedore y apagó el enlace de comunicación. Reasumió su caminata al tiempo que un segundo mensaje entró al puente: habían capturado una nave de reconocimiento inutilizada por un choque con un asteroide y la estaban trayendo hacia la nave capitana.

—Así que después de todo algo de esta operación se salvó —se dijo Breetai. Escuchó que Exedore daba la orden de que todos los supervivientes tenían que quedar ilesos.

—Bueno, Exedore, parece que tendrás los especímenes que querías.

—Parecería que sí, comandante —contestó Exedore con precaución. Estos triunfos aparentes tenían un modo insoportable de revertirse.

A pesar de eso, Breetai y Exedore se apuraron a salir del puente y se dirigieron hacia los atracaderos. Estaban a medio camino de los ascensores del pasillo principal cuando un anuncio de la seguridad de la nave los hizo detenerse.

—Tres naves micronianas que perseguían a la nave de reconocimiento capturada se infiltraron en el área de bodegas de la cubierta inferior. Comandante Breetai, conéctese con el puente.

—¡¿Ellos se atreven a entrar en mi nave?! ¡Ahora me enfrentaré a ellos personalmente!

El comandante zentraedi comenzó a correr; Exedore iba tranquilamente detrás de él.

El Grupo Vermilion había perseguido al Ojo de Gato hasta la bodega inferior de la enorme nave, y reconfiguraron a Guardián cuando traspasaron la compuerta. Las toberas ahora los estaban haciendo correr por los kilómetros de piso de la enorme cámara.

Rick eliminó al remolque enemigo que había acorralado a la nave de Lisa y le ordenó al grupo que cambiara a configuración Battloid. El fuego que soltaron los Gatling de Max y Ben bajaron fácilmente a los dos pilotos zentraedi que saltaron desde los escombros flameantes.

Los dos cabos se quedaron mudos. Aquellos eran gigantes vivos los que habían saltado del remolque. Todo ese entrenamiento —las fotos, los videos, los esqueletos—, no los había preparado para este momento de verdadero enfrentamiento. Pese a eso no pudieron evitar notar que el lugar en sí era un desastre: partes sueltas de Battlepods y otros mechas esparcidas por el área, los andamios y las compuertas del techo necesitaban desesperadamente atención, y una atmósfera de máxima negligencia y desarreglo flotaba sobre el sector como un hedor a podredumbre.

Rick, mientras tanto, hizo arrodillar al Battloid para inspeccionar al Ojo de Gato. Pudo ver que Lisa comenzaba a moverse dentro de la cabina aplastada. Al ver al Battloid, ella conectó los parlantes externos.

—Teniente Hunter, tome a sus hombres y salga de aquí. No tiene tiempo que perder —su voz era débil.

—Tiempo suficiente para llevarla con nosotros.

Max entró en la comunicación.

—Teniente, los zentraedi están tomando posiciones al final del pasillo. Será mejor que volemos este lugar.

—Sólo cúbranme uno minutos, Max. Después saldremos de aquí.

—Eso vaciaría la carga de mi cañón.

—La mía también —agregó Ben.

—Dejen de parlotear. Abran fuego.

Rick volvió su atención al Ojo de Gato mientras que sus compañeros de grupo esparcían una descarga ensordecedora de disparos.

—¿Puede operar el sistema manual de eyección, comandante?

—Negativo —le contestó Lisa—. Los controles están atascados. Váyase, teniente. Le estoy dando una orden.

—Este no es el momento de seguir el protocolo, comandante. Cúbrase, voy a introducirme en la cabina.

Lisa vio que la enorme mano del Battloid bajaba sobre el parabrisas y gritó:

—¡Aleje su mano de mí, Hunter! No estoy bromeando; ¡no me toque con esa cosa!

Los dedos del Battloid pellizcaron el parabrisas y lo hicieron pedazos. Lisa se puso de pie maldiciendo a Rick en todo momento y se liberó de los fragmentos.

—Pediré sus galones por esto, Hunter. Lo juro.

Rick escuchó que el Gatling de Ben dejó de lanzar; Max le hizo una seña de que él también se había quedado sin municiones. Lisa se había alejado del Ojo de Gato. Rick le estaba ofreciendo la mano abierta del Battloid cuando observó la reacción espantada de ella por algo que había aparecido sobre la pasarela de arriba.

Mientras se paraba, algo aterrizó fuerte sobre la espalda del Battloid, e hizo que el mecha cayera al piso de la bodega con una fuerza que no se podía creer.

Capítulo 13

Pocos de nosotros fuimos afortunados de ver el interior de la SDF-1 antes de que los grupos de Robotécnicos del Dr. Lang reacondicionaran la fortaleza con tabiques y particiones, bajaran los techos, y que rectificaran las puertas y escotillas a escala humana; por eso nuestra entrada en la enorme bodega inferior de la nave capitana [de Breetai] demostró ser un verdadero asalto a nuestros sentidos. Aunque yo supe mucho después que las aberturas a escala humana ya existían a bordo de la SDF-1 antes de la reconstrucción, aquí estaban todas las cosas que Sterling, Dixon y yo habíamos escuchado de los primeros equipos exploratorios: Techos de noventa metros de alto, escotillas de nueve metros de ancho, kilómetros de pasillos... Por eso no era de sorprenderse que nuestras mentes se negaran a enfrentarse a estas nuevas dimensiones. No percibimos a esa bodega como seres humanos entrando a espacios gigantescos; ¡por el contrario, fue como si nosotros nos hubiéramos reducido de tamaño!

Recopilación de los registros del almirante Rick Hunter.

Incluso para los estándares de los zentraedi, el soldado que saltó desde el andamio de la bodega e hizo caer al Battloid de Rick Hunter era enorme.

Max calculó que el gigante medía más de 18 metros. Usaba botas de servicio altas hasta la rodilla y un uniforme azul

guarnecido con amarillo en el cuello y las mangas; sobre esto tenía una larga túnica marrón sin mangas adornada con una gruesa banda azul vertical. A la altura del pecho tenía una clase de insignia o placa de rango... casi una nota musical negra sobre un fondo amarillo. Pero lo más notable en él era la reluciente placa que cubría un lado de su cabeza, formada como una clase de capucha sin brillo. Había saltado más de 60 metros desde la pasarela, pero aquí estaba, mirándolos echando fuego por los ojos, listo para desafiar a toda la Fuerza de Defensa Robotech sin ayuda.

A Max no le tuvieron que decir que se había encontrado con uno de los de la elite zentraedi.

Sterling permitió que estas diversas reacciones emocionales pasaran a través de él; después se relajó y comenzó a sintonizar sus pensamientos con las capacidades del Battloid. Rápidamente ubicó a su mecha detrás del gigante, puso el cañón Gatling vacío cruzando el pecho del guerrero y lo sostuvo fuerte con ambas manos, inmovilizando los brazos del gigante a los lados. Los dispositivos en el módulo de la cabina del Battloid se descontrolaron cuando el zentraedi luchó para liberarse. Max pudo sentir que la voluntad del enemigo penetraba en su propia mente y luchaba con ella en un frente recientemente abierto en esta guerra, un campo de batalla psicológico.

Los brazos del Battloid estaban tensos hasta el límite, amenazando con dislocarse con cada expansión del pecho del gigante. El zentraedi gemía como un animal atrapado y retorció su cabeza, calculando cada movimiento deliberado para lograr que esa placa facial brillante golpeará violentamente con la carlinga del mecha. Max sabía que algo iba a suceder pronto a no ser que cambiara de táctica.

Los sensores ambientales del Battloid indicaban que la bodega en realidad era una esclusa de aire; por lo tanto podía despresurizarse. Max no estaba seguro sobre qué tamaño tenía que tener el agujero que se necesitaba para lograr el efecto que él estaba buscando, pero tenía que arriesgarse. Se conectó con Ben por la red táctica, luchando todo el tiempo con los pedales y los pensamientos aleatorios, y le ordenó disparar sus misiles hacia el casco de la nave directamente arriba de él.

Ben gatilló para soltar los misiles y la explosión abrió un agujero enorme en la nave. Pero algo inesperado comenzó a suceder incluso antes de que el humo se disipara: ¡El casco se estaba reparando solo! Max no podía creerle a sus sensores. El proceso era casi orgánico, como si la nave estuviera... viva.

Pero no perdió tiempo en pensar en eso. Disparó los propulsores de los pies del mecha, y se lanzó hacia el techo junto con el zentraedi. Cerca de la rasgadura que se estaba remendando soltó el cañón. El impulso llevó al gigante hacia el espacio segundos antes de que el casco se emparchara por completo.

En el suelo de la bodega, Rick se había levantado. Había atrapado a Lisa en el aire durante la despresurización y ahora la sostenía en la mano herrada del Battloid, ignorando sus protestas. Max bajó su Battloid junto a él.

—Buen trabajo, Max. Creo que no veremos otra vez a ese sujeto.

—No, a menos que pueda sobrevivir en el espacio sin un traje extravehicular.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ben.

Los tres hombres hicieron un paneo por la bodega con las videocámaras de sus Battloids, buscando una forma de salir.

Entretanto Breetai, que estaba formado de un material mucho más fuerte de lo que cualquiera de los terrícolas pensaba, no solamente estaba vivo, sino que en ese momento estaba caminando de regreso sobre la piel exterior de la nave capitana, usando como asideros a los numerosos postes de los sensores y las antenas que cubrían la nave. Por supuesto que el agujero se había cerrado demasiado rápido como para que le permitiera volver a entrar a la bodega, pero se las arregló para recordar su fuerza aferrándose a una pieza irregular del casco roto antes de comenzar su caminata por el laminado exterior.

Su configuración genética le permitía resistir al vacío espacial sólo por un periodo limitado, pero él no tenía nada más que la confianza total en su habilidad de sobrevivir. Los pensamientos de venganza lo hicieron seguir: ese microniano iba a pagar caro por esto.

Adentro de la nave, la diminuta Lisa Hayes había reasumido la jefatura de los tres pilotos dentro de sus Battloids. Ella habló en el

comunicador de su casco desde la mano abierta del mecha de Rick Hunter, y le dio instrucciones a Max y Ben para que usaran los láseres de sus hombros para atravesar la compuerta de babor.

—Tendrán que hacerlo rápidamente —les aconsejó—. Ellos van a caernos encima en cualquier momento.

Después giró para enfrentarse a Rick.

—Y teniente, ¿le importaría bajarme? Yo sé que usted disfruta sosteniéndome, pero tendrá que aprender a admirarme de lejos.

Rick refunfuñó algo en su auricular y volvió a dejar a Lisa en el suelo de la bodega. Max y Ben se estaban turnando en la esclusa de aire para evitar que sus láseres se sobrecalentaran.

Rick dio un paso hacia delante para reunirse con ellos. Estaba moviendo al Battloid de Ben hacia un costado cuando escuchó lo que sonó como un grito de guerra... no a través de sus auriculares, sino rompiendo el propio aire de la bodega. Hizo virar al Battloid a tiempo para ver que el zentraedi reaparecido saltaba desde una compuerta abierta del techo. El gigante atacó como un guerrero samurái; sostenía en alto una gruesa herramienta en forma de tubería, la que dejó caer con una fuerza hercúlea sobre la cabeza del Battloid de Ben, haciendo caer al mecha sobre el piso con un estruendo resonante.

El zentraedi se paró victorioso sobre su enemigo caído y después volvió su atención hacia Max y Rick. Emitiendo un sonido gutural, aferró la herramienta con ambas manos y la esgrimió frente a él.

Max y Rick se separaron un poco y levantaron sus cañones inútiles, aferrándolos con las palmas hacia abajo como bastones de guerra. El zentraedi se estaba acercando lentamente, con cada paso calculado y deliberado.

—Se está preparando para atacar —dijo Max.

Rick se arriesgó a dar un paso hacia delante y le hizo señas a Max para que se alineara detrás de él. Levantó el cañón sobre su cabeza y se negó a moverse esperando la arremetida.

El zentraedi se lanzó con un aullido grave. Rick se plantó y bajó el cañón como una maza, poniendo en el golpe cada onza de fuerza que pudiera reunir. El metal se encontró con el metal con fuerza de fusión.

Breetai abanicó su arma como un bate e hizo volar al Gatling de

las manos del Battloid de Rick. Este golpeó el suelo con la nariz primero y casi aplastó a Lisa Hayes.

Ahora seis zentraedi más con casco y armadura completa aparecieron en la escena. Uno de ellos corrió con una clase de bolsa y capturó a la aturdida piloto microniana.

Max lo vio, pero ahora tres soldados se interponían entre él y la comandante. A pesar de todo, se adelantó para enfrentarse a ellos. Un zentraedi trató de arrebatarle el Gatling de su puño, por eso Max usó la fuerza del hombre de rostro cetrino para su propio beneficio, relajando su propio agarre sobre el cañón por un momento y después usando el impulso descontrolado del soldado para arrojarlo al piso. Pero difícilmente estaba a salvo: un grupo de cinco más abrió fuego sobre él con armas de asalto. Max tiró hacia un costado el cañón y saltó hacia arriba, encendiendo los propulsores de los pies del Battloid mientras lo hacía. A mitad de camino hacia el techo de la bodega, estiró la mano hacia las palancas de modo, reconfiguró a Guardián y comenzó a devolver los disparos, esquivando los rayos azules de energía que lo pasaban de largo e impactaban en la corteza interior de la nave.

El comandante zentraedi había tirado sobre la espalda a Rick. Ahora el gigante estaba de pie sobre él, preparándose para taladrar el abdomen del Battloid. Rick levantó la pierna derecha del mecha, dobló la rodilla y disparó los propulsores de pie de lleno en la cara de su asaltante. Mientras el zentraedi retrocedía tomándose la cara y soltando el arma, Rick llevó la palanca de su propulsor al máximo y arremetió para la matanza. Atrapó el tronco del gigante y lo hizo dar volteretas en el aire. Pero el gigante de alguna manera se las ingenió para dar vuelta la jugada. Aunque Rick aterrizó sobre él, se encontró de frente a los pies del zentraedi. Lo siguiente que supo fue que el zentraedi parado lo levantó en el aire y que aterrizó del otro lado de la bodega.

Rick encendió los retropropulsores de la espalda para reducir su velocidad. Ejecutó una voltereta simple hacia delante con un medio giro que lo dejó parado cara a cara con el zentraedi, pero desafortunadamente estaba desequilibrado y aturdido. Un gancho derecho seguido por una patada frontal lo mandó otra vez al piso. Esta vez su enemigo estaba jugando con él.

Breetai tomó al mecha por su brazo derecho, lo hizo dar un giro de trescientos sesenta grados y lo lanzó contra un grupo de picos de carga que había en el tabique. Estos perforaron los brazos, pecho y hombros del Battloid, y lo dejaron colgado allí, clavado a la pared.

Identificándose con el mecha, Rick se sintió como la víctima de un lanzador de cuchillos de circo descuidado. El Battloid estaba inmovilizado, la mitad de los sistemas inutilizados, y ahora el gigante con la placa facial se estaba acercando para liquidarlo. Valientemente, Rick disparó los láseres montados en sus hombros, pero el zentraedi salió fuera de su alcance en el momento justo.

De pronto Rick estaba mirando unas líneas de la vida y del amor de un metro de largo... el gigante había puesto su mano sobre la carlinga y estaba empezando a aplastarla. Uno a uno los sistemas de supervivencia comenzaron a fallar. Y ahora el gigante estaba trabajando sobre las láminas del pecho, ¡literalmente estaba desmembrando al Battloid! Desgarró la armadura del mecha y la tiró hacia un costado como si no pesara nada.

El zentraedi lo espió a través del módulo desgarrado de la cabina sonriendo maliciosamente, obviamente complacido por la temible situación de Rick. Rick armó los misiles de autodestrucción que todavía funcionaban del mecha, y con desesperación se agachó hasta el anillo de la eyección manual que estaba debajo del asiento y le dio un enérgico tirón. La cabeza del Battloid colgó hacia delante con sus cargas explosivas dañadas, pero el asiento de la cabina pudo lanzarse.

El zentraedi también se lanzó con un salto potente. Atrapó a Rick en el aire y lo estrujó en su puño, causando el cambio por un temor mayor...

Max, al ver la atrapada del gigante desde su guardián que todavía se movía a través de la bodega esquivando los rayos láser, quedó seguro de que el teniente había sido asesinado. Max decidió que la muerte de Hunter se iba a pagar de la misma manera. Hizo picar al VT y se preparó para liberar todo el poder de fuego que le quedaba.

Pero de repente los restos del Battloid de Rick explotaron. El zentraedi cayó al suelo, se abrió una brecha en el casco y el Veritech de Max fue succionado de la esclusa de aire.

El casco se selló rápidamente y los soldados zentraedi se reunieron alrededor de su comandante caído. Breetai yacía sobre su espalda con su túnica y uniforme desgarrados y hechos jirones. Pero él estaba formado de un material más fuerte de lo que incluso ellos habrían pensado. Diciendo esto, se levantó.

Su mano derecha todavía estaba apretada. Relajó el puño con cuidado para mirar a la pequeña criatura que sostenía allí, atada a su asiento de eyección, inmóvil y tan callada como la muerte.

Capítulo 14

Como lo expresé en otra parte, las pruebas preliminares en los tres sujetos micronianos indican que su constitución anatómica y sus sistemas psicológicos son muy similares a los de los zentraedi; de todas formas me apuro a agregar que me estoy refiriendo a unos sujetos de «estado verde» más que a unos maduros y viables. (Nota del editor: todavía no hay un equivalente adecuado en inglés panamericano para ese término zentraedi; Algunos campos lingüísticos favorecen a «pretransformados», mientras que otros promueven «neomoldeados» o «neoclonados», ver Kazinsky, capítulos siete y ocho para un rápido resumen de la continua controversia). En cualquier caso, el subsiguiente psicsondeo trajo a la luz las disimilitudes que son el foco de este informe. Estas incluyen: 1) anomalías significantes en todas las regiones neocórticas y los conductos tópicos convolucionarios, 2) anomalías estructurales en las redes vasculares y neurales del infundíbulo, los tractos piramidales y el hipocampo, 3) insuficiencia pineal, y 4) desequilibrio reticular y de los senderos cerebelosos concomitantes.

*Exedore, de su informe de los análisis de inteligencia
militar para el alto mando zentraedi.*

¡Los micronianos piensan demasiado!

Los tratos previos con los micronianos habían sido por mucho tiempo una cuestión de erradicación. Pero ahora Exedore tenía a tres especímenes para analizar y examinar. Y los resultados de las pruebas que hasta ahora se habían llevado a cabo eran tan sorprendentes como desconcertantes y perturbadores. Genética, anatómica y psicológicamente los micronianos parecían ser casi idénticos a los zentraedi. Por supuesto que en cultura y comportamiento eran mundos aparte, pero las similitudes físicas sugerían un punto de origen común perdido en el tiempo y la historia.

Exedore estudió a los prisioneros desde su estación operativa sellada dentro del laboratorio de la nave... ¿quién sabía qué enfermedades contagiosas albergaban estos seres? El escáner de protección, que en efecto los mantenía aislados y confinados en la mesa de disección, probablemente era suficiente para eso, pero Exedore no tomaba riesgos.

Breetai, no obstante, no quería tomar parte del laboratorio o de la estación operativa. Exedore lo mantenía al tanto de los descubrimientos en el centro de mando, ilustrando los hechos y especulaciones con lecturas de datos, rayos X, diferentes clases de sondeos y documentos históricos relevantes, todos los cuales fluían libremente a través de muchas pantallas de los monitores del centro.

Breetai tenía un interés particular en la hembra del grupo. Cambió su atención de las representaciones anatómicas de una de las pantallas y giró hacia el monitor de la mesa de disección. La hembra microniana parecía estar inconsciente o dormida, los otros dos también.

—¿Es sensato mantener juntos a la hembra y a los machos?

Exedore mantenía la cámara enfocada sobre la mesa.

—Aparentemente es su costumbre, comandante. El observar sus interacciones de seguro nos beneficiará.

Una mirada de sorpresa apareció en el rostro de Breetai, y Exedore volvió su atención hacia el monitor. Los micronianos estaban comenzando a moverse.

Los dos zentraedi observaron con atención.

El de cabello negro fue el primero en levantarse... el tenaz pequeño piloto que había manejado el mecha que Breetai había destruido. La piloto de reconocimiento fue la siguiente, pero parecía que juntos no podían despertar al tercer miembro y el más grande de su grupo.

—Este tiene una tasa metabólica muy lenta y es menos inteligente que los otros —dijo Exedore a modo de explicación.

En ese momento comenzó a suceder algo curioso: la hembra y el macho estaban discutiendo. Breetai le hizo una seña a su consejero para que activara las terminales de audio. Las palabras fluían rápido y con furia, y la mayor parte eran desconocidas para Breetai, pero entendió lo suficiente como para captar lo esencial: se estaban culpando mutuamente por el fracaso de su misión y su eventual captura.

Breetai se estaba divirtiendo.

—Ellos pelean tan agresivamente con las palabras como con los mechales.

—Un resultado de la mezcla de machos y hembras, señor... una práctica ancestral abandonada por los zentraedi hace mucho tiempo atrás.

—Ya veo... furia sin disciplina.

—Precisamente eso, comandante.

A pesar de todo, mientras Breetai seguía observando la discusión una sensación de malestar lo venció; se sintió debilitado y fóbico. Le ordenó a Exedore que desactivara la terminal y se derrumbó en su silla.

—Mi cabeza da vueltas. Ya no puedo soportar verlos.

—Yo me siento igual —dijo Exedore—. De todas formas no debemos permitir que nuestras reacciones personales interfieran con la misión que tenemos.

Breetai levantó la cabeza.

—Bueno, supongo que tú me dirás como debo proceder con estas criaturas.

—Debemos llevar a los micronianos ante el propio Dolza. Allí se los someterá a la interrogación más rigurosa posible.

—Eso requerirá de una operación de transposición y de un gasto

de cantidades sustanciales de energía.

—Serán justificadas, comandante. Las propias palabras de los micronianos los sentenciará a la derrota.

Lisa no podía creer lo que escuchaba: ¿A quién en el universo conocido creía Hunter que le estaba hablando?

Ella, Hunter y el bello durmiente Dixon estaban en una clase de plataforma enrejada extraterrestre, velados y contenidos por una lluvia nebulosa de energía eléctrica dirigida desde un generador en el techo. Pero a través del paraguas translúcido se podía vislumbrar las enormes máquinas, microscopios, sonares y analizadores de datos que más allá constituían el laboratorio. Una porción de la carlinga de energía les proporcionaba el acceso visual hacia un mirador exterior de la nave. Y en algún lugar allá afuera entre ese campo de estrellas estaban la *SDF-1* y un mundo que los tres podrían no volver a ver jamás.

Hunter, no obstante, parecía menos interesado en establecer en dónde estaban que en establecer quién tenía la culpa de estar allí.

—¿Me está diciendo que a usted no lo habrían capturado si un hombre hubiera estado piloteando el Ojo de Gato? Porque si es así...

—No estoy diciendo eso. Sólo digo que hay algunos trabajos que sería mejor dejarlos para pilotos experimentados. Usted no encuentra pilotos VT entrometiéndose en el puente, ¿no es así?

Lisa lo miró con furia.

—¡Yo soy su superior, teniente Hunter!

—Sólo en rango, comandante Hayes.

—¡En rango y en experiencia militar!

Rick hizo un gesto de menosprecio.

—No me venga con eso de la superioridad de la Academia Robotech. Yo estoy hablando de experiencia en combate.

Lisa cruzó los brazos para evitar que él notara que estaba temblando de rabia. Su pie golpeó reflexivamente.

—¿Necesita que le recuerden la conversación que tuvimos

ayer... esa en donde usted se quejaba de que yo siempre estaba «sana y salva en el puente»? Ahora estoy aquí con usted, y, aún así, ante sus ojos no puedo hacer nada bien. A usted no hay nada que le venga bien, señor.

Rick se apaciguó un poco.

—Mire, es sólo que me siento más... no lo sé, vulnerable con usted cerca. Usted siempre se está metiendo en apuros, como en la base Sara...

—¡Hunter! —gritó ella—. ¡Usted es un idiota! ¿Quién lo nombró mi guardia personal?

—Alguien tiene que protegerla de usted misma.

Ella miró a su alrededor para buscar algo para arrojarle, pero Dixon sería demasiado pesado y no había nada más sobre la rejilla.

—¿Quién tuvo que ser remolcado después de destruir por completo el Battloid blindado, teniente?

El rostro de Rick se puso rojo por la furia y la vergüenza.

—¿Usted se cree que pelear contra estos zentraedi es alguna clase de pan comido? Tal vez usted no vio que ese tipo destrozó mi mecha con sus propias manos, ¿eh?

—No, no lo vi. Yo estaba dentro de la bolsa, ¿recuerda?

—Sí, bueno...

—Sí, bueno —remedó ella y le dio la espalda.

Ben Dixon se estaba despertando, estirándose y bostezando como si acabara de tomar una increíble siesta.

Miró a su alrededor y preguntó si se había perdido de algo.

Rick le disparó a Lisa una mirada cruel y caminó hacia su cabo.

—Eh, no mucho, Ben. La comandante y yo estábamos discutiendo un plan de escape.

Lisa hizo una sonrisa falsa y miró fuera del mirador.

—Bien —dijo Ben—. ¿Cuándo comenzamos?

Rick dijo algo que Lisa no escuchó; ella estaba demasiado hipnotizada por lo que estaba sucediendo fuera de la nave: las estrellas se estaban volviendo difusas, estiradas, como si acarrearan hilos de luz detrás de ellas.

¡Dios mío! ella se dio cuenta de lo que estaba viendo. ¡Los zentraedi habían comenzado una operación de transposición!

A bordo de la *SDF-1* el periodo de angustiosa espera había terminado una hora antes con la restauración del radar de largo alcance. Pero acababa de comenzar un nuevo periodo de preocupación. El puente había perdido comunicación con la nave de reconocimiento Ojo de Gato y con el grupo de VTs del Grupo Vermilion, y ahora había evidencia de fluctuaciones en la continuidad témporoespacial de esa área. La mayor parte de las naves más grandes había desaparecido de la pantalla del sonar, pero numerosas naves pequeñas y mechas de batalla todavía estaban rodeando a la fortaleza. Gloval estaba seguro de que la mitad de la flota había ejecutado una transposición.

En todos sus largos años de mandos militares, Gloval nunca se había enfrentado a un enemigo tan impredecible. Ellos mutilan su nave, los amenazan con la extinción, exigen la rendición, y de repente desaparecen de todos los visores. Gloval estaba perplejo.

Le dio instrucciones a Sammie para que intentara comunicarse con la comandante Hayes otra vez.

—Respuesta negativa, señor. No puedo conectarme con absolutamente nadie de ese grupo Veritech.

¿Los habremos perdido? —se preguntó Gloval—. ¡Por favor, no a Lisa!

—Señor, no podemos abandonarlos —dijo Sammie.

—Podrían ser problemas de la radio —agregó Claudia.

—No pienso abandonarlos —dijo por fin Gloval—. Pero no podemos darnos el lujo de sentarnos aquí a esperar a que el enemigo vuelva y lleve a cabo sus amenazas.

Él dejó caer la cabeza.

—Les daremos doce horas. Claudia, si no tenemos contacto con ellos para ese entonces, quiero que la nave salga de este cuadrante a las cero seiscientas horas. ¿Está claro?

—Sí, capitán. ¿Y sobre la comandante Hayes... y el teniente Hunter y sus hombres?

—Ingresa sus nombres en la lista —respondió categóricamente Gloval—. Perdidos en acción, presumiblemente muertos.

Roy Fokker raras veces visitaba ciudad Macross, y cuando lo hacía generalmente era por insistencia de Claudia... cena en algún lugar, una película, el concurso de Miss Macross hace un tiempo. No era que no le gustara el lugar, sólo que no tenía buena opinión de él. Su presencia a bordo de la *SDF-1* casi había socavado el propósito original de la nave. La *SDF-1* tenía que ser la guardiana y defensora de la Tierra, y no una madre substituta ni un microcosmo, y definitivamente no un señuelo. Como uno de los primeros hombres (junto con el Dr. Lang y el coronel Edwards) que habían explorado la nave poco después de su llegada a la Tierra, Fokker se había llegado a sentir más un prisionero desesperanzado que cualquier otra cosa.

Sin embargo, los motivos que tenía para visitar la ciudad ese día no tenían nada que ver con la diversión o las obligaciones de un enamorado. Estaba aquí porque el deber se lo exigía. Rick había estado como PEA por casi dos semanas, y había gente a la que había que decirselo.

—Dos semanas perdido en acción —se dijo Roy. ¿Era todavía muy temprano para penar, o era demasiado tarde? ¿Acaso no iba a ser capaz de sentir la verdad en su corazón de una forma u otra? Su amistad se remontaba tanto tiempo atrás... el circo aéreo de Pop Hunter, el fatídico día en que Rick se había presentado en Isla Macross, su primera misión juntos.

¿Qué sentido tenía atormentarse? Cuando buscaba sensaciones en su corazón, encontraba que su «Hermano Menor» estaba vivo — eso era una certeza. ¿Y aún así, se preguntaba su mente, cuáles eran las posibilidades de que ellos volvieran a verse otra vez? La *SDF-1* estaba a un millón de kilómetros de esa área del espacio donde se había escuchado por última vez de Rick y los otros, mucho más allá del alcance de cualquier VT. ¿Y pensarlo como un prisionero aliviaba algo el dolor? No era probable que los zentraedi lo tomaran como prisionero, no cuando tenían a todo un planeta a su disposición. Por eso tal vez era mejor creer lo peor, aceptar su muerte y dejar la pena atrás. Después de eso por lo menos podría alejarse de esta eterna agonía y comenzar a cortejar al futuro una

vez más.

Pudo haber sido la necesidad de compañía en el dolor lo que llevó a Roy a buscar a Minmei. Él también se había sentido atraído por joven china de ojos azules desde el comienzo, y le gustaba pensar que allí había un cierto lazo especial, aunque Minmei raras veces lo admitía con palabras o hechos. Pero de todas formas ese no era el estilo de ella. Especialmente ahora que estaba al borde del estrellato. De hecho la «Reina de Macross» iba a encabezar un concierto en el Tazón de Estrellas el lunes a la noche.

Pronto la vio caminar hacia él por la vereda, rodeada por dos amigas y luciendo como la actriz secundaria, vestida con un traje verde corto estilo militar, rematado con charreteras y galones de rango. Roy lo reconoció como el traje que ella había usado para los carteles de reclutamiento de la Fuerza de Defensa que se habían empezado a colgar por toda la ciudad.

Roy la había estado esperando afuera del Dragón Blanco. Cuando ella se acercó él se enderezó todo lo alto que era, tironeó hacia abajo su chaqueta con cinturón y la saludó con la mano.

Ella se acercó a él con una gran sonrisa, acelerando el paso y disculpándose con sus amigas. Enseguida quiso saber si Rick estaba con él.

Él le devolvió la sonrisa, por más forzada que fuera, y sugirió que caminaran juntos. Ella lo miró interrogativamente.

—¿Por qué, Roy? ¿Qué sucedió?

—Vamos, camina conmigo un minuto.

Ella retrocedió cuando él intentó de tomarla del brazo.

—¡Yo no quiero salir a caminar, Roy! ¿Qué sucedió? ¿Dónde está Rick? ¿Le sucedió algo a Rick?

Roy la enfrentó, le puso ambas manos sobre los hombros y se inclinó sobre ella. La miró a los ojos y mantuvo la mirada mientras le explicaba.

A mitad de la explicación ella estaba sacudiendo la cabeza, negándose a creerle.

—¡Él está muerto!

—Minmei, escucha por favor, no pienses que está muerto... no sabemos eso con seguridad.

Roy estaba haciendo justo lo que se había prometido no hacer.

Ella estaba inconsolable y se retorció para liberarse de él.

—¡Ya no quiero escuchar más! ¡Eres un mentiroso, y te odio!

Ella lo miró furiosa, se dio vuelta y salió corriendo.

Las amigas de ella le ofrecieron a él unas sonrisas compasivas. Roy se quedó parado allí con ellas, sintiéndose completamente desvalido. Retuvo el aliento y las lágrimas, y apretó los dientes.

Minmei corrió hasta la banca del parque de ellos.

Era una banca especial, alejada de las otras que había en el Central de Macross, resguardada sobre una pequeña hilera propia cubierta por las ramas tupidas de un roble y rodeada por plantas en flor y arbustos espesos. Era casi un lugar secreto que curiosamente los que utilizaban el parque no frecuentaban, con una vista increíble de la ciudad esparcida abajo, y la vista más cercana posible a través de los tragaluzes del casco de la nave. Rick solía decir que este era el balcón que ellos tenían «con vista a la eternidad».

Ellos pasaron muchas horas aquí... después de sus dos semanas de penurias juntos, antes de que Rick se uniera a la Fuerza de Defensa, y antes de que a Minmei la coronaran «Reina»... Ella había escuchado a Rick hablar de los horrores de la batalla espacial, de sus victorias y derrotas, de sus temores y sueños. Y él había escuchado sus temores, sus planes para el futuro, la letra de sus canciones, sus sueños.

Y ahora...

¿Por qué tuvo que suceder esto? ¿Por qué tuvo que aparecer la tragedia cuando todo en su vida era tan maravilloso? ¿Por qué siempre tenía que ocurrir este choque entre sueño y realidad?... como si ninguna buena fortuna fuera posible sin una cantidad equivalente de maldad. ¿Qué clase de deidad habría puesto en funcionamiento semejante mecanismo?

Cara a cara con esa porción del universo que revelaba el tragaluz, Minmei comenzó a llorar. Más tarde golpearía los puños contra la baranda del balcón y maldeciría a esas estrellas, después

se hundiría otra vez contra las tablas de madera de la banca y cedería a su pena. Y por último sacaría de su cartera una linterna que llevaba allí, y la apuntaría hacia el mirador de la nave, la encendería y apagaría una y otra vez como una señal hacia «la eternidad» de su infinito afecto por él.

Capítulo 15

El espíritu no abdica gustosamente de su trono. El Big Bang fue la primera rebelión del espíritu contra la forma —contra su encarcelamiento en la materia. Luchó sucesivamente contra la aceptación del fuego de la humanidad; batalló contra el vapor; contendió contra la energía eléctrica y nuclear; se enfureció contra la Protocultura... La guerra es el intento del Espíritu de lograr su libertad de la materia, su esfuerzo por permanecer autónomo. Las guerras se hicieron para evitar que la materia se hiciera demasiado cómoda y complaciente. Porque el propósito divino del Espíritu es abandonar un día su vehículo y trascender, reunirse con Dios y succionar de vuelta al universo dentro de sí mismo.

*Reverendo Houston, del prólogo de Semillas solares,
guardianes galácticos, de Jan Morris.*

La Protocultura es la jalea real de la tecnología.

Dr. Emil Lang.

Sin que Breetai o su tripulación lo supieran, había un polizón a bordo de la nave capitana zentraedi —un as Veritech microniano llamado Max Sterling.

Cuando el espacio lo succionó a través del agujero en el casco que creó el Battloid de Rick Hunter al destruirse, Max sin darse cuenta copió la caminata que un momento antes había hecho Breetai sobre la superficie de la nave. Sin embargo, Breetai estaba

acostumbrado a los mecanismos manuales de la esclusa de aire, de modo que él sólo tuvo que entrar; Max tuvo que descubrir alguna forma de entrar. Afortunadamente se encontró con una brecha abierta en el casco —los cables quemados de los sensores que rodeaban el agujero daban evidencia de una explosión previa—, voló hacia un atracadero vacío, y, volviendo a modo Battloid, entró en la nave a través de una escotilla destrabada. Su cañón Gatling había quedado en la bodega, sus láseres estaban agotados y apenas le quedaba media docena de cohetes. Max estaba maniobrando a fuerza de voluntad, llevado por la esperanza de rescatar a sus amigos.

El interior de la nave capitana era un laberinto de pasillos y pasadizos, algunos bien iluminados y mantenidos, otros oscuros, húmedos y en varios estados de deterioro. Pero afortunadamente todos estaban desiertos.

Hasta ahora.

Max estaba en la intersección de dos pasillos —de techos curvados y grandes racimos de luces—, espiando a la vuelta de la esquina cuando vio que entraba el extraterrestre. Un soldado, supuso Max: Uniforme común pardusco de cuello alto y gorra redonda con una insignia. Hizo que el Battloid diera un paso atrás y sondeó el área. A poca distancia en el pasillo detrás de él había lo que parecía ser un armario de servicio con una compuerta de tope redondo. Se dirigió hasta él tan rápida y silenciosamente como pudo, abrió el cerrojo y escondió al mecha adentro. Al salir del pasillo Max no tuvo forma de saber qué ruta había tomado el zentraedi, así que la mirada de sorpresa en la cara del extraterrestre cuando descubrió a un Battloid en el armario de servicio no fue mayor que la mirada de espanto del propio rostro de Max.

Durante lo que pareció una eternidad, ambos se quedaron parados allí contemplándose uno al otro, hasta que el entrenamiento de Max le puso un fin definitivo a la situación. Ejecutó una patada de costado con el pie derecho del Battloid que dio en el tronco del zentraedi y lo hizo doblar instantáneamente. Max recogió al soldado inconsciente con el brazo derecho del Battloid, estiró el izquierdo, tomó el picaporte y cerró la escotilla con un portazo.

Estaba tratando de pensar qué hacer con el tipo cuando de repente los indicadores de la cabina comenzaron a pedir un poco de atención. Revisó las lecturas, pero todavía no podía entender nada: todos los sistemas estaban funcionando y no parecía haber ninguna amenaza inmediata para el mecha, ni ambiental ni de otra clase. ¿Entonces qué era lo que pasaba?

En ese momento Max miró los dispositivos de astrogación. Los sensores temporales estaban girando descontroladamente... ¡la nave capitana se estaba transposicionando!

Max observó como las horas y los días iban aumentando en el manómetro. Se hundió en su asiento y esperó...

La transposición de emergencia que había catapultado a la *SDF-1* y a ciudad Macross del otro lado del sistema solar había sido la primera de Lisa, y, como tal, no había habido tiempo para... bueno, echar un vistazo. También había sido un salto relativamente corto a través del espacio, y por lo tanto, uno breve en tiempo. Pero en este, su segundo viaje atravesando la continuidad, el indicador temporal construido dentro de su traje registró el equivalente a catorce días terrestres. Donde sea que iban los zentraedi, era un largo camino a casa.

Lisa tuvo mucho tiempo para echar un vistazo.

No fue para nada lo que ella esperaba, de hecho, no fue como lo que le habían enseñado que esperara. Las estrellas no desaparecían, sino que iban y venían. Sin embargo no podía estar segura de que eran las mismas estrellas las que se materializaban cada vez. Los cielos parecían alterarse con cada desvanecimiento, como si alguien hubiera cortado cuadros de la tira de una película, quitando las transiciones de un evento a otro. La coraza de energía que la mantenía a ella y a los otros confinados en la rejilla no dejó que ella observara los detalles del flujo en el laboratorio, pero cuando miraba a Rick o a Ben, notaba un leve efecto reluciente que borronaba los bordes de los objetos. De vez en cuando este efecto se intensificaba, de manera que había una sensación de doble

enfoque para todo: la forma del pasado, la forma del futuro, distintas, discretas, incapaces de unirse.

En tiempo real había pasado un día terrestre, y cuando la nave capitana comenzó a desacelerar del hiperespacio, las últimas veinticuatro horas asumieron una cualidad de ensueño. ¿Había dormido la mayor parte de ellas, había soñado gran parte de eso? ¿O este era un nuevo estado de la conciencia que todavía no tenía nombre?

Lisa, Rick y Ben estaban parados al borde de su pequeño mundo observando a las estrellas asumir una forma perdurable una vez más. Estas eran configuraciones extrañas a sus ojos: constelaciones brillantes de soles enanos y gigantes, tres planetas o lunas de un sistema desconocido, todo contra el fondo de una diáfana nebulosidad de múltiples matices. Y algo más... algo que sus visiones desenfocadas clasificaron como un campo de asteroides por lo numerosos que eran los objetos oscuros en aquel rincón del espacio.

—¿Qué son aquellas cosas? —preguntó Ben.

—Escombros espaciales —sugirió Rick—. Podríamos estar cerca de su base.

Lisa entrecerró los ojos y después se abrieron desmesuradamente por el asombro.

No eran asteroides, no eran escombros espaciales, sino naves: naves amorfas hasta donde alcanzaba la vista, naves erizadas de armas, demasiado numerosas para contarlas, demasiado numerosas para catalogarlas: de exploración, de reconocimiento, destructores, cruceros, plataformas de batalla, capitanas. ¡Miles de naves, millones!

—¡La flota enemiga!

Era demasiado para abarcar, pero Lisa usó la grabadora de microvideo que los extraterrestres habían pasado por alto para capturar lo que pudiera.

Más de un año pasaría antes de que ellos supieran el número exacto; el día del juicio final...

Ahora la nave capitana se estaba acercando a un deslumbrante conjunto de luces, una especie de campo de fuerza que contenía una inconmensurable fortaleza asimétrica que sus sentidos se negaban a

comprender.

Pero pronto tuvieron otros temas que enfrentar. Sin previo aviso, el campo de energía se desactivó y las condiciones de su mundo se redefinieron. Ellos se habían preguntado cómo habían hecho sus captores para proveerles comida y bebida servidos en platos de tamaño humano, con tazas y cubiertos de la proporción adecuada. Pero desde este momento ya no iba a haber semejante comodidad para ellos.

Ahora había dos gigantes parados en los lados de la rejilla, la que resultó ser una clase de mesa de disección. ¿Pudo algo haberlos preparado para el asalto de sensaciones que siguieron... el ensordecedor estruendo grave de las voces de los gigantes, el sonoro rugir de sus mechas y máquinas, la intensidad de las luces de los pasillos, los penetrantes olores del aire hiperoxigenado, el mal aliento, el sudor y la podredumbre?

Los transfirieron a una segunda plataforma —una mesa flotante que sus carceleros condujeron por los pasillos—, y por último, hacia una mesa de conferencias grande como una cancha de fútbol. Arriba había grupos de luces, y había varias sillas colocadas alrededor de la mesa. Lisa notó que había amplificadores ubicados estratégicamente por aquí y por allá —¡para escucharte mejor, mi querida! Y uno a uno sus interrogadores entraron a la sala y se sentaron.

El primero en llegar fue un hombre que apenas tenía la mitad del tamaño de los zentraedi que habían visto. Debajo de su capucha se evidenciaba una espalda ligeramente encorvada, articulaciones hinchadas, manos desmesuradas y pies que sugerían algún tipo de defecto de nacimiento. Tenía un tazón invertido de cabello coloreado grueso como paja que ocultaba un cráneo deformado, un flequillo irregular que partía una frente alta sobre un rostro descarnado, y unos ojos salientes de pupilas penetrantes que parecían no tener párpados. Traía libros de notas, los que puso sobre la mesa junto a una lámpara. Cuando se sentó la encendió y la dobló hacia delante para observar a sus tres prisioneros analíticamente.

El siguiente en entrar al recinto fue el inmenso soldado con el que Rick había luchado en la bodega; no se podía olvidar esa placa

facial, no se podía olvidar esa sonrisa maliciosa. Detrás de él entraron tres hombres más de diferentes alturas que lucían uniformes rojos idénticos, ninguno de ellos tan bajo como el zentraedi deforme, o tan alto como su comandante. Ellos se sentaron del otro lado de la mesa.

Lisa se preguntó quién o qué iba a ocupar el asiento vacío entre el comandante y el consejero. Cuando la respuesta a su pregunta susurrada llegó, enseguida se arrepintió de haber preguntado.

—¿En cuántos tamaños vienen estos tipos? —dijo Ben con asombro.

El gran inquisidor medía bastante más de veinticuatro metros de altura y vestía una solemne toga gris con cuello alto levantado hacia arriba que casi envolvía su enorme cabeza sin pelo. El grueso arco superciliar, el rostro sombrío marcado de acné, y la amplia boca le daban un aspecto temible, y cuando habló no hubo forma de equivocar su significado.

—Yo soy Dolza —comenzó—. Comandante en jefe de los zentraedi. Ustedes se someterán a mi interrogación. Si eligen no hacerlo, morirán. ¿Me entienden?

Rick, Ben y Lisa se miraron mutuamente, dándose cuenta de repente de que ellos no habían elegido a un portavoz... por la simple razón de que ellos no habían esperado una situación como la actual con el enemigo. El hecho de que pudieran comunicarse con los zentraedi les dio nuevas esperanzas.

Lisa conectó secretamente el receptor de audio de la micrograbadora, mientras que Rick dio un paso adelante para hablar por su grupo.

—Le entendemos. ¿Qué quiere de nosotros?

Dolza giró hacia el enano.

—Felicitaciones, Exedore, haz hecho bien al enseñarme su lenguaje primitivo.

Exedore inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Por qué continúan resistiéndose a nosotros, micronianos? —Dolza señaló hacia el hombre a su derecha—. Seguramente Breetai ya ha demostrado nuestra superioridad.

Rick apuntó su dedo hacia el que se llamaba Breetai.

—¡Ustedes lanzaron el ataque sobre nosotros! Nosotros sólo

hemos estado tratando de defendernos durante el pasado año...

—Irrelevante —interrumpió Breetai—. Devuélvannos lo que es legítimamente nuestro... la nave de Zor.

—¿La nave de Zor? Si se refiere a la *SDF-1*, es de nuestra propiedad. Se estrelló en nuestro planeta y nosotros la reconstruimos. Ustedes...

Dolza interrumpió a Rick.

—Tal como lo temí —le dijo a Exedore.

—Dígannos lo que saben de la Protocultura. Usted... el gordo.

Ben se señaló a sí mismo de forma interrogativa.

—¿Yo? Olvídalo, rascacielos. Yo no sé nada acerca de eso.

—¡Dígannos lo que saben acerca de la Protocultura! —exigió Dolza.

—¿Niegan que han desarrollado un nuevo sistema de armamento utilizando la Protocultura? —quiso saber Exedore.

Rick se dio vuelta hacia sus compañeros y se encogió de hombros. Las preguntas siguieron aumentando en volumen, hasta que Lisa decidió que ya había soportado suficiente. Valientemente dio un paso adelante y levantó la mano.

—¡Suficiente! ¡Ya no someteré a mis hombres a su interrogatorio!

Dolza levantó lo que tenía de cejas.

—Así que la hembra está al mando aquí —se volvió a sentar en su silla y unió los dedos mientras lo hacía—. Usted subestima la seriedad de su situación, microniana.

Y con un meneo de su mano el cuarto se transformó.

Lisa, Ben y Rick de repente estaban en... ¡el espacio! Al menos así lo parecía: aquí estaban las estrellas, planetas y las decenas de miles de naves que habían visto cuando destransposicionaron en territorio zentraedi, y ni siquiera se habían movido de la mesa. Y todavía se podía escuchar la voz de Dolza relatando los eventos fenomenales que ocurrían en ese espacio irreal.

En varias de las naves de la flota se estaban empezando a abrir las cargas de fotones; estaban apuntando hacia un planeta no muy diferente a la Tierra en aspecto...

—Poseemos el poder suficiente para destruir su mundo en un abrir y cerrar de ojos —estaba diciendo Dolza—. Y si necesitan

pruebas de eso, observen...

Cuando los rayos letales de las plataformas de guerra y de los destructores convergieron en la superficie viviente del planeta, un resplandor de muerte comenzó a esparcirse y lo circundó. Después esa luz fatal se desvaneció, y todo lo que quedó fue una esfera muerta llena de cráteres.

Lisa dejó caer la cabeza. Los zentraedi acababan de destruir un planeta sólo para hacerse notar. ¿Era esto lo que habían planeado para la Tierra? ¿Pero entonces por qué se estaban conteniendo? ¿Qué había dicho Exedore sobre «un nuevo sistema de armamento que utilizaba Protocultura»? Ella se decidió a intentar una fanfarronada.

—Usted no tiene el poder suficiente para destruir a la *SDF-1*, Dolza.

—¡Impertinente! —aulló su interrogador.

Lisa continuó, ignorando la súplica de Rick sobre que tuviera cuidado.

—La *SDF-1* tiene poderes con los que ustedes nunca soñaron.

Dolza azotó su puño contra la mesa e hizo que los terrícolas se cayeran. Después se estiró y agarró a Lisa con su mano derecha. La llevó cerca de su cara, advirtiéndoles a Rick y a Ben que se quedaran quietos.

—Ahora, mi provocadora fémina, yo quiero saber por medio de qué proceso se convirtieron en micronianos —él apretó el puño alrededor de Lisa exigiendo una respuesta inmediata.

—¡Deje de aplastarla! —dijo Rick—. Nosotros nacimos así. ¡Nosotros nacimos... micronianos!

—Nacidos de qué es la pregunta —dijo Exedore.

—¿Eh? Bueno... de nuestras madres. ¿De quién más?

—¿Qué es esta cosa que ustedes llaman «madre»? —preguntó uno de los zentraedi que estaban detrás de Rick.

Ben se dio vuelta para enfrentar al trío de uniforme rojo.

—Madre. Ya saben, como el progenitor que es femenino. —Ben volvió hacia Rick haciendo girar su dedo contra la sien.

Exedore estaba espantado.

—¿Quieren decir que ustedes en realidad nacen de las hembras de su especie?

Breetai era escéptico.

—Eh —continuó Ben—. Eso pasa, ya saben. Juntas a un hombre y a una mujer, y... bueno, sólo sucede.

Él se rió.

—Es amor.

Breetai miró rápidamente a Dolza y después fijó su mirada en Ben.

—«Amor», sí, yo escuché que esa palabra se mencionaba en alguna de sus transmisiones. ¿Pero qué es eso? ¿Cómo lo expresan?

—Oh, cielos —dijo Ben en un suspiro—. Usted conteste esta, comandante.

Rick le echó una mirada y se rió entre dientes contra su voluntad, a pesar de la gravedad de la situación.

—Creo que puede comenzar con un beso.

Dolza no aceptaba eso: si los micronianos se podían producir por medio de un beso, entonces quería la prueba viviente de ello. Le ordenó a Rick y a Ben que lo demostraran.

—¡Demuestren este beso o los aplastaré a todos ustedes!

Rick estaba tartamudeando una respuesta cuando escuchó que Lisa accedía a ser voluntaria. Al quedar liberada del puño de Dolza, se tambaleó débilmente hacia Rick, se apoyó en él como si estuviera recuperando fuerzas y tomó ventaja de su proximidad para explicar su plan: Ella quería que Rick la besara... así ella podría grabar la reacción de los extraterrestres en su microcámara.

Rick se alejó de ella.

—Hágalo con Ben, comandante.

Ella se dio vuelta y pasó la vista brevemente sobre el cabo.

—Escucha, Rick, preferiría hacerlo contigo, ¿está bien?

—Tendrá que ser una orden, señor.

—¡Procedan de inmediato! —dijo Dolza.

Lisa sostuvo la mirada de Rick, haciendo suavizar un poco la furia de él gracias a la mirada herida que él creyó ver en los ojos de ella.

—Le estoy dando una orden directa, teniente Hunter: béseme.

Rick hizo una súplica silenciosa por perdón a Minmei y dio un paso hacia los brazos de Lisa. Ellos se besaron directamente en la boca, y por varios segundos los dos quedaron muy lejos de todo.

Pero era difícil mantener ese estado romántico mientras seis gigantes hacían arcadas a sus espaldas. Ellos se soltaron y se separaron.

—¿Qué nos está pasando? —dijo Dolza—. ¿Esto es el resultado de la Protocultura?

—Es su sistema de armamento en función —dijo Exedore.

Dolza estaba de pie mirando con furia a los terrícolas.

—¡Sáquenlos de aquí de inmediato! ¡Saquen a estos micronianos de mi vista!

Rick giró hacia Lisa cuando los arreaban a los tres una vez más hacia la mesa flotante.

—¿Somos tan malos en eso?

Ella lo miró y dijo:

—Creo que sí.

Capítulo 16

"Tienen que imaginárselo, muchachos: quiero decir, aquí están Rick, Lisa y Ben rodeados por estos seis gigantes, Hunter y Hayes se arrojan uno en los brazos del otro, juntan los labios, ¡y estos grandes hombres malos empiezan a enloquecer! Quiero decir... (se ríe un poco), ¿se imaginan si la microcámara de Lisa hubiera estado preparada para mostrar películas condicionadas? ¡La guerra se habría terminado en el acto!

Piloto VT desconocido, tal como lo citó Rick Hunter.

¿Qué tiene que ver el amor con eso?

Letra de una canción de finales del siglo XX.

Dolza y su grupo consultivo permanecieron en la sala de interrogación después de que se llevaron a los prisioneros micronianos. El comandante en jefe zentraedi estaba molesto por las reacciones que había experimentado cuando el macho y la hembra se besaron. Breetai afirmó que él se había sentido debilitado después de presenciar una discusión verbal entre esos mismos dos micronianos, y aparentemente, unas sensaciones similares habían atormentado a los tres operarios del grupo de reconocimiento que habían despachado para monitorear las transmisiones de la nave de Zor. Ahora, mientras escuchaba el informe del grupo de reconocimiento, Dolza se preguntó si después de todo las sospechas de Exedore sobre el uso microniano de la Protocultura no estarían justificadas. Tal vez debió haber matado a

Zor cuando tuvo la oportunidad, o simplemente haber destruido a la fortaleza dimensional en vez de verla como un camino hacia la libertad para él y el resto de su raza guerrera.

—... y aquí Konda tuvo la misma reacción cuando vio a la microniana desvestida —estaba diciendo Rico, el comandante del grupo.

—Es verdad, señor —afirmó Konda—. Aunque no estuve de acuerdo en ese momento.

—Esto sólo se podría hacer con la Protocultura —dijo Dolza. Cruzó los brazos y le habló al grupo—. Lo que estoy a punto de decirles nunca debe salir de esta habitación. ¿Está claro?

Breetai y Exedore asintieron con la cabeza.

—¡Sí, señor! —dijeron Rico, Bron y Konda al unísono.

—La Protocultura, como Breetai y Exedore ya saben, es la esencia de la Robotechnología que desarrollaron nuestros ancestros. Sí, ancestros —enfaticó por el bien del grupo de reconocimiento—. En el comienzo, los miembros de la raza zentraedi eran del mismo tamaño que estos micronianos. Y alguna vez nosotros también vivimos juntos, hombres y mujeres, en algo que se llamaba «sociedad». Pero a través del uso de la Protocultura fuimos capaces de evolucionar hasta nuestro tamaño, fuerza y superioridad actual. De cualquier forma, una serie de eventos que incluso ahora deben permanecer secretas para ustedes, nos llevó a la pérdida de nuestros conocimientos sobre la Protocultura.

Dolza puso sus manos abiertas sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Tengo todas las razones para creer que esos secretos perdidos deben estar a bordo de la nave de Zor —dejó que esto entrara en sus mentes un momento—. Es por eso que los micronianos representan semejante amenaza potencial. Y precisamente esa es la razón por la que debemos recuperar esa nave sin daños.

—Nosotros no pudimos determinar hasta qué punto los micronianos han aplicado sus conocimientos de Protocultura —agregó Breetai—. Pero para mí es obvio que ellos saben lo suficiente como para efectuar reparaciones en equipos Robotech, y tal vez lo suficiente como para estar experimentando en un nuevo sistema de armamento.

—Señor —dijo Rico—. Les hemos demostrado nuestro poder. ¿Por qué no secuestramos su planeta a cambio de la nave?

Era una idea totalmente inaudita, pero Dolza estaba dispuesto a recibirla. Se rascó el mentón y giró hacia Exedore.

—Tú has hecho un estudio minucioso de esta raza. Pareces tener conocimiento de su lenguaje y su cultura. ¿Una amenaza así sería efectiva?

Exedore midió sus palabras con cuidado.

—Señor, no es costumbre zentraedi hablar sobre las derrotas pasadas, pero quisiera que me permitieran recordarle a esta mesa que estos micronianos ya han demostrado una determinación poco común por sobrevivir. En respuesta a nuestros ataques iniciales sobre su mundo, el comandante de la nave, sin consideración por la vida de las decenas de miles de sus coterráneos, ejecutó una transposición intraatmosférica para escapar de nosotros. Este mismo comandante detonó un horno reflejo en el cuarto planeta de su sistema, poniendo en peligro a la nave y a la vida de todos los de a bordo, en vez de rendirse ante la división mecanizada del comandante Khyron. A pesar de estar mutilados en el espacio y sin radar, ellos simplemente ignoraron nuestras demandas de rendición más recientes... Entonces, en respuesta a su pregunta, milord: no, yo no creo que semejante plan pueda funcionar.

—No podemos arriesgarnos a perder esos secretos —dijo Dolza—. Debemos infiltrarnos en la nave y determinar lo que los micronianos saben sobre la Protocultura.

Breetai, que conocía a la nave de Zor por dentro y por fuera, tenía un plan y comenzó a relatárselo a Dolza. Mientras tanto Rico, Konda y Bron tramaron un plan propio: tomaron la decisión conjunta de ofrecerse como voluntarios para pasar por el proceso de transformación celular que les permitía a los zentraedi asumir las dimensiones micronianas.

Dolza y Breetai encontrarían aceptable la propuesta del trío, y más tarde, incluso elogiable. Y afortunadamente para Rico y los otros, nunca se les pidió que dieran las razones por su repentina dedicación a la causa. Porque a decir verdad, toda esta charla sobre la Robotechnología y la Protocultura quedaba muy lejos de ellas. Ellos simplemente estaban ansiosos por poder volver a ver a esas

hembras micronianas parcialmente vestidas y experimentar otra vez aquellas curiosas sensaciones que eran el resultado.

Dentro de un calabozo en otro lugar de la nave de Breetai, Lisa, Rick y Ben estaban comparando sus propias reacciones ante la interrogación zentraedi, sentados en un parche de luz del pasillo que entraba por las ventanas celulares de la doble puerta de la cámara. Era como estar encerrado en el hangar vacío de una aerolínea, pero por lo menos no había gigantes en la escena.

—Fue la cosa más extraña que he visto en mucho tiempo —estaba diciendo Ben—. Ustedes dos se besan, y los grandullones se vuelven locos. No lo entiendo.

—Ellos tienen suficiente poder como para atomizar la Tierra, pero el simple contacto es demasiado para que ellos lo controlen —dijo Rick.

Lisa estaba hundida en sus pensamientos.

—¿Y qué hay de este tema de la «Protocultura»? ¿Qué piensa usted, comandante?

Lisa miró a Ben.

—¿Te das cuenta de que no hemos visto a ninguna mujer zentraedi? Ningún niño, ningún civil, ni siquiera algún técnico o personal de mantenimiento. Sólo soldados.

—En realidad no nos han dado un gran paseo —le recordó Rick.

—Eso ya lo sé, teniente. Pero podría ser que no hay mujeres de su clase.

—No, eso no puede ser. Ellos saben que usted es mujer. Tienen alguna clase de conocimiento sobre las madres y el nacimiento.

—Teniente, tenemos que salir de aquí —dijo Ben mirando a su alrededor.

—Lo sé. Lo estuve pensando. Tal vez podríamos usar nuestra nueva arma con ellos.

—¿Qué nueva arma? ¿De qué está hablando?

Rick chasqueó los labios.

—Del beso. ¿No lo entiendes? Esperamos hasta que el guardia

venga con nuestra comida, lo confundimos con nuestra, ah, arma, y escapamos corriendo.

Ben ya se puso de pie.

—¡Genial! Cualquier lugar será mejor que este.

Lisa los miró a los dos.

—¿Está bromeando? ¿Quiere decir que cada vez que un zentraedi muestre la cara, nosotros vamos a montar un espectáculo para él? Olvídelo, teniente. He escuchado algunos pretextos en mis tiempos, pero este los supera a todos.

Rick se quedó boquiabierto.

—Espere un momento, comandante. ¿De quién fue la idea en primer lugar? Además, si usted piensa que hago esto porque quiero, usted tiene otro...

—¡Suficiente, señor! Yo lo besé sólo para tener su reacción en la grabación —ella palmeó la cámara—. Ahora la tengo, no necesito hacer otra toma.

Ben dio un paso adelante.

—Eh, escuchen, yo estoy perfectamente dispuesto a ofrecirme como voluntario para ser su pareja, comandante Hayes.

—Descanse, cabo —le dijo Lisa.

Ella le dio la espalda a los dos, furiosa pero preguntándose: ¿había algo sobre la osculación estratégica en el manual de los oficiales?

La ayuda estaba en camino.

En lo que ciertamente fueron los conjuntos de movimientos de mecha más complicados que se realizaron hasta ahora, Max Sterling se las arregló para vestir a su Battloid con el uniforme que le había sacado al soldado zentraedi. Que hubiera tenido un éxito tan completo en aunar su mente con los controles del mecha era justificación suficiente para todos los artículos que más tarde se dedicaron a la hazaña, pero el hecho de que lo había logrado dentro del perímetro del armario de servicios fue lo que finalmente lo llevó a su legendario estatus como un héroe VT.

Max se aseguró que el zentraedi estuviera cuidadosamente atado y guardado, revisó el pasillo, salió con cuidado del armario y comenzó a seguir sus instintos. El uniforme zentraedi era adecuado para los propósitos del Battloid, en especial la chaqueta de cuello alto. E incluso con la gorra redonda puesta baja las cámaras gran angular, las de largo alcance y los sonares de la cabina tenían suficiente espacio libre para funcionar.

A menos de diez pasos por la galería, Max se encontró con uno de los enormes soldados de asalto con armadura, el que afortunadamente le prestó poca atención. Ahora que había pasado la prueba comenzó a moverse con mayor confianza, y no mucho después divisó a dos de los enemigos que guiaban una mesa flotante por la nave. Max acrecentó el aumento de sus cámaras fijo en la mesa, y allí encontró a Lisa, Ben y a Rick, que no parecían estar para nada dañados, pero que no estaban en condiciones de presentarles batalla a sus gigantescos captores.

Max siguió a los guardias a una distancia discreta y observó cuando depositaban al teniente Hunter y a los otros en una clase de calabozo de puerta doble. Un solo centinela quedó apostado afuera.

Max no sentía inclinación a esperar mucho tiempo. Además, el centinela ya estaba mostrando su aburrimiento con bostezos y desatención general. Max preparó al Battloid para la acción y se acercó.

Lisa cambió de idea cuando escuchó la conmoción en el pasillo fuera de la celda: tal vez el plan de Hunter podría funcionar. No había mucho que perder en este punto, así que se convenció de que besarla era sólo parte de la misión. Ella le dijo aso y los dos se prepararon para su «arma secreta», mientras que Ben esperaba junto a la puerta.

Aunque la reacción de Max al abrir la puerta de la celda y encontrar a sus comandantes trabados en un abrazo amoroso fue más sorpresa pura que otra cosa, su parálisis temporal convenció a los prisioneros de que habían hecho la movida correcta. Los tres se preparaban para fugarse hacia la galería cuando Max abrió la red de comunicación externa y les gritó.

—¡Soy yo, Max!

Ellos se detuvieron en medio de las zancadas y lo miraron

fijamente.

—¿M-Max? —dijo Rick con dudas.

—Sí, estoy aquí, seguro.

—Dios, Max, pensamos que estabas muerto —dijo Lisa.

—Sí, bueno, larga historia.

Ben quiso saber de dónde había salido el uniforme.

—Más tarde. Será mejor que nos vayamos —bajó la mano izquierda ahuecada del Battloid. Rick y Lisa subieron y Max la levantó, dejando a Ben en el piso.

—¡Oye, hombre!

—Espera, Ben; te quiero en la otra mano.

Ben se subió en la derecha. Después Max llevó ambas manos del Battloid hasta el nivel de los bolsillos del pecho del uniforme. Lisa y Rick se aferraron del bolsillo de la insignia y se metieron adentro. Ben hizo lo mismo del otro lado de la chaqueta.

—No quiero que interrumpas a los enamorados, Ben.

—Ahora espere un minuto, cabo —protestó Lisa—. Nosotros sólo hicimos eso para escapar.

—Se besaron para escapar, ¿eh? Entiendo.

—Escucha, Max...

—Ahórreselo, teniente. Tiene mi palabra de que no difundiré esto por ciudad Macross. Aunque debo decir que usted me tenía engañado. Yo pensé que usted prefería mujeres más jóvenes.

—¡Max!

—Métanse ahí abajo. Vamos a salir.

Rick contuvo su rabia y se deslizó hacia el fondo del bolsillo junto con Lisa. El Battloid apartó la doble compuerta del calabozo y comenzó a dar largas y rígidas zancadas por el pasillo.

No mucho después escucharon que Max pronunció un sonido de alerta. Un soldado zentraedi, con armadura y armado con un rifle, se estaba acercando a ellos. Soldado y Battloid disfrazado se cruzaron aparentemente sin inconvenientes, y Rick y Lisa soltaron un suspiro de alivio prematuro dentro del bolsillo.

Pero el soldado se había detenido y le pidió a Max que se detuviera.

Max no estaba en posición de defenderse a sí mismo o a sus pasajeros. Si lanzaba los pocos cohetes que le quedaban iba a matar

a Rick y a Lisa. De modo que tomó el único curso viable: corrió... directamente hacia dos soldados más que venían por el pasillo. Max tacleó a uno de ellos, lo levantó y lo arrojó sobre el otro mientras continuaba su camino, pero para ese momento el primer soldado lo estaba persiguiendo y le disparaba. Pronto se le unieron sus camaradas.

El Battloid recibió disparo tras disparo en la espalda mientras corría por la nave, y las piezas de tela quemada y desgarrada flamearon en su estela. Por exigencia de Rick, Max reconfiguró el VT a modo Guardián, haciendo que la chaqueta del uniforme se desgarrara cuando encendió los propulsores de popa. En esa estela de fuego letal, el Guardián parecía una especie de ave de presa con capa peleando por su camino hacia la libertad.

De todas formas el largo del pasillo de repente quedó corto, y Max supo que el VT no podría llevar a cabo un giro de noventa grados en un espacio tan reducido. Sin embargo, empujado en el tabique al final del pasaje en T había un panel de control al que probablemente se podría perforar sin causarle mucho daño al caza. Max optó por eso y empujó al máximo la palanca del propulsor.

El tabique cedió muy fácilmente, y para cuando Max se dio cuenta de que el VT había traspasado una gran pantalla de revisión circular en un cuarto de control, el Guardián ya estaba muy lejos, pasando a través de una serie de rayos proyectores de gráficas astrogacionales que flotaban en una inmensa cámara central de la nave. Un portal rectangular abierto en el extremo del cuarto los llevó hacia otro pasadizo, al final del cual había un ascensor sellado. Todavía recibían disparos desde atrás cuando las puertas del ascensor se separaron. Un zentraedi sorprendido los vio venir y saltó hacia el pasillo, apenas escapando a empalarse en la nariz del VT.

Una vez adentro del cubículo, Max voló la carlinga, se asomó hacia el brazo de la nave y tomó su rifle láser.

—¡Los circuitos están quemados! ¡Esta cosa va a estallar!

Rick dejó el bolsillo y caminó por el brazo extendido del Guardián hasta la manija de cierre del ascensor. Saltó hacia arriba, tomó el mango y lo bajó para que las puertas se cerraran. El caza quedó temporalmente aislado del fuego enemigo y el ascensor

comenzó a bajar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco pisos y todavía seguían bajando. Ahora el Guardián despedía ruidos de destrucción y humo, y Max y los otros rezaron en silencio para que las puertas se abrieran.

El ascensor se detuvo en el piso seis. Las puertas se separaron y los cuatro defensores salieron corriendo. Pero de la nada apareció un soldado zentraedi que saltó para atraparlos, el que aterrizó frente al ascensor de cara al suelo y milagrosamente con las manos vacías. El soldado se puso de pie, su presa ya se había escapado, y miró fijamente a la cosa humeante con uniforme en el interior.

Tal vez tuvo un segundo para contemplar a esa forma de ave acurrucada antes de que la explosión que siguió lo hiciera volar.

Si el último manotazo del gigante falló en capturar a los cuatro, por lo menos había tenido éxito en separarlos.

Rick y Lisa corrieron un buen trecho antes de darse cuenta de que Ben y Max ya no estaban con ellos. Buscaron durante un tiempo, pero la explosión del VT había atraído a más zentraedi a la escena y seguir adelante pareció un movimiento más sabio.

Entraron a un área donde varios pasillos convergían. Era una cámara grande y abovedada coronada con generadores, terminales de computadora, conductos y cañerías. Había un olor penetrante en el lugar, muy diferente a todo lo que sus sentidos hubieran encontrado antes, y un rugido sónico que les recordaba a los sonidos de una olla a presión, amplificada y agravada. Se escondieron detrás de una larga consola cubierta de interruptores y perillas de control. Después, con cuidado espionaron por encima de ella.

Lo que vieron fue un grupo de ampollas de treinta metros de alto, como cápsulas medicinales transparentes puestas de punta y llenas de un fluido violeta aceitoso y viscoso. En por lo menos seis de estos vasos había zentraedis sin rasgos a medio formar. Rick estaba totalmente aturdido y vagamente molesto por el panorama, pero la breve inspiración de Lisa le dijo que ella había reconocido

algo allí.

—¡Así que esta es la razón por la que tantos de los soldados zentraedi se parecen tanto —son todos clones!

Lisa se arriesgó a mirar mejor: ahora pudo ver un segundo grupo de cápsulas de tamaño humano ubicadas frente a las más grandes, que también eran aceitosas, también contenían algunos cuerpos a medio formar. Le tomó un tiempo comprender esto, y cuando giró hacia Rick con una explicación, apenas si creía sus propias palabras: los zentraedi estaban reduciendo a sus soldados a tamaño humano.

Rick la miró como si estuviera loca y ella no lo culpó. Pero allí estaba, sucediendo ante sus ojos, y no se necesitó ninguna otra explicación.

Cuando más soldados entraron a la cámara para buscarlos, ellos retrocedieron y retomaron su conversación a una buena distancia dentro de una armería oscura.

—¿Recuerdas cuando Dolza insistía en preguntarnos cómo nos habíamos convertido en micronianos?

—Sí, ¿y? —Ellos se están preguntando si tenemos cámaras de clones y aparatos de reducción similares. Por eso no pueden entender cualquier cercanía entre los sexos, porque, bueno, el amor y el sexo no serían necesarios en una sociedad de clones.

—Increíble.

—Tienes razón, increíble. Y no me sorprendería averiguar que los zentraedi y los humanos están relacionados genéticamente. ¡En el principio probablemente fueron del mismo tamaño que nosotros!

—¿Entonces qué son, humanos gigantes o gigantes humanos?

Ella lo miró inexpresivamente.

—Creo que es muy pronto para decir. Tal vez lo sabremos después de que analicemos los videos. Pero en este momento yo diría que podría ser de las dos formas. Ellos encontraron una forma de volver a ordenar su estructura molecular... grande para ambientes hostiles, pequeños para... —Lisa se encogió de hombros.

—Sí —dijo Rick—. ¿Pequeño para qué? ¿Por qué están reduciendo a algunas de sus tropas? ¿Y cómo lo hacen?

—Protocultura —dijo llanamente Lisa.

La palabra acababa de salir de sus labios cuando Rick escuchó el gruñido. De repente una mano gigante entró en el cuarto y tomó a

Lisa. Ella gritó. Rick aulló y salió a perseguirlos sin importar las consecuencias.

Para el momento en que Rick salió al pasillo el gigante ya se había levantado; sostenía a Lisa cerca de su rostro y le gruñía. Cuando Rick salió a la vista, el soldado zentraedi simplemente extendió su pie... en realidad no fue una patada, pero fue más que suficiente para levantar a Rick del piso y mandarlo volando hacia un bastidor de rifles láser. ¿Por qué no se rompieron todos los huesos de su cuerpo? No tenía idea (adrenalina, se dijo más tarde), pero en el momento todo lo que sabía era que estaba enterrado debajo de las armas, desvanecido y aplastado, pero vivo y más furioso que nunca.

Rick dejó que el temor y la furia se apoderaran de él: se sostuvo sobre una rodilla y levantó uno de los rifles sobre su hombro como una bazuca... una bazuca de cinco metros de largo. Poniendo todo su escaso peso sobre el gatillo, se las arregló para arrancar tres disparos rápidos. El zentraedi los recibió a todos —uno a través del escudo facial en forma de ojo de pez y dos en la armadura pectoral—, y cayó como un roble. Rick dejó caer el arma y corrió para encontrar a Lisa todavía en la mano del soldado, llorando.

Él se quedó clavado en el lugar, y después se acercó lentamente, temiendo tocarla o moverla.

—Cielos, Lisa... ¿Qué tan mal herida estas?

—Yo solté la cámara, s-se... se hizo pedazos.

—¡Olvida la cámara! ¿Quieres decir que no estás herida?

—No, no lo creo. Pero la misión...

—Es increíble —murmuró Rick mientras la ayudaba a salir de la mano floja—. A veces las mujeres no tienen ningún sentido, incluso cuando son oficiales.

Eso de ninguna manera estaba destinado a hacerla reaccionar, pero por cierto que lo hizo: ella lo empujó y se pasó una mano por los ojos húmedos.

—No empieces conmigo, Hunter.

Rick sintió que unos pasos se acercaban. La tomó de la mano y la persecución comenzó otra vez.

Esta tiene que ser la forma en que se sienten los ratones, se dijo él mientras corrían.

Los soldados zentraedi estaban tras ellos, forzándolos a girar a izquierda y derecha indiscriminadamente. Por último se hallaron en un corredor oscuro y deteriorado, con fisuras en las paredes y grandes agujeros en el piso. Los rayos de energía ponían luz y sombras de corta duración alrededor de ellos mientras corrían. Y de repente el mundo desapareció debajo de ellos, y la luz y el sonido comenzaron a desvanecerse mientras ellos se hundían juntos en el vacío...

Capítulo 17

La lista de actores todavía estaba incompleta cuando Miriya entró en escena; pero, ¿hubo alguna vez un acto más difícil de representar?

Recopilación de los registros del almirante Rick Hunter.

Lo mejor que podían hacer era limpiar el desorden.

Breetai miraba mientras dos soldados de rango inferior se llevaban los fragmentos de la pantalla del puente rota. El parabrisas frontal de la burbuja de observación también estaba en ruinas. Como gran parte de la carrera de Breetai.

Dolza, Breetai y Exedore habían estado en el puente cuando el mecha de los micronianos atravesó la pared. Sólo unos segundos antes les habían informado del escape de los prisioneros, y Breetai había prometido su pronta captura. Entonces, de repente, el Battloid transformado estalló en medio de ellos y se remontó de forma beligerante a través de la bodega de astrogación. En ese momento Breetai había atisbado la mirada en el rostro de Dolza, y ahora esa mirada estaba cargando contra él.

—Entonces, Breetai, ¿recupieron a los micronianos?

—Lamento informar que no. Su tamaño representa dificultades.

El comandante en jefe zentraedi inclinó la cabeza hacia un costado.

—Cierto. Y más dificultades es lo último que necesitamos por el momento. ¿Lo entiendes?

—Milord.

—La responsabilidad era tuya y esta falla tendrá que entrar en el registro. —Dolza le dio la espalda a Breetai—. Lo voy a relevar del

servicio activo por el momento, comandante.

Se dio vuelta y se movió hacia la burbuja de observación hecha pedazos.

—De cualquier forma, difícilmente puedas seguir trabajando en esta... condición.

Fue peor de lo que Breetai había pensado. Pero creyó que todavía había una forma de escapar. Exedore dio un paso adelante para hablar por él.

—Pero señor, la infiltración... ¿quién asumirá la responsabilidad de la operación?

Dolza pensó en eso.

—El conocimiento de Breetai sobre la nave de Zor ha sido una ayuda invaluable para nosotros en esta cuestión. Eso será debidamente asentado. De todas formas, ahora Azonia estará a cargo de nuestros tres agentes.

—¡Azonia?! —exclamaron Breetai y Exedore.

—Pero Azonia no está informada...

Dolza levantó su mano para callar a Exedore.

—La comandante Azonia es una persona leal que nunca me ha fallado. Una vez más voy a asignar a nuestro mejor piloto bajo su cargo.

Justo en ese momento dos soldados solicitaron entrar y condujeron la mesa flotante hacia el puente. Agrupados sobre la mesa y vestidos con las únicas ropas adecuadas disponibles —bolsas de tela sin mangas atadas en la cintura con cuerdas toscas—, estaban los tres operarios ahora «micronizados», Rico, Konda y Bron.

Dolza bajó la vista moderadamente.

—¿Entienden la gravedad de la situación?

—¡Señor! —gritaron al unísono las tres vocecitas.

—Miriya supervisará su inserción en la fortaleza dimensional.

Los agentes intercambiaron miradas y exclamaciones de entusiasmo.

—Si tienen éxito, a su regreso cada uno recibirá un crucero para capitanear.

—¡Por la gloria de los zentraedi! —tres brazos se levantaron en saludo.

Dolza regresó el saludo y giró hacia Breetai cuando se llevaron del puente a la mesa flotante.

—Esta vez no fallaremos.

Ben recordaba haberse lanzado entre los dedos abiertos del gigante, pero Max le aseguró que no había hecho nada por el estilo. Ambos habían saltado hacia un costado del pasillo cuando el zentraedi se abalanzó y encontraron refugio detrás de una compuerta abierta cuando el VT explotó. Ellos vieron que Rick y la comandante escaparon, pero ni Max ni Ben pudieron seguirlos. Cuando los soldados enemigos llegaron al área, los dos cabos se movieron rápidamente por un pasadizo que corría paralelo al pasillo central de la nave. Hicieron un gran progreso durante varias horas, hasta que Max tropezó sin darse cuenta con una alarma escáner puesta para detectar el movimiento sobre el piso del pasadizo.

Ahora tenían a tres soldados a sus espaldas y a una mortal bandada de proyectiles por encima. Los soldados los estaban arreando hacia un ascensor, esperando poder acorralarlos adentro. Pero tal vez el enemigo no había identificado el arma que llevaba uno de los micronianos, ¿o quizás ni siquiera lo habían visto? De cualquier forma, tan pronto como los dos entraron a la cabina, Max los enfrentó, apuntó su rifle láser hacia los controles del ascensor y disparó. El intenso rayo soldó los circuitos apropiados, las puertas se cerraron y la cabina comenzó a descender...

En ese sueño líquido Minmei lo abandonaba, y Rick la llamaba una y otra vez.

Después el rostro de Lisa flotó en foco, y el sueño se esfumó. Ella lo ayudó a sentarse y le preguntó si estaba bien.

Él comenzó a examinarse a él y a estos nuevos alrededores oscuros y húmedos. Estaban en un área de grandes cañerías,

cámaras de contención, válvulas y aparatos de regulación, sentados cerca del borde de un sistema de canales y embalses que se extendían hacia la oscuridad. Los rayos de luz se filtraban desde muy arriba de ellos, y el aire denso estaba lleno de sonidos de bombas y de unidades de filtración, agua que corría, y el rechinar y silbar de los conductos del control del fluido.

Ambos estaban empapados; el largo cabello marrón desenrollado de Lisa colgaba en ondas mojadas hasta debajo de la mitad de su espalda.

—Debemos estar en la cámara de reciclaje de agua —dijo ella—. Está en terribles condiciones.

Ella se rió de sus palabras.

—Gran momento para ser crítica, ¿eh? Esta pileta salvó nuestras vidas. Debimos haber caído unos treinta metros.

Rick se puso de pie con esfuerzo.

—Tal vez el agua amortiguó nuestra caída, pero algo más me salvó de ahogarme.

Lisa evitó la mirada de él.

—Yo no iba a dejar que se me muriera, Hunter —después lo miró de frente—. Digamos que estamos a mano.

La visión de Rick se estaba adaptando a la oscuridad; comenzó a notar los desperdicios y escombros que los rodeaban.

Cerca había escotillas y plataformas de ascensores, y en algún lugar en la distancia, una luz tenue.

—Ellos sí que dejan que las cosas se vayan a pique, ¿no es cierto?

—Estuve pensando en eso, teniente. Incluso con todo su conocimiento técnico, tal vez ellos sólo saben usar el equipo, pero no cómo repararlo. Ningún técnico, ningún personal de mantenimiento. Sólo clones soldados, todos ellos.

—Todo ese poder destructivo... me pregunto cuántos mundos terminaron, cuántas vidas quitaron. Repugna de sólo pensar: una civilización completa dedicada a la guerra.

—Supongo que yo debería sentirme como en casa.

—¿Qué quiere decir?

—Mi padre tenía una frase favorita: «Sólo donde se está librando una batalla se está viviendo la vida» —suspiró—. Mi familia está

conectada con la milicia desde hace un siglo... La única vida que conocí es la Fuerza de Defensa. «La misión», eso es todo en lo que pienso.

Ella hizo un gesto.

—Ya me escuchaste allá arriba.

—Sí, pero por eso es una oficial. Es una líder. La mejor de la clase y todo eso.

—¿Cómo averiguó eso? —las cejas de Lisa se entretejieron.

—Todos lo saben —se rió Rick—. Algunos de los pilotos VT la llaman Superchica.

—Maravilloso... —ella lo miró fuerte—. Sabes, yo no quiero intimidar a nadie. Es sólo que...

Una sonrisa astuta reemplazó su expresión ceñuda.

—Olvidalo. Pero apuesto a que Miss Macross no es para nada intimidante, ¿no es cierto?

Eso tomó a Rick fuera de guardia.

—¿Minmei? ¿Qué la hace pensar...?

—La estaba llamando: ¡Minmei! ¡Minmei! —Lisa lo imitó juguetonamente.

—Está bien, está bien. ¿Y qué con eso?

—Usted dígame.

—Nada que decir. Somos amigos, eso es todo. Usted sabe cómo es. Ella es una celebridad. Propiedad pública. Ya no tenemos tiempo para nosotros.

—Un talento superior, estoy segura.

Rick le echó una mirada que le mostraba que había ido demasiado lejos.

—Escuche, teniente, sólo estaba bromeando. Por lo menos usted tiene alguien a quien regresar. Todo lo que yo tengo es otra misión que esperar.

—¿No hay nadie en su vida?

—Sólo llámeme Miss *SDF-1*.

—Eso es sólo una cuestión de tiempo. Usted es una mujer hermosa. La mayoría de los muchachos darían...

—¿Sí?

—Lo que quiero decir es que usted es una oficial brillante, y...

Lisa no dijo nada por un rato; después se aclaró la garganta y se

puso de pie.

—Bueno, no voy a conocer a nadie sentada aquí, ¿no? —ella tomó la mano de Rick—. Salgamos de aquí, teniente.

Ellos caminaron hacia la luz.

Cuarto de máquinas, cuartos de almacenaje, bodegas vacías, una segunda planta de reciclaje, más áreas de almacenaje... todo en el mismo estado raído, sucio y abandonado. Pero algo había cambiado: el aire había comenzado a perder densidad y ese penetrante olor a humedad. Una leve brisa jugó con el largo pelo de Lisa.

Ellos se movieron hacia la fuente del viento.

Del otro lado de un cuarto de pertrechos lleno de Battlepods y artillería de todos los tipos concebibles, encontraron la salida: un portal rectangular en el casco de la nave. Corrieron hacia él, el viento ya no era suave sino frío y lleno de sonido, y se detuvieron aterrados sobre el borde.

¡Estaban tan envueltos en encontrar una forma de salir que se habían olvidado de que estaban a bordo de una nave dentro de una nave!

Si es que se la podía llamar nave.

Más allá del portal había una vista para la que sus sentidos no estaban preparados: cientos de naves zentraedi ancladas sin peso en el aparente cielo azul de la cámara de amarre del centro de mando. Lisa dio un paso atrás, subyugada por una repentina ola de vértigo. ¿Era posible? ¡La nave de Dolza tendría que haber sido el secreto mejor guardado del universo —mil seiscientos kilómetros de largo —, para alojar a todas estas embarcaciones! Su mente luchaba contra eso, sus pensamientos giraban fuera de control.

Rick la había tomado del brazo.

—¡Alguien viene! —le dijo.

Se escondieron detrás de unas cajas cerca del portal. Rick se concentró en los sonidos que había escuchado y se dio cuenta de inmediato que ningún zentraedi era capaz de hacer tan poco ruido. Tenía que ser...

—¡Ben! ¡Max! —gritó Lisa.

Los cuatro se reunieron en un abrazo grupal y rápidamente intercambiaron los breves resúmenes de sus respectivas aventuras y

penurias. Max le hizo un cumplido a Lisa por lo encantadora que se veía con el pelo suelto, y ella lo felicitó por haber sido capaz de conservar su «gorra pensante» todo este tiempo. Ben estaba de su usual buen humor.

—¿Entonces qué es lo que sigue en la agenda, amigos?

La intrusión de la realidad enfrió algo su cálida reunión. Ciertamente, ¿qué seguía después? Desde el borde del portal pudieron ver que un crucero estaba cargando suministros a través de un tubo de transferencia en un puerto vecino en la nave capitana.

—Podríamos abordar muy fácilmente —dijo Max—, ¿pero dónde creen que esté asignada?

—¿Eso importa? —preguntó Ben—. Vamos.

—Espera un minuto, Ben —dijo Lisa—. Vinimos aquí en esta nave. Creo que tendríamos una mejor oportunidad de volver a la *SDF-1* si nos quedamos a bordo.

A Max no le gustó la idea.

—No si los zentraedi nos atrapan. Ya vimos demasiado. No tomarán riesgos con nosotros.

—Tiene razón —estuvo de acuerdo Rick—. Tú estás a cargo Lisa, pero yo voto por el crucero.

Lisa cruzó los brazos, después se relajó y les sonrió.

—Está bien, hagámoslo.

Ellos partieron de inmediato.

Encontrar el camino hacia el puerto adyacente fue más difícil de lo que se imaginaron, pero una vez allí, fue una simple cuestión de esconderse de los guardias y saltar a bordo del transporte de carga en el momento exacto. Rick pensó en los ratones y las ratas otra vez mientras el grupo salía de la nave capitana de Breetai y entraba en el crucero de armadura violeta.

Azonía era la comandante del crucero y de toda su tripulación de mujeres. Altamente calificada, respetada y poderosa, ella se había ganado la reputación de tener éxito donde otros habían fallado. Su atractivo y magnetismo la habían ayudado a asegurarse una carrera

brillante, pero sus ojos suaves y rasgos pequeños contradecían a la arrogante megalomaniaca ególatra que muchos sabían que era. Aquí había una que sacrificaría a la mitad de su flota para cumplir con esa devastadora pasión por la victoria... un hecho que la hizo quedar bien ante el alto mando zentraedi, pero que había inculcado el temor en los corazones de cualquiera de los de rango inferior. De hecho, entre todos los zentraedi sólo había uno que la habría defendido hasta el fin, y cuyo respeto por ella algunos decían que estaba manchado por un atávico deseo de experiencia sensual. Ese era Khyron, el llamado Backstabber.

La piloto sobresaliente que Dolza había prometido que llevaría a cabo la infiltración, —Miriya Parino del Batallón Quadrono—, se reunió con Azonia en el puente del crucero.

Si Miriya no era tan ambiciosa como su superior, de seguro era igual de respetada. Donde Azonia vivía para la autoglorificación, Miriya peleaba para la perfección personal: para clasificar primera en este juego llamado guerra para el que los zentraedi habían nacido. Siempre alerta por nuevos desafíos, nuevas tareas para dominar, nuevos mundos que conquistar; ella estaba poseída por una naturaleza intensamente curiosa muy adecuada para el extraordinario nivel de sus talentos, una característica que la separaba de los otros pilotos. Pero ella era leal en exceso y nunca fallaba en llevar a cabo al máximo sus órdenes. En esto se parecía mucho a su comandante, pero si Azonia buscaba formas de promoverse a sí misma, sólo Miriya podía juzgar legítimamente a Miriya. Ella se había ganado su propio comando una docena de veces, pero todas las veces lo había rechazado. Un ascenso la habría colocado demasiado lejos de la acción, y era la acción en vivo lo que ella buscaba... competencia, enfrentamiento, desafío. Ella tenía poca paciencia para la relativa tranquilidad de la vida de un comandante, siempre teniendo que estar lista para aceptar la culpa o el halago basado en lo bien que las tropas cumplieron con su misión. No, era mucho más fácil aceptar órdenes de esos superiores incapaces y regodearse en la libertad que concedía un puesto secundario.

Estaba ansiosa por vérselas con estos micronianos. Ellos estaban dejando como tontos a los pilotos bajo el mando de Breetai. E

incluso al gran Khyron no le fue tan bien con este nuevo rival.

Era tiempo de dejar que las mujeres zentraedi se hicieran cargo.

Cualquiera que no supiera de las diferencias motivadoras entre Azonia y Miriya podría haberse inclinado a entrever rivalidad en su relación, y de hecho muchas de las soldados del puente hacían eso, aunque tal condición no existiera.

Azonía enrolló la capa gris de comandante sobre su uniforme carmesí cuando giró para enfrentar al as femenino. Su cabello corto de color azul le daba un aire de eficiencia. Distinto a la larga catarata espesa verde selva de Miriya y los grandes ojos esmeralda que irradiaban fuego sensual.

—Entiendo que ya te han dado instrucciones sobre tu misión.

—Así es, comandante Azonia. ¿Pero puedo hablar libremente?

—Di lo que piensas.

—El llevar espías hasta la *SDF-1* difícilmente me parece una misión digna de mis talentos.

—Sí, pensé que podía ser algo como eso.

—Después de todo yo soy un piloto de combate, no un teledirigido de reparto.

—Resulta que esta misión es de gran importancia. La autorizó el propio comandante en jefe Dolza.

—Por supuesto, señor, pero aún así...

—¿Has considerado que estos micronianos podrían ser más peligrosos de lo que te hicieron creer?

—Eso es algo que he estado esperando, comandante.

—¿Necesito recordarte que mi reputación depende de esta misión?

—Yo no le fallaré, mi comandante. —Miriya hizo una reverencia y saludó.

Azonía entrecerró los ojos.

—Los tres operarios micronizados ya están a bordo de nuestra nave allegada. Están ubicados dentro de una cápsula que tú vas recuperar una vez que estemos dentro del alcance de la fortaleza dimensional. Ahora, ¿cómo pondrás a los espías a bordo?

—No tengo la libertad de discutir ese aspecto con nadie.

—Ya veo —la comandante se endureció un poco.

—Comandante, será bueno vencer a Breetai en esta cuestión. Y a

Khyron, por supuesto.

—Comandante Khyron para ti, Miriya... ahora y siempre. ¿Está claro?

—Mis disculpas, señor.

—Puedes retirarte. Regresa a tu barraca y prepárate para el salto al hiperespacio.

La operación de salto fue la primera nota de aliento que asaltó a los cuatro fugitivos micronianos que se habían escondido en un hangar de suministros en algún lugar del crucero de Azonia. Los guardias zentraedi habían abandonado la bodega cuando comenzó la transposición, dejándolos solos en un cuarto lleno de armamento y Battlepods. Pero seguían cuidadosamente optimistas. Especialmente Ben.

—Conozco una forma en que podemos pasar el tiempo... podemos contar la cantidad de lugares diferentes en los que podríamos terminar después de este salto.

La atención de Lisa había quedado fija en el indicador de tiempo real, pero el comentario de Ben se interpuso en su concentración.

—Teniente Hunter, usted no me dijo que tenía semejante comediante en su grupo. —Lisa señaló a Ben—. Nosotros caímos de la sartén al fuego, y todo lo que él puede hacer son bromas.

—Está bien, Ben, ya basta.

—¿De todas formas cómo vamos a salir de aquí? —dijo Max—. ¿Incluso si destransponcionamos en el espacio terrestre?

—Vamos a dirigir uno de estos Battloids. —Lisa lo dijo de forma tan práctica que los tres en ese momento hicieron gestos de asombro.

—Sólo trepar dentro de un Battlepod y salir volando de aquí, ¿eh? ¿Quién va a enseñarnos como operarlo? ¿Usted cree que dejaron un manual de instrucciones adentro, en la guantera tal vez?

Lisa puso las manos sobre las caderas.

—¿Ha estado faltando a clases, teniente?

—¡Espere un minuto! —dijo Rick a la defensiva—. Seguro,

estudié el interior de estas cosas como todos los demás. Pero esos eran desechos. En realidad nadie ha piloteado uno de ellos.

—Escucha, Rick, tú mismo dijiste que sus sistemas son complejos pero no imposibles de entender. Ese no sería un problema para tres pilotos experimentados como ustedes, muchachos.

—Vamos, comandante...

Lisa revisó su reloj.

—Nos tomó veinticuatro horas reales hacer el salto hiperespacial desde el espacio terrestre hasta el centro de mando de Dolza. Asumiendo que estamos volviendo a la *SDF-1*, nos quedan veinte horas para aprender.

—¿Y suponiendo que no estamos volviendo al espacio terrestre? ¿Suponga que destransponcionamos en otro frente zentraedi, o base o yo no sé qué?

—Entonces no importará si aprendemos cómo manejarlo o no.

Rick se puso de pie e hizo sonar sus nudillos.

—Está bien, pandilla, manos a la obra.

Atrás, en la bodega de armas especiales, Miriya se ciñó dentro de la nave exploradora Quadrono... una combinación de unidad de propulsión y de lanzamisiles múltiple desarrollada por los Invid y diseñado para infiltración u operaciones de penetración solitarias. La destransposición estaba completa y había llegado el momento de recuperar a los tres agentes micronizados de la nave allegada del crucero.

Miriya bajó la carlinga del paquete extravehicular y caminó hacia delante hasta el borde del puerto. A la distancia pudo ver al objeto de su misión: la *SDF-1*. La estaban atacando los remanentes de la andrajosa flota de Breetai.

Azonía apareció en la pantalla de la cabina del mecha.

—Nosotros desviaremos de ti la atención del enemigo. ¡Que ganes todas tus batallas!

—¡Cómo siempre!

Miriya se lanzó hacia el espacio, una libélula que se proyectó entre las estrellas.

Max tenía los brazos estirados bien adentro de los controles de armas con forma de pinzas del pod. Ben se estaba rascando la cabeza, tratando de descifrar el mecanismo de disparo de los misiles. Lisa se preguntaba cómo iba a poder activar aquellas enormes perillas de audio. Y Rick trataba de adivinar cómo iba a volar la cosa.

El interior del Battlepod no era completamente distinto a los mechas humanos. De hecho, el diseño de la cabina estaba muy cerca de corroborar la teoría de Lisa sobre un punto común de origen; el despliegue y la ubicación de los controles tenían la lógica de la construcción humana, aunque a gran escala.

Lisa, con los brazos en alto abrazando una perilla, le echó un vistazo a su reloj y saltó hacia el asiento de la esfera. Miró fuerte a sus compañeros calculando el nivel actual de distorsión visual contra el dispositivo del indicador. Satisfecha con el resultado de su escrutinio, anunció:

—Estamos saliendo de la transposición a horario. Tiene que ser el espacio terrestre o una increíble coincidencia.

Los cuatro se observaron mutuamente y tomaron un respiro colectivo; todos sabían lo que se tenía que hacer después.

Rick se preparó en los controles.

—Veamos si podemos encender esta cosa.

Engranó la palanca de impulso y activó el sensor y los sistemas de sonar. El mecha comenzó a zumbir y a tomar vida, y la primera cosa que vieron sus ojos en la pantalla del frente fue la figura de los dos soldados zentraedi que acababan de volver al hangar.

Los dos soldados giraron con el sonido del pod activado.

—¡Vienen por nosotros! —aulló Rick.

—¡Hazlos volar!

—¡Aquí va! —gritó Max cuando disparó los rayos láser de los cañones e hizo que los soldados cayeran sobre la cubierta.

Lisa y Ben vitorearon. Rick le dijo a Max que siguiera disparando.

—Sigue así; abramos esta lata de lombrices y salgamos de aquí —mientras tanto codeó hacia delante el timón y el Battlepod se alejó de sus todavía callados compañeros.

Max siguió mandando partículas de calor hacia el casco hasta que de repente los láseres traspasaron, y una ráfaga succionó hacia la brecha tanto al aire como al mecha.

Miriya había recuperado el receptáculo eyectado que contenía a los agentes micronizados. Los Battlepod pululaban alrededor de la nave de Zor como insectos furiosos y se enfrentaban con los mechas enemigos por todo el campo. Hubiera sido una simple cuestión de insertar el receptáculo y terminar con eso, pero no pudo resistirse a probar esas aguas.

Voló directamente hacia el centro de ellos efectuando una serie de maniobras burlonas con intención de hacer que el enemigo se soltara; pero ninguno de ellos tuvo éxito en conseguir fijarla. Decidió que estos micronianos no eran para preocuparse y se hizo mucho más la osada, ubicándose en el centro de todo un escuadrón de cazas enemigo. Y otra vez los buscadores de calor de ellos no pudieron encontrar el blanco. Ella se rió en voz alta y respondió con aguijones.

Roy Fokker, el líder del Grupo Skull, más tarde recordaría la extraña visión que presenció ese día: como un mecha zentraedi, no mucho más grande que un gigante con un propulsor, había bajado a cinco VTs al mismo tiempo.

El Battlepod comandado llegó hasta un frente cercano a través de la brecha y casi lo bajó el fuego cruzado zentraedi. Pero los ocupantes de ese pod estaban llenos de un vigor y una vitalidad tal que apenas se dieron cuenta de sus predicamentos. Delante de ellos, envuelta en una nube de furia metálica, estaba su nave, su planeta y su satélite de plata.

—¿Puedes sintonizar algo en la radio?

—Lo estoy intentando —dijo Lisa. Ben vino en su ayuda; juntos pusieron su fuerza en la perilla y se las arreglaron para darle una fracción de giro.

Rick escuchó un canto: una voz familiar, una canción familiar.

—¡Esa es Minmei! ¡Esa es su canción «Mi novio es un piloto»!
—Mientras no sea fue un piloto —dijo Ben.

Miriya eludió fácilmente el fuego de los Phalanx y Valkyries de la *SDF-1* y llegó hasta la fortaleza en un punto donde Breetai aseguraba que el casco se podía romper cómodamente. Ella impulsó la fuerza de la Protocultura hacia las inmensas manos prensiles del mecha y desgarró una compuerta nueva que los micronianos habían instalado. Abrió, depositó el cilindro dentro de una esclusa de aire en el mecha y volvió a cerrar.

—Inserción exitosa —dijo en voz alta Miriya—. Regresando a la base.

Informes de estatus, trayectorias enemigas, coordinadas de batalla...

—Tenemos la frecuencia militar —dijo Rick con excitación.

Lisa se inclinó hacia el micrófono.

—Por favor responda, *SDF-1*, estamos en su espacio aéreo. Soy la comandante Hayes y el Grupo Vermilion intentando hacer contacto con nuestra base. ¿Me escuchan? Cambio. ¿Rick, crees que nos escucharon?

—Eso espero, Lisa. Odiaría que nos bajara uno de nuestros propios VTs.

Tres Battloids se estaban acercando al pod en formación de ataque con los cañones Gatling en la mano. Rick y Lisa, Ben y Max giraron unos a otros con explícitas miradas de preocupación.

—¿Nos escucharon, Rick? ¡¿Nos escucharon?!

Rick cerró los ojos cuando los Battloids arremetieron para la matanza.

Con el hogar tan cerca que casi puedes tocarlo...